

JOSÉ VIDAL MUNNÉ

LA PSICOLOGÍA DE LOS
ANIMALES DOMÉSTICOS
A TRAVÉS DE LOS FABULISTAS

Prólogo de C. Sanz Egaña

MADRID MCMLI

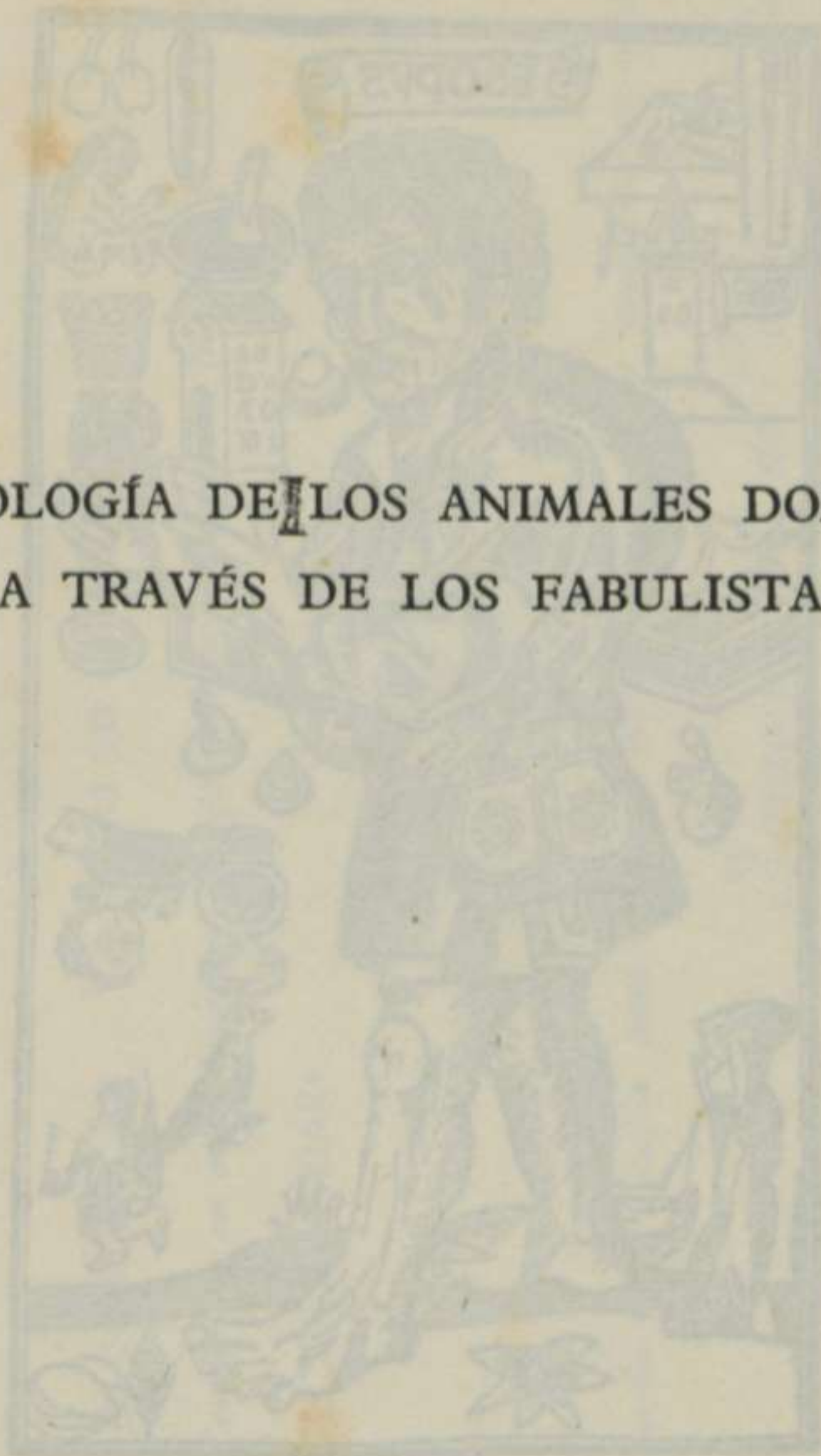
Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1500625246

1500625246

LA PSICOLOGÍA DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS
A TRAVÉS DE LOS FABULISTAS





El Director del Laboratorio Fecuario Regional del Ebro

Saluda

al Director de "Noticias NEOSAN"

y se complace en adjuntarle un ejemplar de su conferencia titulada «PARALISIS INFANTIL
Y LEUCOSIS AVIAR».

Felia Gil Fortin

aprovecha esta ocasión para reiterarle el testimonio de su consideración más distinguida.

Zaragoza, 25 de Octubre de 1951.

JOSÉ VIDAL MUNNÉ



PRÓLOGO

LA PSICOLOGÍA DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS A TRAVÉS DE LOS FABULISTAS

Prólogo de C. Sanz Egaña



MADRID MCMLI

R. 5. 714
BIBLIOTECA

FACULTAT
DE VETERINARIA

JOSE VIDAL MORA



LA PSICOLOGÍA DE LOS
ANIMALES DOMÉSTICOS
A TRAVÉS DE LOS FABLÍSTAS

Psólogo de C. Sanz Eguán



MADRID MCMLI

PRÓLOGO

Hace unos cuantos años, el autor de este libro y yo figurábamos en el cuadro de profesores de la entonces Escuela Superior, hoy Facultad de Veterinaria. Vidal estaba encargado de las enseñanzas de Bacteriología experimental y Epizootología, a mí me correspondía, entre otras, explicar Psicología animal. Este recuerdo justifica mi prólogo, sin asomos de lo que pueda parecer ironía o una paradoja.

Un abandono momentáneo del mundo microscópico ha llevado al autor a rebuscar entre los escritos de los fabulistas nociones o interpretaciones de psicología animal; tampoco este viraje es caprichoso. Vidal, desde hace muchos años infectado del «virus» de la bibliofilia, se dedica, entre otras actividades, a reunir ediciones y textos fabularios, principalmente españoles. Leyendo y releiendo su magnífica colección, ha sacado, con un poco de paciencia y un mucho de ingenio, provechosas lecciones de las diferentes fábulas en cuanto al comportamiento psíquico, incluyendo los fenómenos de conciencia, de los animales útiles y que conviven alrededor del hombre.

Las fábulas, apólogos, etc., tienen un origen antiquísimo, y desde los primeros autores o colectores han concedido a los animales, domésticos y salvajes, cierto grado de inteligencia y les han atribuído sentimientos y facultades para enjuiciar y actuar con la conducta semejante a las personas.

En todos los textos de los fabulistas, cuando mezclan animales en sus relatos, el autor acepta plenamente la opinión del vulgo, y sólo pone de su cosecha la forma literaria; en efecto, esta popular psicología animal, fundada en el concepto antropomórfico, ha concedido de muy buen grado muchas características de orden psíquico a los animales; tales concesiones se han plasmado en el lenguaje vulgar y son frases hechas en todos los idiomas; la nobleza del león, la ferocidad de la hiena, la crueldad del tigre, la cándida paloma..., ideas que algunas ha recogido el simbolismo heráldico.

Las fábulas, cuya lectura tiene tanta aceptación entre el vulgo y son tan leídas durante la infancia, representan, repito, creencias generalizadas entre la mayoría de las personas como el resultado inmediato de la citada posición antropomórfica, por la cual se concede, razonando por analogía, a los animales identidad de sensaciones, sentimientos y pensamientos con los humanos, relacionándolos estrechamente con nuestras propias observaciones. El antropomorfismo, ha escrito Bretgnie, hace seres animales a imagen y semejanza del hombre. Por otra parte, el famoso fabulista La Fontaine ha dejado escrito:

«Je me sers des animaux pour instruire les hommes.»

Pero las fábulas contienen algo más que representaciones, más o menos fieles, de sentimientos, ideas, afectos humanos; contienen también observaciones curiosas respecto a la conducta de orientación de la vida animal.

En efecto, en las fábulas hay certeras observaciones de psicología comparada relacionadas principalmente con la conducta instintiva, cuando el hombre se abandona a su base natural. El vulgo, sagaz observador, recoge con precisión estos actos de la vida animal y compara el comportamiento del hombre con las exteriorizaciones de determinados animales. La observación va del animal, que se toma como «tipo», al hombre; y es así, porque se admite que las manifestaciones del instinto animal son siempre fijas e inflexibles en todo momento y ante el mismo estímulo por analogía con estas exteriorizaciones animales se juzga las humanas, y para mejor entendernos se ha creado un lenguaje apropiado.

Los niños son «monos» y hacen «monerías» cuando tienen expresividad y movilidad en la cara, mirada, etc.; hay quien hace el «oso» por su estatura, marcha vacilante y lenta; astuto como un «zorro» es quien sabe ocultar sus intenciones y aprovechar los descuidos; del vagabundear del perro hemos sacado «la vida aperrada»; del carácter arbitrario y voluble de la cabra el adjetivo «caprichoso». En tono más bajo se dice de una persona «es una hormiguita» cuando ahorra, «una abeja» cuando trabaja, «un chinche» cuando molesta. Hay también mujeres felinas y hombres pulpos..., los ejemplos pueden ampliarse.

En el complicado mundo de la psicología animal, si se prefiere de la conducta de orientación animal, encontramos modelos a nuestras intenciones, voliciones, emociones, etc., siempre que haya una relajación de la cualidad humana o cuando no se ha logrado todavía el perfeccionamiento de nuestro complejo psicológico como en el niño y los deficientes mentales.

Los fabulistas, buscando ejemplar realismo, conceden a los animales variadas actividades psíquicas, hasta el don de la palabra, reservado únicamente al hombre. Por este abuso las fábulas son fundamentalmente narración artificiosa que desarrolla una acción ficticia contraria casi siempre a la verdad científica.

Aun cuando los fabulistas de todos los tiempos y todos los idiomas abusan de la ficción y recargan de alegoría en sus escritos, mediante un atento estudio,

en el caso de representar personajes los animales domésticos, hay posibilidad de recoger observaciones e interpretaciones certeras. Esta coincidencia entre la interpretación puramente literaria y la biológica tiene fácil explicación. Bierens de Haan ha escrito: «la vida afectiva de los animales superiores—todos los domésticos—tiene tanto de común con la nuestra, y sus expresiones son tan parecidas a las nuestras, que es realmente fácil darnos cuenta de lo que el animal en un momento determinado observa y recuerda». Vidal y Munné ha seleccionado hábilmente en este conjunto de observaciones para escribir capítulos amenos y curiosos, con los datos de los fabulistas, a la vez de valor científico de auténtica psicología animal.

Tres cualidades reúne el autor para haber logrado plenamente su propósito, es bibliófilo, es erudito y es veterinario. Así se explica que siendo en gran parte las páginas de esta obra copiadas, resulte un libro original.

C. SANZ EGAÑA

Zumaya y agosto 1950.

JUSTIFICACIÓN

Todos los libros, grandes y pequeños, importantes o intrascendentes, tienen una génesis más o menos confesable.

Este librito que tienes en las manos nació a consecuencia de mis aficiones de coleccionador de libros. Bibliomanía o Bibliofilia; tiene poca importancia el calificativo que se le quiera poner. En el fondo es una obsesión más o menos apasionada por almacenar libros, que la mayoría de los mortales consideran perfectamente inútil.

En el caso concreto de los libros de fábulas, es cierto que con poseer un buen ejemplar de cada autor, nuestra información es no demasiado inferior a la que puede tener el coleccionador más afortunado de todas las ediciones aparecidas.

Todas las manías son atacables desde un punto de vista rígidamente austero. Pero creo que media un abismo entre el coleccionador de etiquetas y el coleccionador de libros.

Ya supongo, lector discreto, que adivinas asoma en estos párrafos un propósito justificativo. Es verdad, y no quiero ni aspiro a merecer disculpa.

Yo también, en horas de soliloquio pretenciosamente formal, he visto que dedicar nuestras energías al afán de adquirir ediciones raras, en esta época de dispersión nuclear y cuando estamos tan cerca del cero absoluto, es acaso una ocupación que raya en frivolidad.

A pesar de esta sincera confesión, puedo decir que en mis aficiones librescas he conseguido en muchos momentos de nuestra vida atormentada, un remanso de paz y de fácil alivio de las miserias espirituales de este mundo que nos ha tocado en suerte.

Mi afición a recoger libros de fábulas no se ha limitado a la posesión de ediciones cada día más difíciles, sino que además he gozado horas deliciosas leyendo sus ingeniosos argumentos o saboreando la gracia de su redacción y de su estilo.

En esta tarea, se me ocurrió interesarme por la psicología de los animales domésticos y fui coleccionando las fichas de todas las fábulas que podían tener una relación con este problema. Después de leer y mal digerir unos millares de fábulas, me encontré con unos centenares que podía utilizar para una recopilación ordenada.

Pero entonces se me ocurrió, para mi desesperación, leer algunos libros para ver cuál era el criterio de los sabios sobre la pretendida inteligencia de los animales con el fin de ilustrar las opiniones eruditas y científicas con los inocentes relatos de los fabulistas. Mi empeño sólo ha servido para complicar mis ideas sobre este tan debatido misterio. No he podido hallar respuesta a mis preguntas. Una barrera infranqueable me cerraba siempre los pasos.

Por todas partes surgía la maravilla de la palabra, instrumento de los horizontes infinitos de la inteligencia, y la magia de nuestras manos, forjadoras de sublimes creaciones artísticas.

Y los animales, colocados en un estadio decididamente inferior, aun admitiendo los rasgos de afectuosidad y de positivo ingenio de algunos de ellos.

De este estado espiritual ha nacido este librito que contiene muy pocas cosas de mi exclusiva responsabilidad. Unas divagaciones previas, y unas sartas de fábulas relacionadas con el carácter de nuestros animales domésticos, es toda su substancia.

Para los viejos que en su mocedad manejaron los populares libros de Esopo, Samaniego, Iriarte o La Fontaine es posible que les recuerde horas de alegría y de despreocupación. Para los jóvenes que tienen una idea antológica de este género literario, acaso encuentren alguna novedad más o menos curiosa.

Para aquellos que conocen mis actividades habituales, espero que esta justificación servirá de atenuante a la intrascendencia de esta obrita, que de ningún modo su hipotético mérito puede compensar las múltiples horas invertidas en su realización.

Por encima de estos distingos, mi optimismo, fácilmente explicable, me hace creer que algún lector encontrará un inocente solaz en estas páginas, que pagará con creces la pequeña vanidad del autor recopilador.



LAS FÁBULAS Y LOS FABULISTAS

Nuestras generaciones tienen de este género literario una idea casi histórica. Para algunos, su conocimiento se reduce a la definición que apenas aprendieron en sus estudios de Preceptiva literaria, y para otros el recuerdo de haber leído unos modelos en antologías poéticas.

Es un género que ha pasado a mejor vida, como hace notar Cotarelo en un interesante estudio sobre estas composiciones, tan en boga durante los siglos XVII, XVIII y XIX.

Es conveniente hacer constar que esta aseveración es exacta para el público de lengua castellana, pero no tanto para otras.

En Francia sigue en su esplendor la lectura de su *La Fontaine*. Acaso influya en esta diferencia, el hecho de tratarse de un autor que a su elegancia y sencillez como fabulista, une la cualidad de ser considerado un auténtico clásico, y por lo tanto al mérito de sus composiciones con fin generalmente moral hay que añadir las delicias de su estilo, elementos sobrados para persistir en todas las Escuelas.

En Cataluña también sigue vivo el culto por estas composiciones de carácter pedagógico y literario. Las ediciones de fábulas se han sucedido hasta nuestros días. Un simpático periódico infantil, *En Patufet*, malogrado en 1939, publicaba regularmente deliciosas fábulas. Y muy recientemente, Soldevila sacaba a la luz una bella selección de adaptaciones de *La Fontaine*, en magnífica edición de bibliófilo.

Sería ocioso entretenernos en definir este género literario tan popularizado.

Pero me parece oportuno consignar que se trata de un tipo de literatura que ha gozado de una expansión extraordinaria en España, Francia, Italia, Alemania e Inglaterra. En nuestro país era un libro que no faltaba en ninguna casa donde se supiera deletrear. Dan testimonio de ello las innumerables ediciones de estos libros que se conocen. Cotarelo y Miquel y Planas han esbozado sendos catálogos de libros de fábulas, y en ellos se puede constatar la exuberancia de Esopo, Fedro, Iriarte, Samaniego, etc.

Mi modestísima colección de ejemplares cuenta ya con más de cuarenta ediciones no consignadas por los citados bibliógrafos. Pocos libros han gozado de tan amplia difusión.

Las fábulas, que posiblemente tuvieron su origen en motivos pedagógicos y de moral religiosa, sirvieron en determinadas épocas de tiranía política para decir, con su aparente ingenuidad, aquellas cosas que era peligroso decir por su nombre, y se toleraban camufladas en simbolismos. Con el tiempo se ha ensanchado su propósito, y así, vemos libros de fábulas para todos los gustos: fábulas morales, literarias, ascéticas, políticas y hasta científicas.

Las fábulas, o mejor el género literario de este nombre, se cristalizó con el legendario Esopo, en la época brillante de la cultura helénica.

Hasta hace pocos años se creía que procedían de los apólogos indios, pero investigaciones modernas parecen indicar que la influencia de aquella filosofía se ejerció posteriormente, completando el corpus fabulístico helénico con sus aportaciones.

Con estos antecedentes, es preciso proclamar a Esopo como el padre del género fabulístico. Ahora bien, ¿ha existido Esopo en realidad? Es una cuestión todavía debatida. Es cierto que pacientes eruditos, tal como Andújar Espino, pretenden identificar al fabulista en diversas citas de algunos clásicos helenos.

Pero en realidad parece más bien que se trata de un personaje legendario, al estilo de Homero. La única biografía conocida, la de Planudio, se ha demostrado totalmente fantástica.

El gran biógrafo Plutarco, o no tuvo noticias de nuestro Esopo o no le concedió importancia para buscarle pareja en sus célebres vidas paralelas.

Parece ser que los historiadores han sentido más entusiasmo por los guerreros, acaso porque han dejado estelas de muerte y destrucción en su paso por la vida. Son tristes paradojas de la cultura, difíciles de comprender.

Lo más verosímil es que las fábulas se formaron en Grecia, cual un folklore popular, con incorporaciones de diversas procedencias, especialmente indúes, pasando por tradición oral a través de múltiples generaciones, hasta

que Demetrio de Falero elaboró la primera redacción, que desgraciadamente se ha perdido.

De Grecia pasan a Roma, a través de Fedro, que traduce y versifica bellamente la mayor parte de las composiciones atribuidas a Esopo.

La compilación de Fedro gozó de gran popularidad, sirviendo durante un par de siglos como texto para los estudiantes de latín en España y otros países, como puede comprobarse por las numerosas ediciones bilingües que se conocen.

Pero antes de conocerse o divulgarse la compilación de Fedro, cuya primera edición conocida es de Madrid, probablemente de 1731, se difundió una traducción de Lorenzo Valla, aparecida en Valencia en 1480, que contenía un pequeño número de fábulas en latín.

Esta diminuta colección de fábulas esópicas fué reeditada varias veces, pero pronto fué olvidada por las recopilaciones más completas de estas fábulas, que constituyen la cantera fundamental del género.

Las fábulas completas de Esopo aparecieron por primera vez en nuestra península, en Madrid, 1489: *Ésta es la vida del Isopet, con sus fábulas historiadas*.

De este precioso libro se conoce un magnífico ejemplar que se conserva en la biblioteca de El Escorial. Del mismo se ha hecho por la Real Academia Española una bella edición en facsímile.

Parece lo más probable que esta traducción, como asimismo la catalana, aparecida más tarde, procedan de la versión latino-alemana del doctor Steiuhowel, aparecido en Ulm, sin fecha, pero que se supone de 1480.

Y desde su aparición, este curioso libro ha sido objeto de innumerables ediciones (algunas todavía no inventariadas), no todas con la perfección de léxico y de impresión, como la primera.

En cuanto a la presentación tipográfica, así como la primera edición es casi perfecta y constituye un bello ejemplar del arte de la imprenta, las posteriores son cada vez más descuidadas y de inferior calidad. Todo ello hace presumir que la popularidad que alcanzó su lectura impuso a los editores la presentación de ejemplares al alcance de las más modestas posibilidades adquisitivas.

Y es, además, curioso comprobar cómo los editores, con un afán incomprendible de corregir y modernizar, han destrozado literariamente un texto magnífico.

Posiblemente, la censura rígida e implacable del Tribunal de la Santa Inquisición tuvo una parte de culpa con sus espurgos en las redacciones mutiladas y barrocas de los siglos XVII y XVIII. Miquel y Planas describe el caso de una fábula aparecida en la primera edición catalana, y que se ha perdido

totalmente, ya que el único ejemplar incompleto que se conoce está mutilado en las páginas que contenían esta fábula, posiblemente irreverente.

En las ediciones posteriores que se conocen desaparece todo rastro de su texto, que por cierto no está comprendido en la edición incunable de El Escorial, único ejemplar completo.

El fervor cada día creciente del público hizo multiplicar las ediciones y el deseo de varios literatos para realizar composiciones fabulísticas con los motivos clásicos, pero con redacción original, preferentemente en verso.

Y así, aparecen las fábulas de Ibáñez, de Samaniego, de Hartzenbusch, de Príncipe y de multitud de poetas menos popularizados. Todos ellos tomaron los motivos generalmente de Esopo, de La Fontaine y de Florián.

He dejado sin consignar a Iriarte porque ha sido el único fabulista íntegramente original. Sus cuarenta y siete fábulas literarias se apartan del todo de las normas habituales. La fábula, como hemos dicho anteriormente, por lo común está inspirada en el legendario apólogo, composición cuyo destino es un fin moral. Las fábulas de Iriarte son una deliciosa crítica literaria, y en ellas se hace alarde de una habilidad poética extraordinaria.

Son las fábulas de Iriarte las más conocidas y las que han sido más divulgadas en España y fuera del país, pues se han publicado en Londres, en Oporto, en París, en Perpiñán, en Boston y en Berlín.

Otro libro de fábulas conocidísimo en nuestro país es el de La Fontaine. El extraordinario fabulista francés, que ha sido traducido a todos los idiomas, ha tenido gran difusión entre nosotros tanto en su original como en traducciones, lo mismo en castellano que en catalán. Este fabulista es considerado a la altura del creador del género, el legendario Esopo. Con todo y no haber hecho apenas media docena de fábulas originales, pues sus temas son tomados de Esopo, de los orientales y del árabe Lokman, su estilo es tan gracioso, sencillo y elegante, que bien merece la categoría de originalidad expresiva, a la que nadie ha logrado igualar y mucho menos superar.

Poco después de La Fontaine apareció otro fabulista francés, Florian, que, siguiendo el camino de su maestro escribió una colección deliciosa de fábulas, traducidas también al castellano y que gozaron de gran popularidad.

Como ves, estimado lector, por este esquemático panorama fabulístico, el género ha tenido una enorme difusión.

Para completar este sucinto bosquejo es necesario consignar que los elementos inspirados en el apólogo, en forma de fábulas más o menos vagas, aparece abundantemente en varios libros clásicos, como el del Arcipreste de Hita, el conde Lucanor, del Infante Don Manuel, el libro de los Ejemplos, y el oriental Calila y Dimna.

Y, por último, para darse cuenta de la difusión de este género literario,

véase las ediciones que cita Cotarelo en su *Bibliografía*, y que desde luego no es completa.

De Esopo	110 ediciones
De Fedro	24 »
De Iriarte	62 »
De Samaniego	74 »
De varios autores	83 »

De todos modos, la iconografía completa de este género literario todavía está por realizar, como asimismo un estudio crítico de nuestros fabulistas, al estilo de lo que han hecho los franceses con su prodigioso *La Fontaine*. Sería un estudio muy interesante bucear en la filiación de los motivos y estilos de nuestros más populares fabulistas.

¿INSTINTOS? ¿INTELIGENCIAS?

Es muy probable que los fabulistas no se han planteado problemas de conciencia, ni elaboraciones filosóficas, al escribir sus composiciones. Sus personajes, animales, plantas, etc., hablan y actúan según conviene a los designios que se trazan el poeta, y a veces también por imperativo de la rima.

Sin embargo, en general se ha procurado atribuir a cada ser un carácter permanente. El simbolismo no siempre es pura fantasía. Los animales y las plantas, cual marionetas de un autor invisible, ocupan asignado un papel que siempre se precisan ser ajustado a sus condiciones y a su comportamiento. Por eso, por la verosimilitud de la pequeña trama, se busca fuerza al el carácter de un personaje, animal o vegetal, este es excesivamente alejado de su natural.

En las fábulas los animales representan las inclinaciones, las virtudes y los vicios según su naturaleza. El león, unas veces representa la soberbia sobre los demás animales; otras, la generosidad; otras, la tiranía; el caballo, la mansedumbre; la oveja, la inocencia; el perro, la fidelidad; la zorra, la astucia; la liebre y el conejo, la modestia; la rana, el desmesurado amor de las cosas propias; el asno, el sufrimiento y la travesura; el topo, la ceguera; el hombre, la presunción; la tortuga, el recogimiento; la culebra, la ociosidad; los dos de la fábula, el loco, la ceguera de ánimo; el cuervo, los pensamientos torcidos; el águila, la ferocidad; el gavián y el cuervo, la rapacidad; la culebra,



¿INSTINTO? ¿INTELIGENCIA?

Es muy probable que los fabulistas no se han planteado problemas de conciencia, ni elucubraciones filosóficas, al escribir sus composiciones.

Sus personajes, animales, plantas, etc., hablan y discurren según conviene a los designios que se trazara el poeta, y a veces también por imperativo de la rima.

Sin embargo, en general se ha procurado admitir a cada ser un carácter permanente. El simbolismo no siempre es pura fantasía. Los animales y las plantas, cual marionetas de un teatro infantil, tienen asignado un papel que siempre se procura sea ajustado a sus condiciones y a su temperamento. Por otra parte, la verosimilitud de la pequeña farsa perdería mucha fuerza si el carácter de un personaje, animal o vegetal, estuviera excesivamente alejado de su natural.

En las fábulas los animales «representan las inclinaciones, las virtudes y los vicios según su naturaleza. El león, unas veces representa la soberbia sobre los demás animales; otras, la generosidad; otras, la tiranía; el cordero, la mansedumbre; la oveja, la inocencia; el perro, la fidelidad; la zorra, la astucia; la liebre y el ciervo, la medrosidad; la mona, el demasiado amor de las cosas propias; el asno, el sufrimiento y la trabajosidad; el lobo, la crueldad; la hormiga, la providencia; la tortuga, el recogimiento; la culebra, la ocultación de los designios; el topo, la ceguera de ánimo; el cangrejo, los pensamientos torcidos; el águila, la ferocidad; el gavián y el cuervo, la rapacidad; la corneja,

la parlería; la cigarra, la pereza; el pavón, la ufanía; la paloma, la sencillez; el ruiseñor, el canto importuno; el gallo, la vigilancia; la abeja, la industria.»

Como veis, Mayans y Siscar, de quien tomo los trazos psíquicos de nuestros personajes, considera importuno el canto del ruiseñor. El ilustre polígrafo valenciano no debía ser muy romántico. Pero dejando aparte este inciso, en las fábulas se acostumbra asignar una psiquis determinada a cada especie animal, como luego tendremos ocasión de comprobar.

Los propios fabulistas, en forma de antítesis, hacen también un retrato de los caracteres dominantes en algunas especies.

Véase, como ejemplo, este fragmento de una fábula de Ibáñez:

Los lobos los primeros
las contradanzas abren,
con las pieles robadas
a ovejas miserables.

Siguieron los jumentos,
erguidos y galanes,
con crines de caballos
y ornatos militares.

De camello vestido
venía el elefante;
y el oso, con el cuero
de un bueyazo muy grande.

Como el ciervo dispuso
el toro su turbante;
como el toro las astas,
el venado cobarde.

Llevó el mono travieso,
ajustada con arte,
del león la melena
cual la pusiera un sastre.

Los animales de Máscara, lib. II, fáb. XVI.

Este motivo es versificado de una manera parecida por Príncipe en su fábula *El carnaval animalesco*, fáb. XLII.

Pero si precisamos nuestra curiosidad, y preguntamos si los fabulistas se han planteado el problema trascendental de la posible inteligencia en los animales, nos encontramos con que generalmente no se han propuesto resolver esta cuestión de alta filosofía.

En mi rebusca de la literatura fabulística que he tenido a mi alcance, tan sólo La Fontaine ha esbozado accidentalmente este problema en una fábula discurso a Madame de la Sabliere, de la cual es el siguiente fragmento:

... ne trouvez pas mauvais
qu'en ces fables aussi j'entremêle des traits
de certaine philosophie,
subtile, engageante et hardie
on l'appelle nouvelle: en avez vous ou non
ouï parler? Ils disent donc,
que la bête est una machine;
qu'en elle tout se fait sans choix et sans dessein.

Ouvrez-la, lisez dans son sein;
Mainte roue y tient lieu de tout l'esprit du monde,
la première y meut la seconde;
Une troisième suit; elle sonne a la fin
Au dire de ces gens, la bête est toute telle.
L'objet la frappe en un endroit
ce lieu frappé s'en va tout droit
Selon nous, au voisin en porter la nouvelle.
Le sens de proche en proche aussitôt la reçoit.

L'impression se fait: mais comment se fait-elle?
Selon eux, par nécessité,
Sans passion, sans volonté;
L' animal se sent agité
de mouvements que le vulgaire apelle
tristesse, joie, amour, plaisir, douleur cruelle,
ou quelque autre de ces états
Mais ce n'est point cela; ne vous y trompez pas.
Qu'est-ce donc? une montre. Et nous? c'est autre chose.

Voici de la façon que Descartes l'expose:
Descartes, ce mortel dont on eût fait un dieu
chez les païens, et qui tient le milieu
entre l'homme et l'esprit; comme entre l'huître et l'homme
le tient tel de nos gens, franche bête de some;
voici, dis-je, comment raisonne cet auteur;
Sur tous les animaux, enfants du créateur,
J'ai le don de penser; et je sais que pense.

Or, vous savez, Iris, de certaine science,
que, quand la bête penserait,
la bête ne réfléchirait
sur l'objet ni sur la pensée
Descartes va plus loin et soutient nettement
qu'elle ne pense nullement.

Vous n'êtes pas embarrassée
de le croire; ni moi, Cependant, quand aux bois
le bruit des cors, celui des voix,
n'a donné nul relâche a la fuyante proie,
qu'en vain elle a mis ses efforts
a confondre et brouiller la voie
l'animal chargée d'ans, vieux cerf, et de dix cors,
en suppose un plus jeune, et l'oblige par force,
a presenter aux chiens une nouvelle amorce.

Que de raisonnements pour conserver ses jours!
Le retour sur ses pas, les malices, les tours,
et le change, et cent stratagèmes
dignes des plus grans chefs, dignes d'une meilleur sort.
on le déchire apres sa mort:
Ce sont tous ses honneurs suprêmes.

Quand la perdrix
voit ses petits
en danger, et n'ayant qu'une plume nouvelle
qui ne peut fuir encor par les airs le trépas,
elle fait la blessée, et va trainant de l'aile,
attirant le chasseur et le chien sur ses pas,
détourne le danger, sauve ainsi sa famille;
et puis quand le chasseur croit que son chien la pille,
elle lui dit adieu, prend sa volée et rit
de l'homme, qui, confus, des yeux en vain la suit.

LA FONTAINE. Libro IX.

Y esto es todo lo que se encuentra entre la literatura de los fabulistas en torno a la magna cuestión de la inteligencia de los animales. No es mucho ciertamente, pero nos demuestra que sus inquietudes ante este problema no han sido acuciantes. Más bien demuestran una despreocupación o el temor de intentar hallar un camino claro en este problema tan apasionadamente debatido por los filósofos y los teólogos de todos los tiempos.

La fina ironía de La Fontaine demuestra claramente que en su tiempo, muy cercano a los días de Descartes, flotaba en el ambiente el resplendor de la filosofía de este ingenio, y que a base de su célebre postulado es difícil admitir inteligencia en los animales.

A los seres irracionales, no se les puede plantear y menos esperar una respuesta conveniente al «ego cogito, ergo sum». Y el problema se sitúa en términos de difícil solución, ya que es imposible saber si los animales piensan, puesto que ellos no pueden manifestar de una manera sensible esta percep-

ción puramente psíquica. Y sería encerrarnos en un círculo vicioso el propósito de argüir el porqué a los animales les falta el mecanismo de expresión de su pensar, es argumento obvio para negar rotundamente su existencia.

A los animales se les admite sin discusión un cierto grado de inteligencia instintiva. Pero ¿qué entendemos por instinto?

Dejo la palabra a F. Gordón: «El instinto es algo maravilloso y no definido aún.» ¿Es el *divinae particula aureae* de Horacio?, se pregunta Voltaire, admirado de lo que el instinto hace. ¿Es un hábito organizado y hereditario, como quiere Spencer? ¿Es, según opina Mosso, la voz de las generaciones extintas resonando como un eco lejano en las células del sistema nervioso? ¿Es, conforme a la bella frase del veterinario Guénon, una memoria hereditaria producida frecuentemente por la inteligencia cristalizada? ¿Es, en fin, tal como lo pretendiera Lewes escépticamente, una palabra que oculta a los hombres su ignorancia? Y más adelante continúa así: «Es muy difícil o imposible marcar una línea divisoria entre la acción refleja y el instinto, como aseveran Romanes y Virchon. Asimismo es rechazable la definición de Brodie, según la cual el instinto es la acción dirigida a un fin, sin percepción consciente de lo que este fin sea.» Y la de Hartmann: «Instinto es aquel principio indiferente de la experiencia y de la razón, que induce a los animales a ejecutar algunos actos espontáneos necesarios a la conservación del individuo o de la especie, o bien conveniente en otro sentido.»

Realmente, es difícil admitir cualquiera de estas vagas definiciones del instinto. Por otra parte, si admitimos el punto de vista de Turró, expuesto en su *Criteriología de Balmes*, no hay manera de concebir el instinto como la suma de conocimientos inmanentes, ya que preexisten en los seres por el solo hecho de existir.

Para los aristotélicos, y entre ellos Turró, se nace con el alma y el cerebro completamente vírgenes de impresiones, y sólo sensibles, en un grado mayor o menor, a toda clase de estímulos.

Si admitimos este punto de partida, tendremos que convenir, anatómicamente y fisiológicamente, que los animales se encuentran en condiciones muy similares al hombre para desarrollar sus facultades intelectivas.

Pero este supuesto pugna de una manera radical con las concepciones filosóficas de base religiosa. Puesto que la inteligencia es patrimonio exclusivo de los seres dotados de alma racional, a los animales no cabe de ninguna manera admitirles facultades privativas del hombre.

Y no hay posibilidad de agarrarse a la hipotética existencia de los tres tipos de almas, sugeridas por los teólogos clásicos: alma vegetativa, alma sensitiva y alma racional.

La vegetativa para las plantas, la sensitiva para los animales y la racional para el *homo sapiens*.

Supongo que al hacer esta clasificación, los filósofos ignoraban la existencia entre las plantas de la *mimosa púdica* y de la *sarcófaga carnaria*, entre otras, las cuales evidencian una sensibilidad primitiva, elemental y reducida, pero sensibilidad al fin, tal como lo entendemos en el lenguaje biológico.

Y en cuanto a negar rotundamente todo indicio de razonamiento en los animales, hoy por hoy es puro problema de doctrinas filosóficas.

Los hombres de ciencia experimental, que miran estas cuestiones con visión estrictamente objetiva, ya no opinan de una manera tan categórica.

Bien es verdad que todavía el mundo padece crisis de intransigencia doctrinal, y en nombre de un credo unas veces religioso y otras político, se pretende canalizar el campo de la ciencia por los estrechos límites de una ortodoxia no siempre generosa, comprensiva y transigente. Tenemos de reciente actualidad el caso pintoresco de los intelectuales rusos, negándose a admitir las doctrinas y los hechos de la teoría mendeliana por considerarlas atentatorias a los postulados marxistas, y sólo un fruto y un soporte de la sociedad antidemocrática.

No obstante, los métodos de la psicología experimental, si bien no están aun en condiciones de fallar este pleito ancestral, hacen esperar con razonable optimismo resultados alentadores.

La cuestión sobre la que estamos divagando es ciertamente difícil de encauzar, ya que no podemos determinar dónde comienza la manifestación puramente intelectual o razonable.

Sin embargo, son muchísimas las observaciones que abiertamente admiten facultades de inteligencia en los animales, y para apoyar su tesis relatan hechos curiosos realizados por distintos animales, tanto de una manera espontánea como en ambiente de observación experimental.

En la numerosa literatura que sobre este tema existe, puede el lector documentarse ampliamente. Ahora bien, toda esta enorme bibliografía, de tipo puramente anecdótico, carece de valor científico, ya que no puede ajustarse a un impecable rigorismo experimental.

Los psicólogos modernos, que conceden gran importancia a los estudios que se realizan sobre animales, reconocen que todavía no estamos en condiciones de formular opiniones decisivas.

Los resultados conocidos hasta hoy, algunos de ellos perfectamente paradójicos, no aclaran mucho los arduos problemas que plantea la psicología comparada.

De todas maneras, a base de la múltiple experimentación realizada, se ha

podido llegar a resultados que desvanecen algunos de los conceptos clásicos que teníamos sobre la materia.

Así, por ejemplo, era casi un dogma admitir que el perro se valía de su olfato para su habilidad en orientarse, y concretamente para reintegrarse a su domicilio. Investigaciones escrupulosamente llevadas han puesto en evidencia que este sentido para nada interviene en su instinto de orientación.

Para distancias cortas es posible que la vista tenga una discreta influencia.

Mas cuando nos enfrentamos con el prodigio de las palomas mensajeras o los vuelos misteriosos de las aves migratorias, nuestra confusión es total.

Existen varias hipótesis para explicar este prodigio, que ha admirado a los hombres de todos los tiempos, pero todas son atacables. Todas tienen lagunas que permiten la crítica. En resumen, palabras... palabras... Acaso influya en esta vaguedad el aspecto subjetivo que presenta esta cuestión trascendental.

Mientras la psicología no se desprenda de su dogmatismo, para sujetarse íntegramente a un concepto crítico, los resultados o interpretaciones pecarán siempre de las influencias doctrinales, que en este caso sólo sirven para describir los hechos.

Los estudios modernos de psicología experimental, que se orientan en posturas sencillamente objetivas, si bien no han avanzado de una manera extraordinaria, han dado ya frutos excelentes.

Experiencias realizadas por Katz y sus colaboradores han demostrado la finura de precisión del oído en el gato, el perro y la gallina.

La precisión recogida en el gato es superior a todas las investigadas. Es posible que se trate de un hecho de pura biología, ya que el gato necesita para sus hábitos alimenticios disponer de un oído finísimo para percibir en varias condiciones y direcciones la localización de su presa.

Multitud de experiencias de este estilo demuestran que la mayoría de animales presentan un sensorio tan o más preciso que el hombre. En algunos casos es a todas luces superior.

Sin embargo, el enigma continúa acuciante, porque disponiendo los animales de un sensorio equivalente al del hombre, y siendo estas impresiones la base del conocimiento, vemos que en aquéllos se limita a la excitación momentánea y a la reacción subsiguiente, mientras que en el hombre constituye el caudal de sus manifestaciones intelectivas, en tiempos completamente independientes del instante de producirse el estímulo.

El animal actuaría como un autómatas, y el hombre, con su peculiar raciocinio.

Y así, vemos cómo un animal al perder un sentido importante se encuentra en condiciones difíciles para seguir maniobrando en su ambiente, mientras

que el hombre, en circunstancias de sensorio más comprometido, continúa viviendo y hasta mejorando la sensibilidad de su vida espiritual.

Por lo menos ésta es nuestra idea, mientras ignoremos totalmente las manifestaciones intelectivas de los animales.

A propósito de la génesis del conocimiento, nos importa aclarar con no disimulada pena el casi olvido con que se tiene la famosa teoría de Turró sobre el hambre, origen del conocimiento.

Porque es desconsolador ver cómo los psicólogos de todo el mundo se afanan en buscar teorías para explicar el conocimiento, cuando hace ya muchos años nuestro Turró formuló su magistral teoría.

Han salido a relucir hipótesis basadas en la necesidad, el impulso, la avidez y otras parecidas, que en el fondo nada discrepan a las sustentadas por Turró. Únicamente en el libro de Katz, y aun en forma de nota marginal insignificante, se dice que va este filósofo pensaba algo parecido sobre esta cuestión.

¡Qué lástima que nuestro apasionado y batallador compañero haya dejado de existir, porque sería interesantísimo comprobar sus maravillosas dotes de polemista!

Y para dejar este problema, que hoy por hoy no tiene solución satisfactoria, es justo que dediquemos unos párrafos a las pretendidas proezas de los caballos calculadores, que absorbieron la atención del mundo durante varios años.

En primer término, tenemos las facultades del famoso caballo «Clever Hans», calculista de fama universal.

Su domador, Herr von Osten, creía de buena fe que los animales superiores manifiestan una inteligencia comparable con la del hombre, y así, su caballo «Clever Hans» respondía adecuadamente a las preguntas que se le hacían con un sí o un no perfectamente lógicos. Asimismo resolvía complicados problemas de matemáticas.

El caso era realmente impresionante, y naturalmente los científicos quisieron convencerse de que no existía algún error o superchería en los experimentos del caballo de Von Hosten.

Después de pruebas minuciosas y rigurosamente llevadas, se cayó en el secreto de la pretendida inteligencia del famoso caballo. Solamente acertaba en las respuestas cuando estaba presente y al alcance de su vista su maestro. Se vió que éste realizaba mentalmente las operaciones, y su tensión nerviosa se manifestaba por movimientos característicos de su cabeza, que captaba fielmente el caballo.

Se demostró claramente que «Clever Hans» únicamente transmitía las respuestas que estaba acostumbrado a recibir de su dueño.

En el argot de la ciencia experimental se conoce el caso como el «error de «Clever Hans».

Y del mismo orden es el caso de los célebres caballos de Elberfeld, que tanta tinta hicieron gastar a principios de este siglo.

L. Bretegnier, en su libro *L'activité psychique chez les animaux*, ha dedicado a este asunto un minucioso estudio, y de él tomamos los datos para nuestro comentario. Como es de presumir, el caso despertó insólita curiosidad entre los hombres de ciencia de aquel tiempo, y los más destacados psicólogos, médicos, veterinarios, zoólogos y filósofos se interesaron por la pretendida inteligencia de los caballos de Elberfeld, educados por M. Krall.

La mayor parte de los comentarios son francamente escépticos. Encuestas realizadas sobre la regularidad de su talento matemático demostraron un porcentaje muy considerable de errores.

Se llegó al convencimiento de que únicamente en presencia del domador los caballos calculadores resolvían correctamente los problemas que se les planteaban. Casi todos los observadores notaron la extraña indiferencia de los caballos ante las cifras que tenían delante, sin dar la más mínima sensación de estar atentos y preocupados por una suma o por una raíz cuadrada.

La opinión sedimentada de la mayoría de observadores se reduce a admitir que los caballos de referencia golpeaban por un simple mecanismo de amaestramiento y que terminaban su percusión a una señal óptica o acústica dada por su domador, que naturalmente debía ser un formidable matemático.

El misterio no se ha podido aclarar completamente, ya que M. Krall jamás quiso descubrir el truco que utilizaba para su desconcertante espectáculo.

Desde luego, es muy raro que después de estos tan discutidos caballos no se haya dado a conocer otro caso de caballos dotados de facultades parecidas.

Siguiendo el estudio de las facultades psíquicas atribuídas a los animales, no podemos menos de reconocer que se han dado casos de manifestaciones afectivas en los animales, cuyo valor es difícil discutir.

Relatos emocionantes de perros que se han dejado morir de hambre junto a la tumba de su dueño, perros que no abandonan el lecho del ser querido enfermo, son del dominio común.

Y para colofón, he aquí una bella fábula de Campoamor:

Bramaba el viento agitado
cuando subían a un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos, un perro.

Y con mortal pesadumbre,
el viejo desfallecido
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y «Marcha, al joven le dijo,
no encuentres cual yo la muerte.»
«Pues adiós», contestó el hijo,
y huyó temiendo igual suerte.

Mas, desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que más fiel el alano
quedó a morir con su dueño.

El padre, el hijo y el perro, fáb. 14.

En cuanto al conocimiento de las ideas abstractas, se afirma que algunos animales poseen un concepto más o menos preciso del tiempo y del espacio, citándose ejemplos realmente seductores.

Naturalmente que nada sabemos del concepto que del honor, de la patria y de la justicia puedan tener los animales. Éstas son ideas que requieren expresiones muy complicadas para su demostración, y sería mucho exigir pedírselas a los animales.

Para resumir esta divagación apasionante, es justo consignar un hecho de indiscutible valor. Admitiendo que los animales poseen facultades intelectivas, éstas han de ser forzosamente limitadas, puesto que la posible inteligencia de estos seres ha progresado muy poco en el transcurso de los siglos, considerada en su conjunto específico. La golondrina sigue construyendo su nido con los mismos materiales y la misma técnica desde tiempo inmemorial. La abeja construye sus maravillosos panales de una manera idéntica, que acaso no admite perfeccionamientos.

Y en cuanto a los animales domésticos, es posible que a consecuencia de su misma domesticidad hayan perdido o atrofiado parte de sus aptitudes psíquicas por el simple hecho de verse atendidos y alimentados por el hombre. Si la función hace el órgano, o como quiere Turró, el hambre es el origen del conocimiento, en las especies que viven bajo el dominio del hombre todo lo tienen resuelto, y sólo han modificado aquellas aptitudes para las cuales son aprovechadas.

Ya sé que me diréis que en ciertos aspectos el hombre tampoco ha variado apenas en el transcurso de los siglos. Basta leer los Proverbios de Salomón para darse cuenta que la humanidad mantiene los mismos vicios y las mismas virtudes éticas. Y las mismas fábulas son un testimonio inequívoco de esta

aseveración tan poco halagüeña para el hombre. En ellas vemos que el propósito del fabulista es moralizar el ser racional. En las fábulas se pone de manifiesto el camino para corregir el orgullo, la pereza, la vanidad, la soberbia, la mentira y todos los vicios que todavía aquejan a la humanidad después de tantos siglos de cultura, de religiones y de apostolados sociales, que pretenden justificar el presuntuoso nombre con que fué etiquetada nuestra especie: el *homo sapiens*.

Pero este quietismo moral del hombre, considerado como el prototipo de ser racional, no tiene nada que ver con el desarrollo cada día creciente de los frutos de sus conocimientos. Creo que sería perder el tiempo empeñarnos en hacer un balance de los progresos conseguidos por la inteligencia humana, con todo y tener que convenir que no siempre han sido dirigidos para nuestra mayor felicidad. No sería muy elegante que me propusiera encauzar esta divagación hacia la palestra de los folósofos, donde las pasiones y los doctrinarismos se debaten algunas veces con notoria acritud y desdén. Nuestro propósito no puede pasar de lo que dé de sí la rebusca de lo que atribuyen a los animales los fabulistas en sus producciones con propósitos morales, totalmente al margen de los trascendentales problemas que discuten los materialistas y los espiritualistas.

He de confesar con toda sinceridad que, en vano durante mucho tiempo, he intentado buscar con verdadera angustia una respuesta clara a la incógnita que encierra el epígrafe de este capítulo.

Es posible que mi capacidad haya sido un obstáculo insuperable, ante las elucubraciones de los filósofos y de los ensayistas. No tengo el menor inconveniente en reconocerlo.

Sin embargo, de la sedimentación de mis profusas lecturas, aparece en mi espíritu una lucecita temerosa, que puede traducirse así: La definición de instinto y de inteligencia, es obra exclusiva del hombre. Ante ella diríase que el hombre, un mucho ensoberbecido, no quiere transigir en conceder a otros seres lo que considera su patrimonio exclusivo, y por ello pretende marcar unos límites insalvables sin hacer abdicación de su prestigio indiscutible. No es admitido por todos los pensadores la posibilidad de que la función intelectual pueda tener asiento en todos los seres dotados de un mínimo de estructura nerviosa, y que, naturalmente, a medida que ésta se complica lleva consigo un mayor desarrollo.

Mientras sea preciso admitir la existencia de una virtud por encima de las células nerviosas, será imposible llegar a un acuerdo. Pero también será hartamente difícil comprender el mecanismo de las funciones que llamamos puramente instintivas, algunas de las cuales alcanzan grados de delicadeza ante

las cuales nuestra perplejidad demuestra nuestra impotencia para explicarnos el misterio de las actividades psíquicas.

Acaso en un futuro, el progreso de la química biológica nos diga la razón por la cual la laberíntica estructura del cerebro humano, tan parecida a la de un elefante, por ejemplo, da muestras de una hiperfunción que no se comprueba en tan simpático proboscidio. Células aparentemente iguales dan por resultados frutos enormemente distintos, cosa que no ocurre con las células hepáticas o las del tejido muscular.

¿Presencia del alma, de algo que Dios quiso darnos para probar nuestra virtud? ¿Problema de simple función bioquímica de proteínas que todavía no sabemos identificar?



LA SELECCIÓN DE FÁBULAS

Hubiera sido, posiblemente lo más acertado, recoger todo lo que han escrito los fabulistas relacionado con la psiquis de todos los animales. A primera vista parece sugestionador recopilar las actitudes y reacciones del león, del lobo, de la zorra y otros animales salvajes pródigamente utilizados para sus apólogos por los fabulistas de todos los tiempos.

Pero, si bien es verdad, éste era mi pensamiento al interesarme por estos motivos de psicología literario, desistí luego, aun creyendo que perderían amenidad estas notas intrascendentes.

La razón que me decidió a limitar el alcance de este estudio radica en la consideración de que los caracteres que los fabulistas atribuyen a los animales salvajes, imagino que pueden ser más fantásticos que los atribuidos a los animales domésticos. Es una observación casi lógica pensar que los animales que conviven con el hombre han podido ser mejor estudiados que aquellos otros. Es decir, los caracteres del caballo y del perro, sus maneras de reaccionar frente a diversos estímulos, es seguro que han sido objeto de más atenta y precisa observación.

Y es tan cierto este punto de vista, que así como los animales salvajes son descritos con un carácter generalmente uniforme, en los animales domésticos se asiste a variedad que encaja normalmente en las actividades complicadas de los seres de organización más o menos elevada.

Así como en el hombre admitimos una característica fundamental de

inteligencia, bondad y comprensión y esto no es obstáculo para que reconozcamos la existencia de cretinos, egoístas, malvados y tontos integrales, así también nos tropezamos con fábulas que pintan al perro como dechado de fidelidad y abnegación y otras que le describen como glotón y como desagradecido.

Es, en definitiva, una característica de todos los seres vivientes.

Por estas razones, pues, limitaremos nuestro paseo por las frondosidades de la literatura fabulística, a lo que se dice de los animales domésticos.

Mas, al llegar a este punto concreto, surge la primera duda seria.

¿Cuáles son los animales que en rigor debemos considerar como domésticos?

Para resolver esta primera incógnita, nos ha servido de maravilla un interesante artículo de C. Sanz Egaña, infatigable rebuscador de curiosidades.

Probablemente quien mejor ha definido la domesticidad ha sido Castro y Valero.

Según este autor, animal doméstico «es el que conoce y quiere al hombre, con gusto se somete a nuestra voluntad, se reproduce en derredor del hombre y nos es útil para algún producto o servicio».

Este retrato es casi perfecto. Y digo casi, porque existe un animal, el elefante, considerado generalmente como doméstico, que no llena todos los requisitos de la definición de Castro y Valero.

El elefante no se reproduce en cautividad, que en este caso es equivalente a domesticidad.

No se saben las causas de este hecho anormal. Se han aducido razones de alimentación como base fundamental, pero sin que se haya probado de una manera rigurosa.

Hartzenbusch, en una elegante fábula, *El elefante domesticado*, dice así:

Preguntaba el palomo al elefante:

«¿Por qué desde el instante

Que fuiste como yo domesticado,

Con ojos de dolor a tu hembra fijos

de mil cosas te quejas a su lado,

pero jamás de que te falten hijos?

Y respondió con tétrico semblante

el membrudo animal: «Soy prisionero,

de hierros voy cargado...

¿Hijos esclavos yo? Morir primero.

Claro que es difícil admitir esta razón sentimental del distinguido poeta, pero el caso es que únicamente se sabe de una sola vez de la reproducción de este inteligente animal en cautividad, y fué en un parque zoológico europeo.

Admitiendo, pues, como buena la definición que hemos comentado, incluyendo naturalmente al elefante, la lista aproximada de animales que podemos considerar como domésticos, es la siguiente: caballo, asno, mula, toro, cabra, oveja, cerdo, gato, perro, conejo, dromedario, camello, búfalo, yack, cebú, llama, alpaca, cobayo, reno, gallina, pavo real, pavo, pato, cisne, palomo y oca, y acaso el avestruz.

Como verá el lector que no se canse, en mi rebusca fabulística no he podido encontrar relación de todos estos animales, aunque sí de su gran mayoría.

Probablemente que las causas hay que buscarlas por una parte en el desconocimiento que algunos fabulistas han tenido de ciertas especies no existentes en su ambiente, y por otra en la razón de que algunos de ellos tienen características tan parecidas que han tomado al más conocido como prototipo de un carácter que considerarían común a diversos animales.

Es a todas luces comprensible, que tanto Esopo como Fedro no podían tener la menor idea de los animales autóctonos del continente americano, algunos de los cuales han sido domesticados. Y, naturalmente, no podían utilizar como modelos de sus personajes a entes que no existían en su conocimiento.

En cambio, un fabulista argentino, Hector Pedro Blomberg, ha publicado una interesante colección de composiciones de este género y ha buscado sus personajes en la pampa y en la selva, y por ello vemos animalitos para nosotros totalmente exóticos.

Y, finalmente, cabe otra razón importante que justifique el no haber encontrado una representación completa de todos los animales domésticos. Y ésta es, el no haber dispuesto de una bibliografía más completa de los libros de fábulas que deben existir en este mundo.

Por lo tanto, confieso sinceramente que mi recopilación es incompleta, y con ello, además, invito a quien sienta curiosidad por este tema a completarlo y mejorarlo, pues puedo asegurar que no he agotado los materiales existentes.

Y antes de adentrarnos definitivamente en el motivo de este trabajo, me interesa hacer una observación que no parecerá inoportuna para aquellos que hayan gustado el placer de la lectura de alguno de los innumerables libros de fábulas que los poetas y los filósofos nos han brindado.

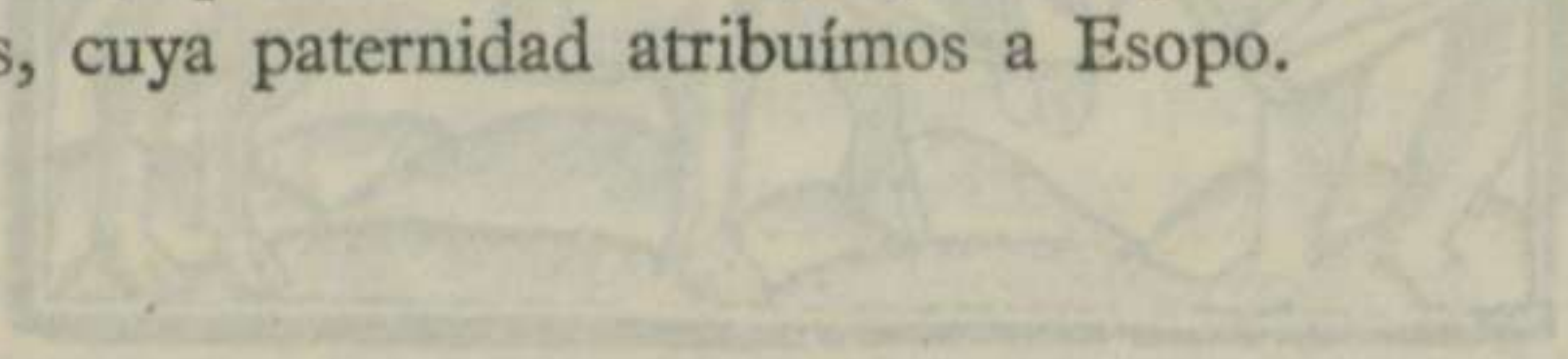
El fabulista, como es natural, no escribió sus composiciones con el mismo propósito con que nosotros rebuscamos lo que han opinado sobre el carácter que atribuyen a sus personajes del reino animal. Por esta fundamentalísima razón en las fábulas destaca siempre un contraste, del cual se desprende la moraleja, cuando ésta existe. En caso contrario se deja al buen juicio del lector el sacar la lección consiguiente.

Pues bien, mi actitud, ante la mayoría de fábulas, ha sido casi irrespetuosa,

ya que solamente he buscado con ahinco aquello que representa un trazo que perfile o esboce la psiquis de un animal.

Por consiguiente, algunas veces me he visto obligado a una interpretación que se aleja a todas luces de los propósitos del fabulista. Algo así como si hubiera intentado retorcer la finalidad del autor, tomando de sus argumentos solamente aquello que interesara a mis propósitos y creando a base del motivo original una nueva interpretación.

Los ortodoxos del género fabulístico, espero sabrán perdonarme este desacato inocente, que no tiene más propósito que dar nuevos valores a las composiciones, cuya paternidad atribuimos a Esopo.





EL ASNO

Mansedumbre, estupidez, resignación, esfuerzo callado, sobriedad... son las características de este animal, probablemente uno de los primeros que han sufrido los pesares de la domesticidad, que en el fondo equivale a esclavitud.

En una de las mejores fábulas de La Fontaine, *Les animaux malades de peste*, lib. VII, fáb. 1, se retrata al asno, con su complejo de timidez, como diríamos en estos tiempos.

Los animales están aterrados ante una peste que les diezma implacablemente, y deciden en asamblea que preside el león, buscar remedio a sus males.

Acuerdan hacer un riguroso examen de conciencia, a fin de expiar sus crímenes, y conseguir así la clemencia de los dioses.

Todos pasan sobre ascuas ante sus pecados más o menos graves, procurando justificar sus crueldades.

Al llegarle el turno al asno infeliz, éste se confiesa con esta deliciosa declaración:

«J'ai souvenance
qu'un pré de moines passant,
la faim, l'occasion, l'herbe tendre, et je pense
quelque diable aussi me poussant,
je tondis de ce pré la largeur de ma langue.»

No cabe delito más inocente y, sin embargo, la multitud embravecida, proclama su terrible culpabilidad, y naturalmente es condenado al sacrificio para apaciguar la ira muy justa de los dioses.

Esta misma fábula se encuentra en la colección de Samaniego, con el título: *Los animales con peste*, lib. III, fáb. 2.

Samaniego en su fábula *El asno y las ranas*, lib. III, fáb. 12, retrata la resignación de este sufrido animal.

El asno se queja de su suerte desgraciada y de la poca caridad del destino para con su vida, y las ranas que escuchan sus lamentos, le hacen un sermoncito de conformidad y tolerancia.

Lessing, en su fábula *Los asnos*, describe las quejas que los infelices dirigen a los dioses, ante la existencia que llevan de constantes malos tratos.

Los dioses consideran justas sus alegaciones, pero no encuentran más medio para complacer a los desgraciados que hacerlos insensibles y atontados.

Y los asnos, en su infelicidad, agradecen tan señalado favor.

Aviano, en sus fábulas isópicas *El asno y la piel del león*, pone de manifiesto la idiota presunción de un asno que encuentra una piel de león.

Se la pone encima con la ilusión de producir espanto entre los demás. En los primeros momentos consigue su propósito, realizando tonterías y disparates, hasta que su dueño le encuentra, le reconoce y le da unos buenos palos.

El asno es tachado de envidioso, además de su estulticia, en la fábula de Esopo, titulada: *Del asno y de la perrilla*, lib. I, fáb. 17.

Un asno observa que una perrilla es tratada con cariño y afecto por sus dueños, y decide conseguir ser tratado igual.

Se da cuenta de que la perrilla hace caricias a su dueño, y supone que ésta es la causa del afecto que le prodigan.

Se decide a imitarla, y cuando se encuentra cerca de su dueño, le pone las patas a la espalda e intenta lamerlo, como ha visto hacer con el perro.

Y naturalmente, se gana una repulsa cruenta.

Este mismo motivo ha sido utilizado por:

La Fontaine, *L'âne et le petit chien*, fáb. 5, lib. IV.

Ibáñez, *El asno y el perro de faldas*, fáb. 25.

Príncipe, *La perrilla y el borrico*, fáb. 88.

El abate Anbert, en su fábula *El asno ministro*, nos pinta un león que sintiéndose viejo, nombró al asno su lugarteniente, hasta que, cansado de las innumerables tonterías que realizó, se vió obligado a destituirle.

Ibáñez, en *El buitre y el jumento*, fáb. 22, lib. IV, nos da otra muestra de la vanidad infeliz del pobre asno. Éste se condolía ante un buitre de no saber volar.

El buitre, adivinando la estulticia del asno, le dice que no es nada difícil, y le convence para que haga la prueba lanzándose desde el borde de un precipicio. El burro, muy necio, se abisma y muere con gran satisfacción del buitre que se apodera del cadáver.

Príncipe, en su fábula, *El burro en el concierto*, fáb. 99, apunta una nueva faceta de la estulta vanidad de este animal.

Un asno infatuado por su magnífica voz de concertista, interrumpe desafortunadamente con sus bramidos un concierto al aire libre.

... Y naturalmente es obsequiado con una tremenda paliza, cuando esperaba ser burramente aplaudido.

El mismo Príncipe en *El burro leyendo fábulas*, fáb. 139, ironiza sobre su escasa inteligencia de esta manera:

Leyó no sé en qué parte
cierto burro las fábulas de Iriarte,
y las de Samaniego una por una,
y las de Campoamor de cabo a rabo,
y las de Trueba y Hartzenbusch... y al cabo
no comprendió ninguna.

La Fontaine, en su fábula *Le lion, le singe et les deux ânes*, fáb. 5, lib. I, describe la absurda vanidad de los asnos, que haciendo caso de loas ridículas e injustas se creen superiores al hombre en talento, y alaban las delicias de su bramido que suponen puede compararse a los más célebres cantores.

Otro aspecto de la estulta vanidad del asno es descrita por La Fontaine, en *L'âne portant de reliquies*, fáb. 14, lib. V. Un asno que transporta sobre sus lomos unas reliquias, observa el respeto profundo y hasta adoración que despierta a su paso, y se envanece pensando que van dirigidas al pobre infeliz.

El mismo motivo se encuentra en Ibáñez, *El burro cargado de reliquias*, fábula 7, y por Samaniego, *El asno cargado de reliquias*, fáb. 8, lib. IV.

La Fontaine, en *L'âne charge d'éponges et l'âne chargé de sel*, fáb. 10, libro II, pinta la ignorancia de este animal, de esta manera:

Una pareja de asnos, uno cargado de esponjas y otro cargado de sal, atraviesan un río. El asno cargado con las esponjas advierte que su compañero después de sumergirse sale del agua ligero y con su carga aligerada. Decide imitarle y, como es fácil deducir, su resultado es totalmente adverso y perece ahogado.

Crespo, en su fábula *El asno cargado de esponjas*, fáb. 46, traduce este mismo tema.

Esopo, en su fábula *Del león y del asno*, fáb. 11, lib. I, pone de manifiesto

la estulticia y la impertinente vanidad del asno, que encontrándose con un león le saluda en tono de superioridad y de desprecio.

El león, herido por la ironía, le perdona por estúpido.

Príncipe, en *El borrico y el ganso*, fáb. 120, pone de manifiesto la escasez de talento de ambos animales. Discuten largo rato sin ponerse de acuerdo, y acaban su diálogo así:

¡Vamos! estás diciendo unas *gansadas*
que me marchó de aquí porque me aburro.
Pues, y tú, ganso; contestóle el burro,
¿No me has dicho también mil *borricadas*?

Riera y Bertrán, en su fábula *Lo ruch enfadat*, fáb. 13, describe la estúpida presunción de un asno que pretende destacarse de un grupo de caballos, al ver la admiración que éstos despiertan, y se le ocurre bramar estrepitosamente, con lo cual consigue naturalmente llamar la atención.

Riera y Bertrán, en su fábula *L'ase satisfet*, fáb. 77, describe la estulticia del asno, que se siente orgulloso porque los hombres usan con mucha frecuencia su nombre.

Hasta que la zorra, ingeniosa, le vuelve a la realidad con estas palabras:

«No et fixis en lo qu'el gasten,
sino en com lo gasten, noil!»

Samaniego, en *El elefante, el toro, el asno y los demás animales*, fáb. 19, libro IV, describe la insignificancia y el desprecio que inspira.

En una asamblea de animales, todos aducen sus quejas ante los atropellos de que son víctimas, y nadie alza la menor protesta.

Habla el asno, modestamente, casi avergonzado y se duele del milano y del halcón, que se clavan en sus lomos sin aguardar a que esté muerto... y se promueve un gran escándalo en la reunión por las palabras del infortunado.

Esopo, en su fábula *Del mercader y del asno*, fáb. 18, lib. III, describe las aventuras del pobre asno, que hasta después de muerto, continúa su piel siendo martirizada en forma de tambor.

Samaniego, en *El asno infeliz*, fáb. 21, lib. V, retrata este mismo destino en estos versos:

Yo conocí un jumento
que murió muy contento,
por creer (y no iba fuera de camino)
que así cesaba su fatal destino.

Pero la adversa suerte,
aun después de su muerte
lo persiguió; dispuso que al difunto
le arrancasen el cuero luego al punto
para hacer tamboriles;
y que en los regocijos pastoriles
bailasen las zagalas en el prado
al son de su pellejo baqueteado.

El pobre asno se compadece siempre de su desdichada suerte que no le deja en toda su existencia. Esto se deduce de la fábula de La Fontaine *L'âne et ses maîtres*, fáb. 9, lib. VI. En esta fábula el asno se queja de su destino, primero en casa de un jardinero, después al servicio de trajinante de pieles y por último a las órdenes de un carbonero. Y siempre descontento de su suerte.

El mismo motivo es utilizado por Samaniego en su fábula *El asno y Júpiter*, fáb. 2, lib. IV; siendo aquí Júpiter quien le cambia de dueño y de ocupación, sin conseguir que el asno esté satisfecho.

Otra muestra de la ínfima consideración que alcanza el pobre rucio la tenemos en la fábula de Samaniego *El león envejecido*, fáb. 4, lib. III.

Se trataba de un león que por viejo se siente incapaz de defenderse y acaba muriendo a consecuencia de los ultrajes que le hacen sus antiguas víctimas.

Pero lo que más le irrita y le humilla, es pensar que hasta el asno le ha podido injuriar.

Príncipe, en su fábula *La yegua y el asno*, fáb. 76, describe las clásicas desventuras del pobre animal.

Un asno vivía en compañía de una yegua que no hace nada y es nutrida con esmero.

En tanto, para él, todo el trabajo y poca comida y aun de mala calidad.

Ante su situación, el asno razona así: «veo, que el que más trabaja, engulle aquí menos».

La paciencia y resignación del asno es descrita así en la fábula de Ibáñez *El asno y el lobo*, fáb. 58.

A un burro que tenía
malamente llagado el espinazo,
un cuervo con molesto picotazo
en la herida, cruel mortificaba.
El bribón del arriero lo miraba
y a carcajada suelta se reía.
Viendo un lobo la escena...

más humano que el hombre se preguntaba: ¿Paciencia del asno o crueldad del hombre?

Sin embargo, no siempre el asno es considerado como el prototipo de la pereza, grosería, goloso y estúpido, pues J. M. Bruyset en su fábula *L'ânesse et son anon*, admite que el pollino es alegre, ágil y juguetón.

Y Samaniego, en *El asno y el lobo*, fáb. 2, lib. V, reconoce que alguna vez este desventurado demuestra su viveza y astucia.

Un asno viejo y cojo observa que un lobo le sigue con propósitos poco amables. Convencido de las intenciones del lobo, le ruega le conceda morir sin el dolor de un clavo que martiriza su pie.

El lobo, infatuado y presumido, alardea de buen cirujano, contando por adelantado con la carne del infeliz.

Estira tu pata y verás mi ciencia de anatómico...

Y el asno le dedica una formidable coz que le deja sin dientes y avergonzado.

Otra prueba de astuta inteligencia del asno la vemos en la fábula de Esopo, *Del llop i del ase*, *Extravagants*, segunda edición catalana.

Un lobo encuentra un asno y le dice sin rodeos que tiene el propósito de comérselo. El asno, sin inmutarse, aparenta agradecer que le libre de sus desventuras y fatigas, que tanto pesan sobre él.

Eso sí, le ruega una merced: Que no le mate en mitad del camino, ya que su memoria sería una vergüenza para sus semejantes, y le propone que vaya a sacrificarlo en el bosque.

Para demostrarle su sumisión, le sugiere que le ate con una cuerda que sujete a ambos, y así, seguro de su obediencia le llevará al lugar del sacrificio.

El lobo cae en la trampa, y se deja atar por el asno, el cual, más fuerte, le lleva al poblado donde en lugar del festín que se prometía, recibe una regular paliza. Y el asno se salva.

Crespo, en *La burromaquia*, fáb. 59, evidencia el sentido común de los asnos.

Dos asnos casquivanos discuten y se querellan a coces. Un buitre, desde un árbol cercano, contempla divertido y con fruición la lucha encarnizada.

Uno de los asnos se da cuenta, y se lo dice al otro, y resuelven «no dar con su muerte a otro un buen día», y acuerdan:

Paz desde hoy y buena armonía.

El mismo Crespo, en su fábula *El burro y el caballo*, fáb. 24, sale en defensa del buen criterio del asno con estos términos:

Mientras un triste rucio
a sol y agua andaba,
el regalón caballo, grueso y lucio,
la boca en el pesebre, en cuadra estaba.
Al ver al asno, a coces,
dice que le recibía;
apartábase del, y a grandes voces
bajísima alimaña le decía.
Ya aburrido el jumento,
prorrumpió al fin: ¿Yo, bajo?
Si es porque soy más útil, no me afrento
¿Qué será de ti sin mi trabajo?

También Hartzzenbusch, en su fábula *Las orejas del borrico*, fáb. 45, aboga por el buen sentido de este animal, con estos versos:

A un burro que vió pasar
dijo el burlón Baltasar:
¡Vaya una figura rara
que tienes, con ese par
de orejas de media vara!
Yo no me las he escogido,
(replicó el asno advertido).
No tachándomelas andes
que Dios tendrá bien sabido
por qué me las hizo grandes.

Samaniego, en *El asno y el cochino*, fáb. 1, lib. VII, reconoce en el asno una cierta dosis de sentido común.

Un asno quejoso de su destino de trabajo, paja y palos, envidia la vida regalada del cerdo, para el cual todo son atenciones y succulenta comida.

Pero al darse cuenta que tantos miramientos conducen a la matanza, resignado razona así:

«Si en esto para el ocio y los regalos,
al trabajo me atengo y a los palos».

El mismo Samaniego, en su fábula *El asno sesudo*, fáb. 3, lib. II, admite que este animal no es siempre desprovisto de agudeza.

En cierta ocasión, un asno con su dueño se encuentran en trance apurado ante el peligro de ser apresados. El amo quisiera aligerar el paso con el fin de escapar e increpa al asno para ello:

Mas el asno, muy sesudo y reposado
empieza a andar a paso perezoso».

razonando de esta manera: A mí qué me importa tener un amo o tener otro. Siempre llevaré albarda y seré víctima del malhumor. Por lo tanto no vale la pena de realizar el menor esfuerzo para una huída problemática.

Y para terminar los testimonios fabulísticos relacionados con el asno, transcribo una fina alusión de Samaniego, en *El asno y el caballo*, fáb. 17, libro II, donde se ve que no todo es estupidez en este animal.

¡Ah! ¡Quién fuese caballo!
Un asno melancólico decía:
Entonces sí que nadie me vería
flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
me mantendría ocioso y bien comido
dándose su merced por muy servido
con corbetas y saltos de carnero.
Trátanme ahora como vil y bajo,
De risa sirve mi contraria suerte.
Quien me apalea más, más se divierte,
y menos como, cuando más trabajo.
No es posible encontrar en la tierra
infeliz como yo.

En este soliloquio estaba, cuando ve un caballo con jinete y armas de guerra, y entonces se da cuenta que acaso sea preferible continuar siendo asno, y comprende que sus quejas más bien son insensatas.



EL PERRO

Es fama admitida por todo el mundo, que el perro simboliza la lealtad y su adhesión afectuosa al hombre, y así nos lo retratan todos los fabulistas.

Pero este concepto laudatorio no presenta uniformidad ni constancia en sus composiciones, como tendrá ocasión de comprobar el paciente lector, si continúa siguiendo este florilegio fabulístico.

Al perro se le atribuyen multitud de vicios y defectos: gula, deslealtad, desagradecimiento, maldad, vanidad, estupidez, etc. Si meditamos sobre este complejo de virtudes y de vicios, podemos llegar a una peregrina conclusión: El perro, acaso en razón de su íntima vida con el hombre, se ha contagiado de los pecados que aquejan a la humanidad, y se convierte en un infeliz imitador de la psicología humana con toda su paradójica complejidad.

Es posible que el lector ducho en anatomía comparada, no esté conforme con mi aventurada sugestión de contagio psíquico, y arguya que podrían encontrarse razones de más peso en el hecho de presentar el perro una arquitectura cerebral, la más parecida al hombre en lo que se refiere a su complicación estructural. Y, naturalmente, entonces sería preciso admitir razones de orden más prosaico.

Pero como navegamos entre nubes de poesía, dejemos esta divagación científico-filosófica, para escribir lo que dicen los poetas fabulistas con respecto a los caracteres del can, animalito que por encima de sus pecados, sigue siendo el prototipo del irracional inteligente, fiel y afectuoso, aunque a veces

se olvide, como el hombre, de los conceptos relativos sobre el bien y sobre el mal.

En cuanto a su afecto y devoción hacia el hombre, el lector supongo recordará la bella fábula de Campoamor, que en páginas anteriores se ha transcrito.

Florián, en su fábula, *Le chat et le chien*, estampa estos versos deliciosos:

«Un chien, vendu par son maître,
brisa sa chaîne, et revint
au logis qui le vit naître.
Jugez de ce qu'il devint
lorsque, pour prix de son zèle,
il fust de cette maison
reconduit par le bâton
vers sa demeuere nouvelle.
Un vieux chat, son compagnon,
voyant sa surprise extrême,
en passant lui dit ce mot:
tu croyais donc, pauvre sot
que c'est pour nous qu'on nous aime!»

El mismo Florián, en *La brebis et le chien*, retrata el fondo sentimental de estos animales con este argumento.

Una oveja reflexionaba de esta manera a su buen compañero el perro: tú eres el esclavo del hombre; adoras a un ingrato. Siempre sumiso, amable y fiel, y en recompensa de tu devoción, recibes a menudo severas reprimendas. Yo que todos los años le visto, le doy leche y fertilizo sus campos, he de ver cómo todas las mañanas alguno de mi familia es asesinado. Somos unas víctimas de estos tiranos. Trabajar para ellos y morir a sus manos. Un destino bien funesto.

Cierto es lo que dices, le responde el perro, ¿pero tú crees que ellos, los autores de nuestras miserias, son más felices? Déjate de preocupaciones, mi buena hermana, es siempre preferible sufrir el mal que hacerlo.

Concepción Arenal, en *El perro y el gato*, fáb. 7, describe la antítesis de estos animales. Uno egoísta y comodón, otro grosero y sentimental. Transcribo fragmentariamente el discurso del perro:

«No tengo grandes regalos
como te sucede a ti,
mas tampoco andan tras mí
a maldiciones y a palos.
.....

Más vale cariño y pan
que odio con dulce y pernil
¿te sonríes con malicia?
Te sonríes y no lloras.
Miserable, porque ignoras
lo que vale una caricia.
Gustárasla una vez sola,
esta que ventura llamo
cuando me acaricia el amo
y yo meneo la cola.

.....
entonces no esclavitud
en la mansedumbre vieras,
ni tonterías dijeras,
Que es dulce la gratitud.
¡Que no tengo libertad!
¡Que la tienes tú mayor!

.....
Miserable, hay más placeres
que el comer y el robar.

.....
¿Sabe el goloso ruin
la dicha exenta de hiel
que en ser querido y ser fiel
puede tener un mastín?»

Crespo, en su fábula *El galgo y el gato*, fáb. 82, glosa un tema parecido, y del cual ahí va un extracto.

Un perro, llevando entre sus dientes un conejo a su amo, iba desgranando este soliloquio:

«Calle el gallo
y el caballo,
que, o yo sueño,
o mi dueño
a la cuenta
no sustenta
bruto más bueno que yo.

A él sólo útil,
a mí inútil
liebres mato,
guardo el hato,
a vil gente
muestro el diente
y paga no pido, no».

El gato que le escucha displicente, intenta convencerle de su tontería y de que es un infeliz.

Mas el perro le contesta que continúa creyendo que haciendo el bien a los demás tiene el suyo asegurado.

Govantes, en *El perro y el gato*, fáb. 3, también encomia la fidelidad del perro y lo desgraciados que son los hombres.

Murió un rico caballero y sus herederos celebran su entierro con impropia alegría y un magnífico festín.

El perro del caballero, afligido, triste y avergonzado de tan irrespetuosa compostura, decide abandonar la casa, huyendo a la ventura. Como lo hace en actitud compungida, alarma a los mozalbetes que al grito de: ¡un perro rabioso!, se lanzan a su persecución hasta matarlo. Y así paga con su vida el gesto de dignidad.

Esopo, en *Del ladrón y del perro*, fáb. 3, lib. II, pone de manifiesto la incorruptible lealtad del perro, que no se deja tentar por el soborno de un trozo de pan que le ofrece el ladrón para que no ladre y así no despierte al amo.

El perro razona su negativa de esta forma:

«¿Este pan me lo das buenamente o para deshonrarme?
¿Dónde viviré si robas o matas a mi dueño y señor?»

De este pan que ahora me das, ¿me darás después? Por lo tanto no quiero que tu pan toque mi boca y me prive de la gracia de mi amo al hacerme callar. Llamaré, pues, y despertarán mi amo y sus familiares, para que así entiendan el peligro de ladrones que les acechan y puedan descubrirte.

Yo no solamente miro la vida presente sino también la futura.

Govantes, en su fábula *El lobo con los lobeznos y el perro*, fáb. 13, atestigua el sentido de la honradez de este animal.

Un perro está escuchando los cínicos consejos que un lobo da a sus lobeznos, exhortándoles a que hurten sin consideración, ya que en este mundo todos viven del robo; el león, el tigre, el leopardo, la zorra, etc., en fin, todos. El perro no puede contenerse más y al terminar el lobo exclama:

«¿Quién le dice, compadre,
porque todos pecamos
opina usted sin duda
que es lícito el pecado?»

Riera y Bertrán, en su fábula *Lo lleo y sos governats*, fáb. 34, también proclama el sentimiento de lealtad del perro.

En una audiencia que da el león como rey de los animales, todos formulan aspiraciones diversas, y entre ellas el perro, el cual dice:

«D'entre tots, lo millor
es un gos vell i lleal:
lo més ximple i més brutal
el porc (parlant amb perdó)
tracta el vell gos, de llealtad
i en fa un elogi sentit;
alaba el trevall ardit,
vol honrosa llibertat;
Reclama els més oportuns
decrets de constant afecte;
demana a les lleis respecte,
i... aplaudeixen sols alguns.»

Ibáñez, en *El perro y el raposo*, fáb. 16, lib. III, describe el orgullo del perro dentro de su destino sujeto a lealtad con respecto al hombre.

Un perro cazador pondera su habilidad que tanto placer proporciona a su amo, y le da satisfacción.

La zorra se burla de él, pues ella únicamente caza, trabaja y se beneficia para su propio bien, en tanto que el perro se cansa... para su dueño.

Pero el perro con cierta ironía le contesta:

«Ya, ya está visto,
y por algo estarás tú tan bienquisto.»

Además de sincera lealtad, al perro se le reconoce una buena dosis de talento, como puede verse en la fábula de Fedro, *Un perro y un cocodrilo*, fábula 24, lib. I.

Esta misma fábula es traducida en verso por Samaniego, de esta forma:

«Bebiendo un perro en el Nilo,
al mismo tiempo que corría:
—Bebe quieto, le decía,
un taimado cocodrilo.
Dijole el perro prudente:
Dañoso es, beber y andar,
pero, ¿es sano el aguardar
a que me claves el diente?»

Otra prueba de buen sentido la encontramos en *El tigre y el perro*, de Ibáñez, fáb. 50, lib. II.

Un tigre se quejaba amargamente de hallarse enjaulado entre hierros, y con ira y cólera, observa un perro tranquilo, libre, feliz y contento.

El perro le replica que no tiene razón para sorprenderse ya que él es inofensivo y, por lo tanto, nadie le teme ni persigue.

Esopo, en *Del lobo y del perro*, fáb. 13, *Extravagantes*, describe el buen sentido y espíritu de responsabilidad del perro de esta manera:

Un perro flaco, por falta de alimentos, vigilaba un rebaño. Se encontró con un lobo que se compadeció de su mísero estado, y le da este consejo con el fin de que su dueño se decida a tratarle mejor: Yo hurtaré un corderito y tú intentarás perseguirme, pero antes de alcanzarme cae fatigado por falta de fuerzas.

Así lo hacen, y los pastores con el amo, convienen en que el lobo no ha podido ser vencido por la flaqueza del perro. Deciden, pues, alimentarlo mejor.

Al cabo de unos días vuelven a encontrarse perro y lobo y éste le pregunta cómo le va con su consejo, y aquél le responde que mejor, pero que todavía no le nutren suficientemente.

Entonces traman una nueva estratagema, en la cual el perro llega a alcanzar al lobo y hasta consigue morderle, pero le deja escapar.

Hubo consejo de pastores y acuerdo de aumentarle más la ración.

No tardan en comprobar el éxito de la receta, pues al poco tiempo aparece nuevamente el lobo convencido de su impunidad. Y entonces el perro, sordo a las voces de agradecimiento que le reclama el lobo, le planta cara con fuerza y defiende airoosamente los intereses del amo.

Esopo, en *Del lobo y del perro*, fáb. 15, lib. III, describe la antítesis del sentimiento de libertad del lobo frente a la razonada domesticidad del perro.

Este motivo es versificado por Samaniego, en su fábula *El lobo y el perro*, fábula 25, lib. V, como asimismo por La Fontaine, en *Le loup et le chien*, fábula 5, lib. I.

Resumo la fábula de La Fontaine, por ser a mi juicio la más expresiva.

Un perro se encuentra con un lobo hambriento y le hace reflexiones atinadas para que abandone su vida de aventuras, y se ponga al servicio del hombre con sincera fidelidad, ponderándole las ventajas y comodidades que ello le reportaría.

El lobo, casi convencido, y poco satisfecho de su existencia de aventuras y miserias, seguía al perro camino a casa de su amo, cuando el lobo hace un pequeño descubrimiento:

«Chemin faisant, il vit le cou du chien pelé;
qu'est ce la, lui dit il—Rien—Quoi rien! Peu de chose,
Mais encore? Le colier dont je suis attaché,
de ce vous voyez est peut-être la cause.
Attaché, dit le loup, vous ne courez donc pas
Ou vous voulez? pas toujours; mais qu'importe?»

Entonces el lobo renuncia a todas las ventajas prometidas a cambio de su libertad.

Maitre loup s'enfuit et court encore.

J. M. Bruisset, en *Le taureau et les deux chiens*, describe los buenos sentimientos del perro, ajenos al rencor, en esta fábula:

Un toro fogoso, de altiva cabeza, con astas amenazadoras, corría por el campo con estrépito y altanería. Encuentra dos perros prudentes que dormitaban pacíficamente a la sombra de un árbol, y los insulta por su pereza, mirándoles con altivo desdén.

Los perros no se inmutan y desprecian las bravatas del insensato.

Pasa el tiempo, y un buen día el bravo se encuentra en gran peligro, acometido por dos lobos hambrientos.

Cuando ya desesperaba de salvarse de sus enemigos, con sus mugidos demanda auxilio.

Los perros que oyen el grito de angustia, sin acordarse del pasado agravio, acuden en ayuda del toro presuntuoso y le libran de la crueldad del lobo.

Ibáñez, en su fábula *El lobo y el perro del pastor*, fáb. 5, lib. III, y Jaume Collell, en *Lo gos remader*, fáb. 3, destacan con elogio el servicio manifiesto del perro en la guardia eficaz de los rebaños frente al instinto de los lobos.

Los fabulistas reconocen que el perro es inteligente, astuto y prudente, como se puede constatar en La Fontaine, en *Le loup et le chien maigre*, fáb. 10, libro IX.

Samaniego, en *El lobo y el perro flaco*, fáb. 18, lib. V, vierte al castellano la misma composición, cuyo extracto es éste:

La habilidad de un perro flaco que consigue escapar de los dientes de un lobo, ante el cual se halla indefenso, con esta argucia:

«¿Qué queréis de mi cuerpo,
si no tiene otra cosa
que huesos y pellejos?
Dentro de quince días
casa a su hija mi dueño;
y ha de haber para todos
arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre,
que pasado el tiempo
podrás comerme a tu gusto
lucido, gordo y relleno.
Quedaron convenidos.»

Terminado el plazo, el lobo va a buscarle y el perro le aguarda con un fiero mastín. Visto el panorama por el lobo, renuncia a su presa y se escapa con toda rapidez.

Esopo, en *Del perro viejo y de su señor*, fáb. 7, lib. II, retrata bellamente el buen juicio de un perro viejo que ya no puede perseguir con éxito la caza, y a quien su amo le recrimina por su impotencia.

El perro le responde así: «Señor, tengo ya muchos años, estoy sin fuerzas y con malos dientes. En algún tiempo fui fuerte, y entonces me alababas. Ahora me reprendes por lo que ya no puedo. Acuérdate de lo que hice, y así hallaré gracia y bien en ti».

Samaniego, en *El cazador y el perro*, fáb. 10, lib. IV, reproduce el mismo motivo.

El perro es tachado de ingenuo y pueril, en las siguientes fábulas:

J. M. Buisset en *Le chien et le renard*, donde describe la vida bohemia de un perro que hace buena compañía con diversos animales, especialmente con una zorra, conservando con todos la más correcta lealtad, hasta el extremo de verse envuelto en una fechoría por indiscreción de la zorra.

Entonces, arrepentido y escarmentado, retorna a su hogar.

El mismo J. M. Buisset, en *Le chien et ses parents*, relata la ingenuidad de un bravo mastín que se encuentra con un lobo y una zorra. Éstos le recuerdan su cercano parentesco, y con este motivo traban una amistad que poco duró.

El perro, puerilmente confiado, los invita a compartir su cena en casa de su amo. Al día siguiente observó que faltaban gallinas y corderos, y lo mismo en los días sucesivos, hasta que desconfiando de sus nuevos amigos, decide seguir sus pasos y les sorprende en sus fechorías, y rompe definitivamente su amistad, recuperando su bravura y su honradez.

Esopo, en *De los lobos, ovejas y perros*, fáb. 13, lib. III, pone de manifiesto la inocente buena fe de los perros que se dejan engañar de los astutos lobos.

Un rebaño vivía en lucha permanente con los lobos. Viendo éstos que las ovejas estaban fuertemente defendidas por los perros, y que en estas condiciones sus malos propósitos siempre fracasarían, imaginan una estratagema. Envían emisarios a los perros ofreciendo una tregua para tratar una paz duradera. Se discute el caso con las ovejas, y se decide aceptar la propuesta de los lobos que consiste en un cambio de rehenes como garantía de la paz establecida.

Los perros pasan con los lobos y los lobos envían sus lobeznos entre las ovejas.

Naturalmente, los lobeznos fueron creciendo, y cuando sintieron el furor de sus instintos, ulularon de nostalgia. Los lobos, al escucharles, acuden pre-

surosos, y con el pretexto de que las ovejas les daban malos tratos, hacen estragos en el rebaño.

Samaniego, en *El lobo y el mastín*, fáb. 5, lib. IV, describe la tonta ingenuidad de un perro que, teniendo a su alcance la seguridad del rebaño que le estaba confiado, escucha las malévolas razones de un lobo que le propone un armisticio y la promesa de que en adelante no comerá otra cosa que verduras.

El perro se lo cree y el lobo se dedica confiado al festín de los corderos. Para terminar con las glosas favorables al carácter del perro, tenemos una fábula de Ibáñez, fáb. 35, lib. II, en la que este animal responde con ingenio al hombre.

Dos perros que por la comida riñen fieramente, son amonestados con disgusto por su dueño.

Los perros le replican con esta lección: nosotros reñimos por la comida o cosas de provecho, y gana el más fuerte, mientras que vosotros os peleáis por cosas insignificantes y os malherís y hasta os matáis por «una palabrita, un gesto, o un empujón al descuido».

Hasta aquí todo son virtudes más o menos brillantes. Pero como dijimos al comenzar este capítulo, en el perro se le reconocen múltiples defectitos, como verá el lector si sigue estas páginas.

Govantes, en *El perro ladrando a la luna*, fáb. 72, describe la manía insensata del perro de ladrar a enemigos imaginarios.

Un perro ladra incansable a la luna, importunando a todo el vecindario. Y se siente orgulloso de su valentía, pues la luna, por fin, se oculta y el infeliz cree que lo hace «asustada de su aullido».

Hartzenbusch, en *El mastín y el gallo*, fáb. 23, describe la tontería y soberbia del perro con estos versos:

«¿Por qué ladras a la luna
(le dijo el gallo al mastín)
cuando su órbita corre
sin hacer caso de ti?
Los hombres me oyen. Y gritan
que no les dejas dormir,
y alguno de ellos va a darte
las gracias con su fusil.
Pues si enfadan mis ladridos
y nadie los quiere oír,
yo les oigo, y basta y sobra
con que me gusten a mí.»

Príncipe, en *Los dos mastines*, fáb. 40, fustiga así la manía injustificada de ladrar:

«Un mastín que ya sin dientes
de puro viejo, se veía,
ladraba de noche y día
a toda clase de gentes.
Aullidos impertinentes
son esos a mi entender.
(Dijo otro mastín, al ver
su empeño en alborotar.)
¿De qué te sirve ladrar
si ya no puedes morder?»

J. M. Bruisset, en su fábula *Le mâtin, le cheval et le chien de berger*, describe el infortunado fin de un perro mastín, alborotador y agresivo, que muere de una coz del caballo cansado de tanta insolencia.

El perro de guarda, más tranquilo y prudente, le hace estas reflexiones mientras agoniza: «todo fatuo que alardea es aburrido, detestado o despreciado. Si un poco de buen sentido hubiera retenido tu lengua vocinglera, no morirías como un necio».

Evelí Doria, en *El gos i la reixa*, censura la manía del perro de ladrar inoportunamente y a la hora que sería conveniente se deja embaucar por los bergantes.

La reja le recrimina esta mala costumbre y los hechos le dan la razón.

Unos ladrones intentan entrar en la casa, y comienzan dando un bocado al perro, que salta satisfecho y silencioso. Mientras tanto los malhechores se proponen limar la reja, pero las quejas de la reja despiertan al dueño, que con su escopeta mata a los ladrones... y al perro.

Ibáñez, en *El elefante y los perros*, fáb. 4, lib. III, tampoco está conforme con el perro que cifra todo su mérito en el hábito de ladrar.

Siendo rey de los cuadrúpedos el discreto elefante, los perros reclaman el precio de buenos servidores, en estos términos:

«Somos, señor, según nuestros oficios
perpetuos centinelas palaciegos,
como tales ladramos diligentes
a tantos importunos pretendientes,
que con súplicas, ruegos,
pretensiones y quejas,
a molestar se acercan, tus orejas;
Solamente callamos cuando pasa
algún conocido que es de casa,
y por nuestro cuidado
vivir consigues sosegado.»

El elefante no siente ninguna satisfacción por este servilismo, ya que no encuentra justo que los desvalidos no puedan entrar fácilmente en la casa del poderoso monarca y acaba así:

«Pero vosotros idos
a guardar de un tirano la antesala,
pues yo sufrir no debo que se ladre
a mis hijos en casa de su padre.»

Samaniego, en *El amo y el perro*, fáb. 10, lib. IV, pone en duda la pregonada honradez del perro, aunque en este caso más bien podría achacarse al hombre el delito cometido, ya que la virtud no puede ni debe ponerse a tan duras pruebas, como ya tan magníficamente demostró Cervantes.

Un perro fiel y honrado, que nunca robó nada de la despensa y aun la defendía de los ardides del gato, es puesto a severa prueba por su amo.

Es encerrado dentro de la despensa bien surtida de alimentos, sin nada destinado a él.

Y naturalmente, cuando a los tres días abren la puerta, sale el perro con la cola entre las patas y el hocico con las huellas de la comida robada, probándose así que su virtud no es insobornable.

La Fontaine, en *Le chien qui porte a son cou le diner de son maître*, fábula 7, lib. VIII, describe también la frágil lealtad del perro.

Un perro que lleva la comida de su dueño, siente el olor del condumio, y es tentado de catarlo, pero el sentimiento del deber le detiene.

A mitad del camino encuentra un mastín que se lo quiere arrebatarse. Lo deja en el suelo para defenderlo mejor, cuando aparecen otros tres canes con más hambre que buenos modales.

Ante enemigos tan numerosos y fuertes, decide suspender la lucha, y acuerda que lo más prudente es repartirse buenamente la comida, no vaya a ocurrir que por exceso de puritanismo se quede sin nada.

La Fontaine, en *L'âne et le chien*, fáb. 17, lib. VIII, describe el egoísmo del asno y el instinto de venganza del perro, en estos términos.

Un asno llevaba en sus alforjas la comida para todos, y junto con un perro hacían camino con su dueño.

Fatigados de andar, descansan a la sombra de un árbol, y el amo se durmió.

En tanto, el asno aprovechó el tiempo para comer tranquilamente unas hierbas. El perro con las cosquillas del hambre, le pide al asno que se agache un poco para facilitarle un anticipo de comida. El asno, sordo a los requerimientos, le suplica que aguarde a que el amo se despierte.

Y así estaban cuando apareció un lobo más hambriento todavía, y enton-

ces le dice el perro al asno: Anda, decídate a escaparte o a defenderte con tus flamantes herraduras, pues el lobo lleva gana y el amo no se despierta.

Durante este discurso, el lobo estrangula al asno, ante la indiferencia y fruición del perro.

Esta misma fábula ha sido traducida por Samaniego, en *El asno y el perro*, fáb. 13, lib. III.

De una manera especial el pecado de gula es atribuído a los perros, y ante ella pierden todo sentido inteligente.

Así, La Fontaine, en *Les deux chiens et l'âne mort*, fáb. 25, lib. VIII, relata lo siguiente:

Dos perros ven sobre las olas del mar el cadáver de un asno que flota, y para conseguirlo no se les ocurre otra solución que vaciar el mar a sorbos, bebiéndose el agua hasta dejarla seca.

De esta fábula traducida al castellano por Bernardo María de Calzada, tomamos este sustancioso prólogo:

«Debieran ser hermanas las virtudes,
como lo son los vicios. Si uno de ellos
de nuestros corazones se apodera,
acuden los demás al mismo tiempo.
No así de las virtudes, pues se miran
unidas rara vez en un sujeto
y más difícilmente en grado heroico.
El uno si es valiente, es de mal genio,
y el otro si es prudente, es un cobarde.
Entre los animales sólo el perro
se jacta de ser leal y cuidadoso,
y siempre fidelísimo a su dueño;
pero oscurece todas estas prendas
con ser goloso y simple con extremo.»

Govantes, en *Los perros hambrientos*, fáb. 117, toma este motivo, pero en vez de tragarse el agua deciden alcanzar el cadáver a nado.

Sólo consiguen un esfuerzo inútil y morir ahogados.

El mismo Govantes, en *El perro hambriento*, fáb. 16, describe el pecado de la gula de un perro que encuentra una cabra muerta y se harta hasta morir reventado.

Ibáñez, en *El perro convidado*, fáb. 62, narra la indiscreción que movida por la gula, hace que un perro invitado por un camarada en casa donde se celebra un festín, sea alejado con palos, privándole de una comilona en perspectiva.

Este argumento se encuentra en Lokman, *Los dos perros*, fáb. 39.

Govantes, en *El cocinero y el perro*, fáb. 82, relata la deslealtad de un perro guardián que deserta de su misión.

Un gato y un perro son sorprendidos robando comida de la despensa, y el cocinero les propina una regular paliza, pero acentuando la del perro.

Éste protesta aduciendo su condición jerárquica de criado de la casa, a lo que se le responde:

«Tú has delinquido tres veces,
le contesta: tú, perverso;
Eres con el amo ingrato,
infiel a tu ministerio
y a un tiempo tan ladronazo
como ese otro compañero.
¿Acaso contra ladrones
no está destinado el perro,
cuando es de lo mal guardado
el gato fijo heredero?»

Y todavía sobre la codicia y gula del perro, Esopo, en *Del perro y del pedazo de carne*, fáb. 5, lib. I.

Un perro que lleva entre sus dientes un pedazo regular de carne, pasa por un río, y al ver reflejada su imagen en el agua clara, le parece adivinar que allá existe un pedazo mayor.

Engañado por su codicia, suelta su presa con propósito de apoderarse de la ficción... y lo pierde todo.

Ibáñez, en *El perro nadando*, fáb. 57, traduce y versifica el mismo argumento que se encuentra también en Lokman, *El perro y el milano*, fáb. 41.

También el perro es acusado de vano y petulante, y si no véanse los ejemplos que siguen:

Lessing, en *Los perros*, fáb. 21, escribe esto:

«¡Cuánto ha degenerado aquí nuestra raza!, decía un perro de lanas viajero. En la remota parte del mundo que los hombres llaman las Indias ¡allí sí que todavía hay perros de fibra! Perros camaradas... no me vais a creer: pero yo lo he visto con estos ojos, que ni a un león le tienen miedo, y le acometen atrevidos.

—Pero, preguntó al de lanas un sesudo perdiguero, ¿vencen esos al león?

—Vencerle, contestó el viajero, no puedo precisamente afirmarlo; pero consideremos que no sea más que hacerle cara...

—¡Toma!, prosiguió el perdiguero, si no pueden con él, los ponderados perros de las Indias, no valen más que nosotros... serán, sí, algún tanto más necios».

Ibáñez, en *El león y los perros*, fáb. 40, lib. II, describe la petulancia del

perro faldero que se queja de no ser nadie y no tener la más insignificante jerarquía.

El león le da una lección sobre su modestia y le despide con la orden de no molestar a sus hermanos más fuertes.

Príncipe, en *El perro y el gato*, fáb. II, achaca a estos dos animales un poco de envidia.

«Envidiando el perro al gato
y el gato al perro... ¡qué par!
quisieron de voz cambiar
en mutuo y formal contrato.
Accedió Júpiter grato
de ambos la petición.
Pero ni asustó al ladrón
el perro diciendo miau,
ni el gato con su gran guau
logró cazar un ratón.»

Convencidos de su error, solicitan volver a lo que eran antes, y Júpiter, benévolo, accedió.

Samaniego, en *El herrero y el perro*, fáb. 9, lib. I, atribuye al perro una buena dosis de pereza y gazmoñería.

«Un herrero tenía
un perro que no hacía
sino comer, dormir y estarse echado;
de la casa jamás tuvo cuidado.
Levantábase sólo a mesa puesta.
Entonces con gran fiesta
al dueño se acercaba,
con perrunas caricias lo halagaba.»

¶ Hasta que el amo, harto de tanta gandulería, lo despidió de su casa. Entonces probó las hieles del infortunio en los tratos más diversos que tuvo que sufrir.

J. M. Buisset, en su fábula *Le petit chien*, describe la insensata impertinencia de un perro faldero, que escudado por los excesivos mimos de su dueña, se dedica a molestar a todo el mundo, confiado en la defensa que le hace su ama.

Imagina que es invencible y su soberbia es intolerable. Pero llega un momento en que su ama se cansa de los continuos disgustos que le da y lo manda a la calle.

No por ello abandona su orgullo y su insolencia, hasta que tropieza con un toro a quien mordió, y éste, de una cornada le hace papilla.

Esopo, en *De las dos perras*, fáb. 9, lib. I, relata la informalidad y desagradecimiento de una perra, en estos términos:

Una perra en trance de parir y no disponiendo de alojamiento confortable, pidió a una perra amiga le prestase su casa. Ésta accedió amablemente con la condición de devolverle su cobijo, pasado el trance urgente en que se encontraba.

Pero pasa el tiempo, y viendo que no se acordaba de cumplir lo pactado, la perra fué a reclamar lo suyo.

Entonces la que vivía de prestado se negó a devolver la casa, apoyando su negativa con la actitud agresiva de sus hijos que ya eran crecidos.

Este mismo argumento se encuentra versificado por La Fontaine, en *La lice et sa compagne*, fáb. 7, lib. II.

Esopo, en *Del perro envidioso*, fáb. 11, de *Extravagantes*, glosa el pecado de envidia en este animal.

Un perro se encuentra tumbado sobre un montón de heno que había dentro de un pesebre, y con su actitud agresiva impide que los bueyes se acerquen a comer lo que él no podía aprovechar.

Lo mismo hacía con un hueso que no comía, pero que no toleraba ceder a nadie.

Govantes, en *El perro y los bueyes*, fáb. 6, utiliza el mismo argumento, pero en este fabulista, el buey no se conforma con tan arbitrario proceder y lo manda a los aires con una buena cornada.

Esopo, en *De los dos perros*, fáb. 6, de *Aviano*, narra un episodio poco amable para el perro.

Un can de apariencia infeliz, era, sin embargo, traicionero y mordedor, y así molestaba a quien podía.

Su amo, con el fin de prevenir de su presencia a los confiados, y evitar así que nadie se le acercara, le colgó una campana en el cuello, que el perro presumía con ingenua vanidad.

Viéndole otro perro y notando la altivez con que llevaba su campana le dijo así:

No seas loco con tu infatuada soberbia, y no olvides que la campana la presumes por tu vergüenza y no para tu honra.

Esopo, en *Del perro y de la oveja*, fáb. 51, lib. IV, acusa a un perro de actuar con cinismo y mala fe. Véase:

Un perro reclama a la oveja una determinada cantidad de pan que pretendía haberle prestado. La oveja, inocente, se lo niega, y entonces el perro

lleva el pleito ante el juez acompañado de tres testimonios falsos: un lobo, un buitre y un milano.

El juez falla contra la oveja, la cual no teniendo otra cosa con que pagar cede su lana.

Florián, en *Le chien coupable*, fáb. 19, lib. V, describe una actuación criminal del perro.

Crespo, en *El mastín delincuente*, fáb. 3, traduce el mismo tema, que resumido es así:

Un bravo perro, defendiendo su rebaño, aleja a un lobo que había matado ya a un corderillo. La tentación y el hambre, le inducen a comerse la víctima que abandonó el lobo.

Mientras se hartaba de la tierna carne, aparece la madre balando angustiosamente.

El perro, temeroso de que estos lamentos llamaran la atención de los pastores, decide matar a la oveja para asegurarse de su silencio, y el pastor le sorprende en su fechoría.

Se celebra un consejo y es condenado a muerte. Antes de morir solicita ser escuchado para relatar la dramática explicación de su infortunado destino.



EL CABALLO

Si dejamos aparte la historia más o menos verídica de los famosos calculadores de Elberfeld, lo que se dice inteligencia, no es precisamente lo más destacado del carácter de este cuadrúpedo.

Todos los tratadistas coinciden en que el mulo es hasta más inteligente que el caballo.

Y es posible que esta falta de inteligencia se manifieste por lo común en su impresionabilidad emotiva que no le permite comportarse con serenidad ante los incidentes que hieren su sensibilidad. Y la reacción más tranquila del mulo y el asno, hace que ante los mismos estímulos, parezcan más sensatos.

El caballo se caracteriza mejor por su arrogancia, por su brío, por su nobleza, y hasta por su orgullo.

Éstos son los matices preferentes que utilizan los fabulistas en sus personajes caballares, aunque en alguna ocasión recogen y aprovechan la cerrilidad salvaje de una excepción, para demostrar que sólo sirve para ser sacrificado en trabajos humildes.

En general, no obstante no queda mal parado.

En cambio, no resulta demasiado elegante para el caballo, el origen que los fabulistas dan a su domesticidad.

Esopo, en *Del caballo, ciervo y cazador*, fáb. 9, lib. IV, describe así el paso de salvaje a doméstico.

El caballo estaba irritado y rencoroso contra el ciervo, porque jamás

pudo vencerle, y fué a buscar al hombre seduciéndole con la delicia de la carne y la utilidad de la piel de su enemigo, ofreciéndole a ayudarle para su caza.

Por este medio logró encender la codicia del hombre con la promesa de llevarle a los escondrijos del ciervo.

Mas para ello tuvo que soportar la doma y dejarse montar por el hombre.

Conseguida su venganza quiso retornar a su primitivo estado, pero el hombre, vista su utilidad, se negó a ello.

Por lo tanto, en castigo del rencor, perdió la libertad.

Este mismo argumento se halla en La Fontaine, en *Le cheval s'étant voulu venger du cerf*, fáb. 13, lib. IV.

Fedro, en *El caballo y el jabalí*, fáb. 3, lib. IV, e Ibáñez, en *El jabalí y el caballo*, fáb. 30, utilizan el mismo motivo, cambiando solamente el animal origen de la venganza, que aquí es el jabalí en vez del ciervo.

Y ahora, después de este curioso origen de la domesticidad, veamos cómo retratan al caballo nuestros fabulistas.

J. M. Bruisset, en *Le cheval et le taureau*, relata la noble dignidad del caballo de esta manera:

Un niño travieso se encontraba orgulloso de verse galopando sobre un corcel fogoso. ¡Qué vergüenza!, le grita un toro feroz. Yo jamás toleraría que un niño me gobernara.

Y el caballo le respondió: Y yo no sé qué honor me alcanzaría si lanzara por el suelo a un niño.

L. P. B., en *Le coursier et le bodet*, hace la apología de la orgullosa arrogancia del caballo.

Un caballo belicoso, lleno de fuerza y de ardor, rey de la guerra y de las carreras, va a parar a las manos de un gentilhombre pacífico que no le aprecia en sus cualidades, en cuya convivencia se siente humillado.

Hasta que cambia de dueño y puede presumir su innata arrogancia.

El mismo autor, en *Le cheval de monture*, insiste en la orgullosa condición del caballo.

Un corcel fogoso encuentra otro caballo tirando de un carro, y le dice con desdén, cuándo tendrá su gracia y su aire majestuoso.

Le responde su humilde hermano: Calla, impertinente, y dime si mis esfuerzos no contribuyeran al cultivo de los campos, ¿dónde hallarías la cebada que sostiene el orgullo de tus piernas?

Iriarte, en *La ardilla y el caballo*, fáb. 31, describe maravillosamente las nobles características de este animal, en estos versos tan conocidos, que a pesar de ello no puedo menos que transcribir.

Mirando estaba una ardilla
a un generoso alazán,
que dócil a espuela y rienda
se adestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
tan veloces y a compás,
de aquesta suerte le dijo
con muy poca cortedad:

«Señor mío,
de ese brío,
ligereza
y destreza
no me espanto;
que otro tanto
suelo hacer y acaso más.

Yo soy viva,
soy activa;
me meneo,
me paseo;
yo trabajo,
subo y bajo,
no me estoy quieta jamás.»

El paso detiene entonces
el buen potro, y muy formal,
en los términos siguientes
respuesta a la ardilla da:

«Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas,
quiero, amiga,
que me diga,
¿son de mucha utilidad?

Yo me afano,
mas no en vano.
Sé mi oficio,
y en servicio
de mi dueño
tengo empeño
de lucir mi habilidad.»

Riera y Bertrán, en *Lo cavall*, fáb. 41, glosa también el sentimiento de la domesticidad, y entre otras cosas dice:

Lo cavall va parlar així
content de la seva sort:
«Puig soc alt, ardit i fort,
mon trevall bé'l puc sofrir.
L'home es mon senyor i em plau.
¿Qué mes desitjar voldria?
Jo, abandonat, moriria,
i ara visc, essent esclau.»

Ibáñez, en *El caballo y el rocín*, fáb. 13, lib. III, retrata el orgullo y vanidad de un caballo, que bien tratado y mimado no tenía más trabajo que pasear a su señor. Un asno que tenía de compañero de establo se le quejaba de la diferencia de trato y del trabajo pesado que tenía que realizar.

El caballo mimado le responde con desprecio: «Es posible que tu labor sea más ardua, pero no olvides que la mía es de más alta calidad.»

Esopo, en *Del caballo y del asno*, fáb. 3, lib. III, fustiga la soberbia del caballo de esta manera:

Un magnífico caballo, con espléndidas guarniciones y montura, encuentra a un infeliz y modesto rucio que iba por el mismo camino. Con orgullo de poderoso, le dice que no estorbe su paso, pues no merece ninguna consideración.

Pasa el tiempo, el brioso caballo enferma y ya no sirve para presumir, y su dueño le destina a labores más humildes en una finca que tenía en el campo. Allá llevaba albarda, y caminaba macilento por los caminos.

El asno, menospreciado, que pastaba pacíficamente, le ve y le pregunta qué se ha hecho de aquella soberbia y de aquel orgullo. Y a dónde ha ido a parar su gallardía, pues le encuentra mezquino y desventurado.

J. M. Bruisset, en *Le fermier et le poulain*, describe las desgracias de un potro orgulloso y nostálgico de su libertad. Su resistencia a la doma le hace decidir por escaparse de su dueño.

Ya libre en el campo, relincha satisfecho de haber escapado de la odiosa esclavitud.

Su alegría dura tanto como la época en que los campos le ofrecen la delicia de las hierbas jugosas y tiernas, ansiadas por su paladar de señorito.

Pero llega el invierno, las praderas se agostan, y el hambre no tarda en dejarse sentir.

Desnutrido, esquelético y cabizbajo se presenta a la casa que encuentra más cercana con actitud vergonzosa.

Le recogen y le destinan a las faenas poco brillantes de la agricultura, en comparación a su destino primitivo de caballo de carreras.

En sus horas de descanso medita... y comprueba que sus triunfos, sus halagos, todo se perdió por sus anhelos de salvaje libertad.

Lessing, en su fábula *Júpiter y el caballo*, pone de relieve el desmesurado sentimiento de vanidad de este animal.

Un caballo, un tanto orgulloso de su estampa, solicita a Júpiter que todavía le dé más perfecciones.

Júpiter le atiende, y le va añadiendo todos los caprichos y fantasías que al caballo se le ocurren. Mas cuando ve la rara figura que ha conseguido con su insensata fantasía, se estremece avergonzado.

Júpiter, bondadoso, le perdona su inocente locura de pretender enmendar a la naturaleza, y le devuelve su gallardía y las formas airoas que le hacen tan estimable.

Hartzenbusch, en *El caballo y Calígula*, fáb. 34, describe así la altanería de este arrogante cuadrúpedo:

A su caballo nombró
cónsul Calígula fiero,
y el cuadrúpedo, altanero,
ya la paja rechazó.
Dorada se la llevó
y se la comió sin desdén.

*Echan al pueblo también
paja escritores distintos;
para adular sus instintos,
la doran, y pasa bien.*

Crespo, en *El caballo*, fáb. 75, nos muestra la indómita cerrilidad de un bello caballo, que su dueño quiere destinar a la montura, pero que ante la resistencia que ofrece a la doma, se ve obligado a desistir de su propósito primitivo.

Entonces, a pesar de su magnífica estampa, es destinado a trabajos agrícolas, cuando, de haber sido más dócil a la domesticación, hubiera disfrutado de vida más regalada.

Ibáñez, en *El mono y el caballo*, fáb. I, lib. II, hace una disquisición de los méritos de estos dos animales.

La mona, con ridícula pedantería, pretende supervalorar su importancia, aduciendo su gran parecido con el hombre. Los que la escuchan se ríen de su vanidad sin fundamento.

En cambio, el caballo, modestamente, expone:

su garbo, su nobleza y gallardía.

y los asistentes aprueban la declaración.

La Fontaine, en *Le cheval et l'âne*, fáb. 16, lib. VI, narra la paciencia del asno y la soberbia del caballo.

Esta pareja va de camino. El asno, cargado hasta no poder más y deseando morir. El caballo no lleva más que su montura. El pobre asno le pide—«*prière no est pas incivile*»—compartir la carga, y el caballo le responde con olímpico desdén.

El pobre asno, agotado, a mitad del camino deja de existir, y el caballo tiene que llevar su carga... y además la piel del asno.

Samaniego, en *El asno y el caballo*, fáb. 3, lib. V, traduce esta fábula.

Esopo, en *Del caballo y del león*, fáb. 2, lib. III, evidencia la inteligencia del caballo aproximadamente así:

Un caballo pastaba tranquilamente y fué visto por un león, el cual se le acercó con el propósito de devorarlo. Saludóle afectuosamente y se presentó como médico.

El caballo, sin perder la serenidad, sospechando el propósito poco caritativo del león, le dijo que estaba muy contento de su llegada providencial, pues tenía un clavo en el pie que no le deja vivir con su martirio, y le ruega le liberte de aquella pena.

El león, con su ciega audacia, le ofreció inmediatamente sus servicios de... veterinario.

Y claro, el caballo, en un momento de la presunta investigación, le pegó una coz que dejó al león sin sentido el tiempo suficiente para escapar y ponerse a salvo.

La Fontaine, en *Le cheval et le loup*, fáb. 8, lib. V, versifica este motivo con alguna variante, acentuando la prudencia y el ingenio del caballo y la vanidad del lobo:

Un lobo sale de su madriguera una bella mañana de primavera, con los prados y la hierba rejuvenecidos, y se tropieza con un caballo pastando pacíficamente. Se acerca a él convencido de su segura presa.

Se finge discípulo eminente de Hipócrates y pondera sus aptitudes médicas, y le asegura que tiene aspecto de no estar muy bien, pues le encuentra sin atadura alguna.

—Efectivamente, tengo en la pata un apostema que no me deja correr..

—Hijo mío, aquí estoy yo para demostrarte mi habilidad de cirujano.

Al hacerle la exploración, el caballo le dedica una coz formidable que deja al lobo sin dientes y sin sentido.

La Fontaine parece tuvo el propósito de agotar este motivo, y así vemos en *Le renard, le loup et le cheval*, fáb. 17, lib. XII, nos da una nueva versión, más ingeniosa todavía.

Una zorra avispada descubre un precioso caballo que pasta tranquilamente en un prado, y corre a comunicar su hallazgo al lobo.

Y la pareja de desalmados se acerca al caballo y le preguntan con hipócrita amabilidad cuál es su nombre.

Respóndeles el caballo que lo lleva escrito en el pie ya que su zapatero ha poco lo marcara.

El zorro se escuda de la averiguación, diciendo que a él no le enseñaron a leer, pero que el lobo sí puede hacerlo, ya que su familia, más pudiente que la suya, se preocupó de su instrucción.

El lobo, envanecido por el elogio de su compadre, se acerca incauto a los pies del caballo, y recibe la consabida coz, que le deja sin dientes y sin audacias.

Y para terminar esta recopilación caballística, que bien podría calificarse en general de apología, veamos una fábula de Concepción Arenal, *Los dos caballos*, en la cual reconoce el alto valor de la doma concienzuda.

Dos caballos están en venta. Ambos de estampa preciosa. Uno cordobés y otro jerezano. El cordobés, casi salvaje, y el jerezano, con doma perfecta.

Un comprador inglés ofrece por el jerezano un duro por cada real que pueda valer el cordobés.



EL GATO

La psicología del gato no parece muy complicada. Es un animal perezoso, amigo de esfuerzos estrictamente utilitarios, ladrón despreocupado, y hasta inteligente y astuto. En resumen, las características principales que atribuímos a los felinos.

Cierto que en su tierna juventud presenta un gracioso dinamismo ju-guetón, pero es una cualidad que se esfuma rápidamente con la madurez.

Estos caracteres de tan exigua dignidad, son los que predominan en las pinturas que de los gatos nos han dejado escritas los fabulistas.

Florián, en *Les deux chats*, nos describe un profundo diálogo entre dos gatos. Uno de ellos, cebado y reluciente como un canónigo, y otro, flaco y estilizado.

Este último le pregunta intrigado cómo se las compone para llevar una vida tan regalada. A lo que el otro le responde:

«Sencillamente, mientras tú no paras de correr por la casa en busca de un insignificante ratón que apenas te da para sostenerte, yo no hago más que dedicarme a hacer caricias y ronroneos a mi amo, y así nada me falta. Piensa que el secreto de la buena vida radica más en el ingenio para agradar, que en el esfuerzo para ser útil.»

J. M. Bruisset, en *L'enfant et le chat*, describe también otro matiz del egoísmo gatuno.

Un gato da vueltas de afable apariencia en torno a un niño que está me-

rendando. Mas apenas ha recibido una buena parte de la comida por la cual suspiraba, deja los halagos y abandona indiferente al niño sin agradecer el favor recibido.

Príncipe, en *El ratón, el niño y el gato*, fáb. 64, utiliza un motivo semejante con estos versos:

Un trocito de queso
manducábase un niño... ¡ay, Dios, qué gozo!,
cuando un ratón travieso
que vió su corta edad y poco seso,
saltó sobre él, y arrebatóle el trozo.

De miedo turulato,
echa el niño a correr, y llama al gato
para que le defienda
del que así le arrebató la merienda.

El gato, al oír eso,
bufa, corre, da un salto,
pilla al bribón cayendo de lo alto,
y se engulle al ratón y luego al queso.

Ibáñez, en *El gato y el gallo*, fáb. 19, llega más allá del egoísmo en esta fábula:

Un gato insolente y con el estómago vacío, encuentra a un gallo y decide comérselo.

Intenta justificar su atropello con diversas acusaciones, de las que el gallo se defiende cumplidamente, hasta que agota la paciencia.

«Enfadándome va tanta disculpa,
le dixo el gato, más no me repliques,
pues aunque más y más te justifiques
queda mayor pecado,
y es, no haberme yo desayunado.»

Esta fábula está tomada de Esopo, *Las nuevas de Remigio*, fáb. 4, *Del gato y del gallo*.

La Fontaine, en *Le chat et le deux moineaux*, fáb. 2, lib. XII, cuenta lo siguiente:

Un gato, desde muy pequeño, vivía en fraternal compañía con un gorrión, compartiendo con él los ocios y la comida.

Cierta mañana, un gorrión de la vecindad penetró donde vivían los dos amigos, y con su audacia habitual comienza a disputarles la comida. Entran

en riña los dos gorriones y el gato se pone de parte de su compañero de infancia y mata al forastero.

Se lo come, y encuentra deliciosa la carne de gorrión, hasta entonces para él desconocida.

La gula le tienta, y sin escrúpulos de conciencia mata también a su viejo compañero.

Ibáñez, en *La cocinera y el gato*, fáb. 17, lib. II, acusa al gato de ladrón, en estos términos:

Hizo Marraquiz en la cocina
de las suyas, robó media gallina.
Furiosa le siguió la cocinera,
pero alcanzarle ya difícil era,
como que en este oficio
no era Marraquiz gato novicio.

Se entera la dueña del estropicio, y reprende a la cocinera por su descuido, recordándole

que echas de la cocina fuera al gato
porque él a cuanto encuentra no perdona.

Príncipe, en *El gato ladrón*, fáb. 100, también fulmina contra este vicio incurable del gato, y entre otras cosas dice:

Ladrón de profesión, era no obstante
maulero y mogigato,
lo cual quiere decir, dos veces gato.
Y era tan diestro en manejar el guante
y en ocultar con rara hipocresía
cuantos robos hacía,
que nadie en un momento de sorpresa
pudo nunca atraparle con la presa
que arrebatarse solía.
Siendo en efecto, él, tan bribón, tan pillo,
que por si algo quedaba entre sus dientes,
jamás se presentaba ante las gentes
sin limpiárselos bien con un palillo.

Samaniego, en *Los gatos escrupulosos*, fáb. 9, lib. VII, tampoco se queda atrás en atribuir al gato habilidades de ladrón.

¡Qué dolor! por un descuido
Mizifuf y Zapirón
se comieron un capón
en un asador metido.

Después de haberle lamido
trataron en conferencia
si obrarían con prudencia
en comerse el asador.

¿Le comieron? No, señor,
era un caso de conciencia.

De esta misma fábula, Samaniego nos da dos versiones, una erudita y engolada y la que transcribo, que la he preferido por su gracia y sencillez.

Ibáñez, en *El gato y el perro faldero*, fáb. 7, lib. III, ironiza en torno de este concepto poco digno del gato.

Un gato y un perro, buenos amigos y compañeros, un buen día tuvieron su pelea, y el perro faldero, deseando agraviar al gato, le dijo necio, vanidoso, borracho, etc., y el gato no se sentía ofendido, hasta que le acusó de ladrón.

Entonces se indignó en lo más vivo.

Ibáñez, en *El gato y los dos ratones*, fáb. 5, lib. IV, pone de manifiesto el egoísmo, ingratitud y crueldad del gato.

Un ratón deseoso de congraciarse con el gato, le obsequió a un festín de queso que había almacenado con grandes peligros de su propia integridad. Para dar mayor solemnidad al banquete, invitó a un compañero suyo, ratón prudente y avisado que no quiso aceptar la invitación, contentándose con presenciar el festín desde su escondrijo.

El gato comió opíparamente del queso ganado con tanto sacrificio, y para postre se tragó al ratón.

El ratón cauto, salvado por su prudencia, viendo la trágica fiesta exclama:

«... yo sí que fui cuerdo,
pues si el convite no pierdo,
también la vida me cuesta.

Roequeso mentecato,
que así la tuya has perdido,
mira lo que te ha valido
el regalar a un ingrato.

Y bien haya mi nobleza,
que me ha sabido enseñar
que es peligroso el andar
en chanzas con una fiera.»

La Fontaine, en *Le vieux chat et le jeune souris*, fáb. 5, lib. XII, describe la crueldad y la indiferencia de un gato.

El felino atrapa a un ratón jovencito, y éste intenta salvarse rogándole que espere que sea más crecido para así gozar de mayor alimento.

El gato, sordo a este requerimiento, engulle al infeliz ratón.

Coupé, en su fábula *La rata y el gato dormido*, glosa en términos parecidos la falta de escrúpulos y la indiferencia ante la tortura de sus víctimas.

La Fontaine, en *L'aigle, la laie et la chatte*, fáb. 6, lib. IV, describe la maligna astucia que emplea una gata para librarse de unos vecinos peligrosos. He aquí la farsa:

Un águila tiene su nido en la alta copa de un árbol. Un jabalí junto al tronco, y una gata en un agujero del mismo.

Con el fin de eliminar de su vecindad a tan peligrosos enemigos, se acerca al jabalí y le cuenta con recato que ha podido observar cómo el águila espía sus salidas, y esto le hace suponer que proyecta devorar a sus hijos.

Luego sube a la residencia del águila, y le asegura que la jabalina trabaja incansable para abatir el árbol con el propósito de devorar los aguiluchos.

De esta manera consigue sembrar en sus espíritus la suspicacia ante supuestos peligros, y en consecuencia la jabalina y el águila no se apartan de sus nidos en su vigilancia permanente. Así no pueden buscarse comida y mueren de hambre.

El gato, con sus intrigas malévolas, se libró de posibles enemigos y consiguió aprovecharse de su carne.

La misma fábula ha sido vertida al castellano por Samaniego. *El águila, la gata y la jabalina*, fáb. 20, lib. I.

La Fontaine, en *Le chat, la belette et le petit lapin*, fáb. 16, lib. VII, continúa acusando al gato de astucia malvada y de hipócrita cortesía, atento siempre a su exclusivo provecho.

Una comadreja se instala en el refugio de un conejo, y cuando éste regresa a su morada se encuentra con que su huésped le niega la entrada.

Discusiones prolijas e inútiles no ponen de acuerdo a los litigantes, y al fin deciden plantear sus derechos de propiedad ante un juez, y escogen a un gato marrullero.

Éste les atiende con fingida amabilidad y cortesía. Al poco rato de escuchar sus alegatos, les ruega que se acerquen más para oírles, pues sordea un poco.

Los incautos contendientes le obedecen y con zarpazo doble sacrifica a los dos.

J. M. Bruisset, en *Le chat et le lapin*, nos cuenta la ingeniosa estratagema de un gato, que pretende desvanecer las suspicacias de unos pobres conejos.

El gato se instala con aparente tranquilidad entre una colonia de conejos, y éstos, temerosos, inquieren la razón de tamaña aventura.

El gato les responde finamente que desea conocer las costumbres de su

nación, y que en calidad de filósofo sigue todos los rincones para estudiar la vida de cada especie animal.

Con ello pone un poco de paz en el espíritu de los medrosos lepóridos y así, sin grandes esfuerzos se va hartando cómodamente.

Samaniego, en *El gato y las aves*, fáb. 1, lib. IV, relata otra hipócrita estratagema.

Un gato de astucia refinada, caminando al azar, es sorprendido por el canto de unos pájaros.

Se acerca a ellos, y éstos se dispersan con prudencia. Sin embargo, el gato consigue convencerles de que él es un filarmónico pacífico e inocente, y les ruega que se acerquen y continúen su delicioso concierto.

Incautos, los pajarillos le hacen caso, y

entonces con más gracia

y más diestro que el músico de Tracia,

echando su compás hacia el más gordo

consigue gratis merendarse un tordo.

Florián, en *Le chat et le moineau*, nos muestra el ingenio de un gato para cazar gorriones.

Un gato, listo como el hambre, ve una partida de gorriones, que viven satisfechos sobre un campo de mijo y resuelve así la manera de cazarlos:

Moja perfectamente una mano y luego la pasa con cuidado sobre un montón de mijo. Se tiende boca arriba, y con la pata estirada cual si fuera una espiga, aguarda paciente que su engaño atraiga a los incautos pajarillos.

Y así se alimenta gracias a su ingeniosa caza.

Esopo, en *De las ratas y del gato*, *Nuevas de Remici*, fáb. 8, relata otro artificio de arte felino para agenciarse su ración de ratas.

Un gato descubre una próspera residencia de ratas, y vive feliz unos días.

Mas las ratas celebran consejo y acuerdan trasladarse a un sitio más seguro donde al gato le sea difícil acercarse.

Entonces el gato finge astutamente estar muerto, a fin de tranquilizar a las ratas. Pero esta vez su estratagema no tiene éxito, ya que las ratas desconfían de su terrible enemigo.

El Barón de Andilla, en *La gata y la gallina*, fáb. 15, también recrimina la gula desconsiderada de este animal.

Una gata melindrosa encuentra, descuidada, una gallina magníficamente asada, y ante tan delicioso descubrimiento medita unos instantes. Por una parte el apetito le acucia, y por otra la conciencia pretende detenerle.

Mas, por fin, concluye que si bien el abuso no es cosa lícita, el uso moderado está bien, y para él, los gatos tienen bula.

Satisfecha con estos razonamientos, decide comerse solamente la pechuga. Pero al terminar con su premeditada ración, no puede contener el deseo de seguir comiendo... y acaba tragándose la gallina entera.

Fernández Baeza, en su fábula, *El niño, el perro y el gato*, pone de manifiesto el carácter impaciente y glotón de nuestro felino.

Un niño que está merendando con su pan y un poco de queso, es asediado por sus compañeros: un perro y un gato.

El perro, educado, paciente, nada reclama. En cambio, el gato reclama impaciente su parte.

Pero el niño esta vez hace justicia, y el gato se queda sin mendrugo.

Además de estos vicios, que podríamos clasificar como de origen fisiológico, cual sería un metabolismo exagerado, a los gatos se les acusa de malvados. De seres que sienten un cierto placer en el dolor ajeno.

José Estremera, en su fábula *El gato cazador*, hace una magnífica descripción del sadismo de un gato que habiendo cazado un ratoncito, está jugando con él, invitándole a correr y a escaparse, para gozar a cada nuevo zarpazo, dando muestras de evidente satisfacción con este martirio a que somete a su víctima antes de comérsela.

El mismo Estremera, en su fábula *El perro y el gato*, retrata así el carácter egoísta y orgulloso del gato.

«¡Hipócrita, sellado con el hierro
del esclavo—decía un gato a un perro—,
que vas cuando la cólera te ciega
las manos a lamer del que te pega!

Toma ejemplo de mí, que al que me enfada,
o me acaricia, si el mismo no me agrada,
le bufo, arañó y gruño,
y por todo me enojo y me enfurruño.»

Ollero, en *El tigre y el gato*, fáb. 7, lib. III, pinta el fondo de envidia y de maldad que supone en estos felinos.

Un gato que acompaña a un tigre en sus cacerías, proclama su envidia ante la crueldad de su pariente, y se da cuenta de que en adelante, su existencia será una pena y una vergüenza.

Y todo porque piensa en la insignificancia de sus víctimas: los ratones.

José Estremera, en *Contrición*, retrata la crónica maldad de un viejo gato que sintiendo acercarse su fin definitivo, pretende aligerar su conciencia de los múltiples crímenes cometidos con una confesión completa. Y así lo hace, pero al llegar el momento de la contrición, surge el cínico desdén del malvado, al pedirle el confesor un acto de sincero arrepentimiento:

«Pues para mí no hay placer,
ya mi loca vida dejo,
porque, moribundo y viejo,
¿qué otra cosa puedo hacer?»

Príncipe, en *El gato cortándose las uñas*, fáb. 18, afirma el carácter agresivo del gato.

Un ratón observa cómo un gato se corta las uñas, y corre veloz a dar la noticia a sus familiares, con la pueril satisfacción de creer que por fin su conciencia le acusaba.

«¿Sí?, la rata le dijo,
Mal conoces a los gatos, hijo.
Él se corta las uñas, pero es sólo
para mejor disimular su dolo;
pues su zarpa, aun de pinchar privada,
le queda libre al fin la manotada.
Y aunque a ti desarmadas te parecen
sus pérfidas pezuñas,
no hay que fiar, ¿no sabes que las uñas,
al que más se le cortan, más le crecen?»

Fernández Baeza, en su fábula *Los gatos con peste*, da como cosa natural el instinto de rapiña en estos animales.

La fábula en sí es parecida a la ya clásica de *Los animales con peste*, que anteriormente ha sido analizada.

Aquí sólo se trata de una peste que perjudica únicamente a los gatos, y se hace una confesión general de la familia para acallar los escrúpulos de conciencia.

Un gato viejo, «barbudo, ermitaño, gran ladrón antaño», actúa de confesor severo de los pecados cometidos, y con dura energía reprende y recomienda a todos los pecadores un firme propósito de enmienda.

Pero toca el turno a «una gata con modales y voz de mogigata», que se confiesa de haberse comido un día un pollo entero, recién asado. Pero lo que más le apena es que la dueña, en vez de castigarla a ella, reprende agriamente a la cocinera.

A estos escrúpulos responde el confesor:

«Yo, hija, te perdono.
El ama habló en tu abono,
le dice el confesor, tú no pecaste;
de tu derecho añadiré que usaste.»

En los gatos no es vicio,
antes bien es un oficio,
coger lo que se deja abandonado,
el culpable es el hombre descuidado.»

Paciente lector que has seguido estas recopilaciones, habrás visto que hasta aquí los gatos quedan bastante mal parados. Sus virtudes, tal cual las entendemos los hombres, brillan por su ausencia.

Sin embargo, en ciertas ocasiones el gato da muestras de buen sentido, aunque sólo sea para su exclusivo provecho.

Esopo, en *De la raposa y el gato*, *Extravagantes*, 5, nos describe la prudencia y astucia de este felino.

Un gato astuto escucha complacido las fanfarronadas de una zorra vanidosa que ensalza sus múltiples ardidés y su presuntuosa inteligencia.

En tanto discurría esta conversación, aparece un cazador con sus perros.

Ante el peligro inminente, suspenden el diálogo, y el gato se encarama diligente a lo alto de un árbol, y desde allí contempla cómo los perros alcanzan a la zorra.

Entonces con sorna le dice: «Y aquellas artes, y aquella inteligencia de que presumías, ¿dónde han ido a parar?»

Esta misma fábula se encuentra en La Fontaine, *Le chat et le renard*, fábula 14, lib. IX.

Florián, en *Le chat et le miroir*, nos pinta, con su amable estilo, el buen sentido de un gato, que frente al misterio de un espejo, donde se ve reflejado, incapaz de descifrarlo, decide abandonarlo para volver a sus ratones, cuya tarea considera más positiva.

Y por último, un rasgo de vanidad de estos animalitos.

Samaniego, en *La gata con cascabeles*, fáb. 8, lib. IV, retrata la prudencia de un gato maduro ante el jolgorio que levanta una gata presumida, a la cual su ama colgó un cascabel.

El gato prudente acalla el tumulto con la razón de que el cascabel sólo sirve para ahuyentar los ratones.

José Estremera, en *La gata presumida*, también se refiere a este aspecto de la vanidad.

Una pareja de gatos vivían en una paz idílica. El gato, atento y obsequioso, se desvivía para complacer a su compañera.

Pero ésta no vivía completamente feliz. El gato estaba desesperado, ya que no sabía qué más podía hacer, pues su comportamiento era impecable.

Hasta que un día, la gata, después de muchos ruegos así se explicó:

«Es verdad que me quieres,
verdad que me regalas,
pero eres un pazguato si imaginas
que a gatas y mujeres,
bastan amor y galas
que no causan envidia a las vecinas.»

Y entonces se deciden a presumir por los tejados su hasta entonces re-
catada felicidad.

Y terminamos con el gato, deshaciendo el mito de la incompatibilidad
del perro y el gato.

Ibáñez, en *El perro y el gato*, fáb. 3, lib. II, escribe:

Dicen que un perro y un gato
de tal modo se querían,
que muchas veces comían
los dos en un mismo plato.
Éste tan íntimo trato
a nadie cause extrañeza,
porque la mayor fiereza
convertir en mansedumbre,
puede lograr la costumbre,
que es otra naturaleza.



EL PALOMO

Después de las recopilaciones gatunas, donde la loa y la ejemplaridad brillan por su ausencia, me ha parecido oportuno dedicar unas páginas a la dulce paloma, símbolo inefable de la paz y de los sentimientos fraternales.

Será como un entreacto de poesía sentimental, donde veremos que los fabulistas solamente han encontrado adorables virtudes en la pacífica paloma.

Y es un poco curioso que a nadie se le haya ocurrido poetizar, buscando motivos para alguna fábula, pensando en las palomas mensajeras y en el sentido maravilloso y sorprendente de su capacidad de orientación.

La paloma siempre es un ser inofensivo, amante de su familia y víctima propiciatoria de las aves de rapiña... y de los gatos.

Esopo, en *De la hormiga y de la paloma*, *Las nuevas de Remice*, fáb. II, nos cuenta los buenos sentimientos de esta ave, con su tan conocida invención.

La hormiga tiene sed, y al acercarse a un arroyo cae al agua.

Una paloma que estaba cerca, sobre un árbol, al ver los esfuerzos del pobre insecto para no ahogarse, recoge con su pico una ramita y la deja cerca de la pobre hormiga para que pueda salvarse del seguro naufragio, ventura que consigue alcanzar, con gran contento de la paloma y profundo agradecimiento de la hormiga.

Al poco tiempo de transcurrido este incidente, un cazador estaba apuntando su arma a la paloma, cuando es visto por la hormiga. Ésta, reconocida a la buena acción de la paloma, mordió el pie del cazador, con lo cual dió tiempo a la paloma para emprender su vuelo y escapar de aquel peligro.

Esta misma fábula se encuentra bellamente versificada por La Fontaine, en *La colombe et la fourmi*, fáb. 12, lib. II.

Goethe, en *El águila y la paloma*, narra este bello episodio:

Un águila malherida no puede volar, y en las márgenes de un río deplora sus penas en medio de una espléndida vegetación.

Un palomo la contempla dulcemente, y procura persuadirla de lo injusto de su amargura entre tanta belleza, cantándole la hermosura del paisaje.

El águila, agradecida de su buena intención, reconoce su infinita bondad y le dice: «Has hablado como una humilde paloma.»

Florián, tomando probablemente este motivo, escribe *L'aigle et la colombe*, cuyo resumen es como sigue, y donde se poetiza el candor de la paloma.

Un águila, fatigada de su vuelo por las grandes alturas desciende a la tierra y se encuentra con un palomo.

Une blanche colombe, aux yeux doux, a l'aire tendre
et donc le seul aspect faisait passer au coeur
ce calme qui toujours annonce le bonheur.

El águila le cuenta sus nostalgias, y la paloma le lleva a los campos floridos, a los claros torrentes, la hace descansar bajo las sombras acogedoras y le hace escuchar las melodías del ruiseñor.

El águila, enternecida y feliz, se siente enamorada, y para demostrarle cómo ha sabido hallar el arte de hacerla venturosa, le dice con voz emocionada:

La felicidad no se encuentra en los cielos;
se halla bien cerca de una buena amiga.

Ibáñez, en *Júpiter y la paloma*, fáb. 11, lib. III, describe el afecto conyugal de nuestra candorosa ave.

Júpiter desea dar a la paloma la suma de perfecciones que ha distribuido entre los diversos animales.

Mas la paloma no quiere nada, renuncia a todo lo que quieren darle.

«Nada de tales cosas,
me sirve ni deseo.

.....

Tiene así la paloma
al palomo contento,
y si me transformase
y perdiera su afecto,
¿qué me consolaría
en todo el universo?

Con él nada me falta,
con él todo lo tengo.
Soy buena esposa y madre,
¿qué más fortuna quiero?»

J. M. Bruisset, en su fábula *Júpiter, la colombe et la serpent*, nos pinta el juicio del dios, al despertar el candor de la paloma en contraste con la perfidia de la serpiente.

En una recepción, Júpiter acepta complacido la ofrenda de una violeta que le presenta la paloma, y rehusa una bella rosa que va a ofrecerle la serpiente.

Príncipe, en *La paloma*, fáb. 6, hace una apología del candor de la paloma, que termina con estos versos:

«Yo moriré tranquila y resignada,
si al terminar mis días su existencia,
conservan el candor y la inocencia
que me legó mi madre inmaculada.
Tal vez al devorarme mi tirano
sentiré ser paloma en tanto vuelo;
pero daré también gracias al cielo
porque nací paloma y no milano.»

La Fontaine, en *Les deux pigeons*, fáb. 2, lib. IX, traza un bello poema dedicado a ensalzar la vida tranquila de los que se conforman con lo que tienen y no sueñan con aventuras problemáticas. Casi no es una fábula.

Dos palomos hermanos viven en tierna afección en las proximidades de su nido original.

Uno de ellos siente la inquietud de correr mundo y no hace caso de los insistentes ruegos de su fraterno compañero, que le pide no se mueva de su lado.

Sale de aventuras y sufre contratiempos infinitos, dolores, zarpazos... hasta que roto el hechizo de su ambición y de su curiosidad, retorna junto a su nostálgico compañero, quien le recibe amoroso y se presta a sanar sus heridas y devolverle la felicidad que inútilmente buscó en lejanías ignotas.

Ollero, en *El congreso de las palomas*, fáb. 57, lib. III, describe así el candor de estas aves:

Las palomas, reunidas en asamblea, discuten la manera de librarse de la ferocidad del milano.

Unas, las más prudentes, proponen salir a comer, dejando vigilancia, que avise la presencia del enemigo.

La mayoría, más incautas y candorosas, proponen enviar emisarios al milano para concertar una paz.

Se aprueba la última proposición y se escogen a las que han de cumplir tan delicada misión.

Parten... y no vuelven.

Esopo, en su fábula *De la paloma, milano y halcón*, fáb. 2, lib. III, también describe la candorosa inocencia de las palomas.

Las palomas, viendo que constantemente son víctimas de la ferocidad del milano, deciden ponerse de acuerdo con el halcón para que las defienda.

Y naturalmente, entonces son presa fácil del halcón.

La Fontaine, en *Les vautour et les pigeons*, fáb. 8, lib. VII, pone de manifiesto la bondad infinita de los palomos.

Entre los buitres se había declarado una guerra implacable y encarnizada que amenazaba llegar al exterminio.

Los palomos, compadecidos de tanta crueldad, envían emisarios con el propósito de conseguir las paces.

Tuvieron tal éxito, que consiguieron sus nobles deseos, pero en recompensa de su buena acción, fueron las víctimas propiciatorias.

Un motivo parecido nos presenta L. P. B., en *Les colombes protégées par les vautours*.

Es el trágico fin de unos palomos que escaparon del exterminio de las águilas, y acuerdan ponerse bajo la protección de los buitres.

Fedro, en *El milano y las palomas*, fáb. 29, lib. I, describe un motivo semejante.

Pone de manifiesto la inocente credulidad de las palomas, que hacen caso del milano, que promete protegerlas... para comérselas más tranquilamente.

Ollero, en *Las tres palomas*, fáb. 36, lib. III, pone de manifiesto el destino de víctimas de estos infelices animales.

Tres palomas aspiran a volar por horizontes más amplios que los de su palomar, y deciden escaparse aprovechando un agujero que existe en el tejado.

El chico que habitualmente les da de comer sorprende la tentativa de la primera, la coge y la corta las alas para impedirle volar.

Las otras dos, salido el mozalbete, consiguen escaparse..., y la una es devorada por un gato que estaba al acecho, y la otra, por un milano.



LA OVEJA

Pocos animales tienen una característica más gris que los ovinos. Bien poco se puede decir de sus actitudes y de sus iniciativas, que casi son nulas, ya que sólo parece que su existencia no tiene más justificación que aprovechar sus productos: lana, leche, carne y piel.

La psiquis de este animal es, en realidad, de las más primarias. Sin malicia, completamente inofensivos y totalmente infelices, en el sentido de privados de toda posible agresión.

No obstante esta sequía de espíritu, los fabulistas han utilizado esta especie animal con cierto cariño y profusión, creando preciosas composiciones, algunas de las cuales pueden colocarse entre las de tipo sentimental más delicioso.

He aquí el resultado de nuestro espigar por el vasto prado de las fábulas.

Ollero, en *El cordero y el rabadán*, fáb. 31, lib. II, describe así la bondad de este animal:

Estando un día un cordero
sumamente incomodado,
mostrar queriendo su enfado,
revistió un aspecto fiero.
«No me arredra el mundo entero,
dijo, fingiendo energía,
pues soy capaz...» «Tontería,
le repuso el rabadán,
si eres más bueno que el pan,
¿por qué te finges harpía?»

L. P. B., en *La brebis*, hace una modesta descripción de la modestia y abnegación de la oveja, en términos parecidos a los siguientes:

Júpiter celebraba la fiesta de sus desposorios y todos los animales le llevaron sus ofrendas.

Mas entre sus súbditos vió que faltaba la oveja, y extrañado preguntó la razón, y el perro así le dijo:

«Dios inmortal, no debes ofenderte. He visto hoy mismo a la oveja y estaba desconsolada. La pobrecita no tenía nada para ofrecerte; ni lana, ni leche. Y al no poderse presentar con algún presente, ha decidido ofrecerse en sacrificio a los dioses.»

Vilalta, en su fábula *L'ocell vagabund, i l'ovella*, retrata así su mansedumbre:

Un ocell vagabund, plé de peresa,
pujá sobre una ovella jovençana
i comença a picarla amb perfidesa,
arrencant de sa esquena flocs de llana.
L'ovella li digué sentint-se ofesa:
—Si fessis exó al gos, prou, tarambana,
fugiries corrent de sa escomesa,
més de mi, marxarás si et don la gana.
—Aixó mateix, digué l'au pocasolta—
M'en pujo pels serrats, dono la volta,
i així ho veig tot. Com tinc experiència,
en pau deixo als dolents i poderosos,
i, en canvi, als nets de cor i bonadosos,
m'entretinc a apurar la paciència.

Riera y Bertrán, en su fábula *Desengany*, fáb. 61, describe así el tierno corazón de la oveja, en unos versos que más parecen una balada:

Un lobo y una oveja fueron criados juntos desde sus primeros días, y vivían cordialmente como buenos hermanos.

Los amigos van creciendo, y en cada cual se acusa y diferencia su carácter. Un día aciago, el lobo, que siente en su sangre el hormigueo de sus instintos de fiera, invita a la oveja a un paseo por el bosque, con el propósito de mostrarle cómo agoniza un cabritillo entre sus dientes, y con lo cual el lobo experimenta gran placer.

Ante tan cruel espectáculo, la oveja sentimental cae desmayada y muere.

L. P. B., en *Júpiter et la brebis*, relata esta bella fábula:

La oveja, cansada de la malignidad de los demás animales, va a Júpiter con sus quejas y le ruega aminore sus desdichas.

El dios la acoge afectuoso, y prueba de complacerla.

—¿Quieres dientes terribles y uñas afiladas?

—No; no quiero nada común a las aves de rapiña.

—Pondré veneno en tu saliva.

—¡Oh, no! Las serpientes son detestadas.

—¿Qué deseas entonces? Daré fuerza a tu cuello y pondré fuertes cuernos a tu cabeza?

—Tampoco, pues entonces no me sería difícil volverme belicosa como el macho cabrío.

—Pero es que precisas posibilidades de agredir, si quieres defenderte de los demás.

—¿Qué yo haga daño a los demás? Dejadme tal como soy. Temo que al ser peligrosa, me haga sentir el deseo de hacer mal. Prefiero más sufrir la injusticia que hacerla yo.

Y Júpiter, conmovido, la bendice de todo corazón.

Este mismo motivo se encuentra en las fábulas de Lessing y con el mismo título.

Esopo, en *Del lobo y el cordero*, fáb. 2, lib. I, representa la buena fe del cordero y la maldad del lobo con esta composición:

Un lobo y un cordero bebían juntos en el mismo regato. El cordero corriente abajo.

El lobo le acusa, cínico, de ensuciarle el agua.

Replica el cordero que ello es imposible.

Entonces el lobo le dice que hace seis meses le había injuriado su padre.

—Yo nada puedo saber, ya que todavía no había nacido.

Por fin el lobo le acusa de haberle destruído un campo pastando.

El cordero le responde que tampoco es posible, ya que todavía no posee dientes para ello.

Cansado ya de buscar pretextos que no servían para nada, el lobo decide comerse al cordero, por la simple razón del más fuerte.

La Fontaine, en *Le loup et l'agneau*, fáb. 10, lib. I, versifica este mismo motivo con ligeras variantes.

Samaniego, en *El jabalí y el carnero*, fáb. 3, lib. VI, pinta la dócil y prudente resignación de este animal.

El carnicero acaba de colgar de un árbol a un cordero recién degollado.

El rebaño, inocente, contempla aturdido el trágico espectáculo.

Un jabalí les increpa por su cobardía, y éstos le responden:

«Tendrá, dijo un carnero, su castigo,
mas no de nuestra parte la venganza.

La piel que arranca con sus propias manos,
sirve para los pleitos y la guerra,
las dos mayores plagas de la tierra
que afligen a los míseros humanos.
Apenas nos desuellan, se destina
para hacer pergaminos y tambores.»

Pero los fabulistas no solamente reconocen esta ilimitada mansedumbre y resignación en la oveja. También admiten la posibilidad de reacciones psíquicas de una cierta inteligencia, como vamos a ver.

Esopo, en *Del cordero y del lobo*, fáb. 6, lib. II, nos cuenta lo que sigue:

Un inteligente corderillo que vive desde pequeño en compañía de un rebaño de cabras, se muestra refractario a complacer al lobo, que le exhorta a que abandone a sus compañeras, pintándole el deshonor de compartir la existencia con extraños.

El corderillo, prudente, le responde que aunque parece que vive entre forasteros, no hay tal ya que entre las cabras ha encontrado la verdadera madre, y que no se canse, pues se encuentra allí muy bien y además perfectamente protegido.

Ibáñez, en *El lobo y el cordero*, fáb. 38, ha tomado este mismo argumento, versificándolo con ligeras modificaciones.

Otro rasgo de prudente inteligencia nos lo cuenta Samaniego en *El lobo y la oveja*, fáb. 9, lib. III.

Un lobo, maltrecho en su lucha con unos fuertes mastines, arrastraba melancólico una vida de inválido hambriento, cuando acertó a pasar por aquellas cercanías una oveja.

El lobo, con palabras melosas y dolientes, le ruega le proporcione un poco de agua para calmar la sed que le abrasa.

«¿Agua quieres que yo vaya a llevarte?,

le responde la oveja, recelosa;

dime, pues, una cosa:

¿sin duda que será para enjuagarte,

limpiar bien el garguero,

abrir el apetito

y tragarme después como a un pollito?

Anda, que te conozco, marrullero.»

Así dijo, y se fué, si no, la mata.

Esopo, en *Del ciervo, de la oveja y del lobo*, fáb. 9, lib. II, refiere así la prudencia de la oveja.

Un ciervo informal quería defraudar a la oveja reclamándole una can-

tividad de trigo que realmente no le debía. Para impresionar a la víctima, lleva como testigo a un lobo, que mintió en beneficio del ciervo.

La oveja, prudente, coaccionada, no pudo negar la acusación, pero alegó que de momento no podía pagar, pidiendo un plazo prudencial, que le fué concedido.

Cuando el ciervo se presentó para cobrar la supuesta deuda, díjole la oveja:

«Sabes perfectamente que prometí por miedo al lobo, que es mi peor enemigo, pero ahora que ya está lejos, quiero que sepas que no me impresiona tu engaño, y que no te pagaré lo que te debo.»

Ollero, en su fábula *El carnero y el novillo*, nos describe una actitud pudorosa de este pacífico animal.

Érase un pobre carnero
de tan mansa condición,
y tan simple y bonachón,
que parecía un cordero.

Y érase, ya crecidillo,
un novillo de tal ley,
que más parecía buey
que verdadero novillo.

Éste, mirando en su frente
dos buenas astas brotar,
no hacía más que retar
a todo bicho viviente.

Entre los muchos que un día
desafió torvo y fiero,
contóse al pobre carnero,
que con nadie se metía.

Y esto ocurría todos los días que se encontraban. Y duró hasta agotar la paciencia del carnero, que harto de tantas injurias, recordó que su cabeza, bien manejada, era un buen ariete.

Entonces retó al novillo junto a unas tapias en ruinas y una vez le tuvo allí, de un cabezazo tiró una pared, que cayó pesadamente sobre el penden-ciero insolente.

Príncipe, en *El lobo, el cordero y los dos pozales*, fáb. 84, traza un símil de heroísmo suicida.

Un cordero es sorprendido por un lobo junto a un pozo. Al considerar el cordero que no tiene posibilidad de escapar de los dientes de su enemigo, prefiere tirarse al pozo y morir ahogado antes de ser destrozado por el lobo.

Esopo, en *Del lobo, del perro y del carnero*, cuenta la estulta vanidad de un carnero:

Un rebaño vivía tranquilamente, protegido por un perro mastín. Pero el perro envejeció y la muerte dejó al rebaño indefenso.

Un carnero presuntuoso sugiere a los pastores que él podría perfectamente suplir al fiero mastín. Propone que le corten las astas y le pongan la piel del mastín fallecido.

Así lo hacen, y al principio todo marchaba bien. El lobo temía la sombra del mastín y no molestaba al rebaño, hasta que obligado por el hambre se arriesga a robar un corderito. En la fuga y persecución consiguiente por el falso mastín, se descubre el engaño, y el carnero disfrazado muere en los dientes del lobo.

L. P. B., en su fábula *Les moutons, les chiens et les tigres*, describe la ingenua confianza de estos rumiantes.

Un rebaño de ovejas vivía cuidadosamente vigilado y protegido por los perros. Mas las ovejas se cansan de la vigilancia, que consideran tiranía, y solicitan de los tigres les libren de sus opresores.

Como es natural, éstos no se hacen rogar mucho, y acaban con los guardianes, y en su consecuencia se van comiendo luego a las ovejas con toda impunidad.

La Fontaine, en *Les loups et les brebis*, fáb. 13, lib. III, narra la candorosa buena fe de las ovejas.

Un rebaño vivía en paz, protegido por los perros, y los lobos, deseando librarse de los riesgos de los fieros vigilantes, ofrecen la paz a las ovejas, dejando como rehenes a sus lobeznos a cambio de los perros.

El desenlace ya es conocido del lector, pues este motivo procede de una fábula de Esopo, que hemos descrito en el capítulo dedicado al perro.

Ibáñez, en *Los lobos y las ovejas*, fáb. 23, lib. I, utiliza el mismo motivo.

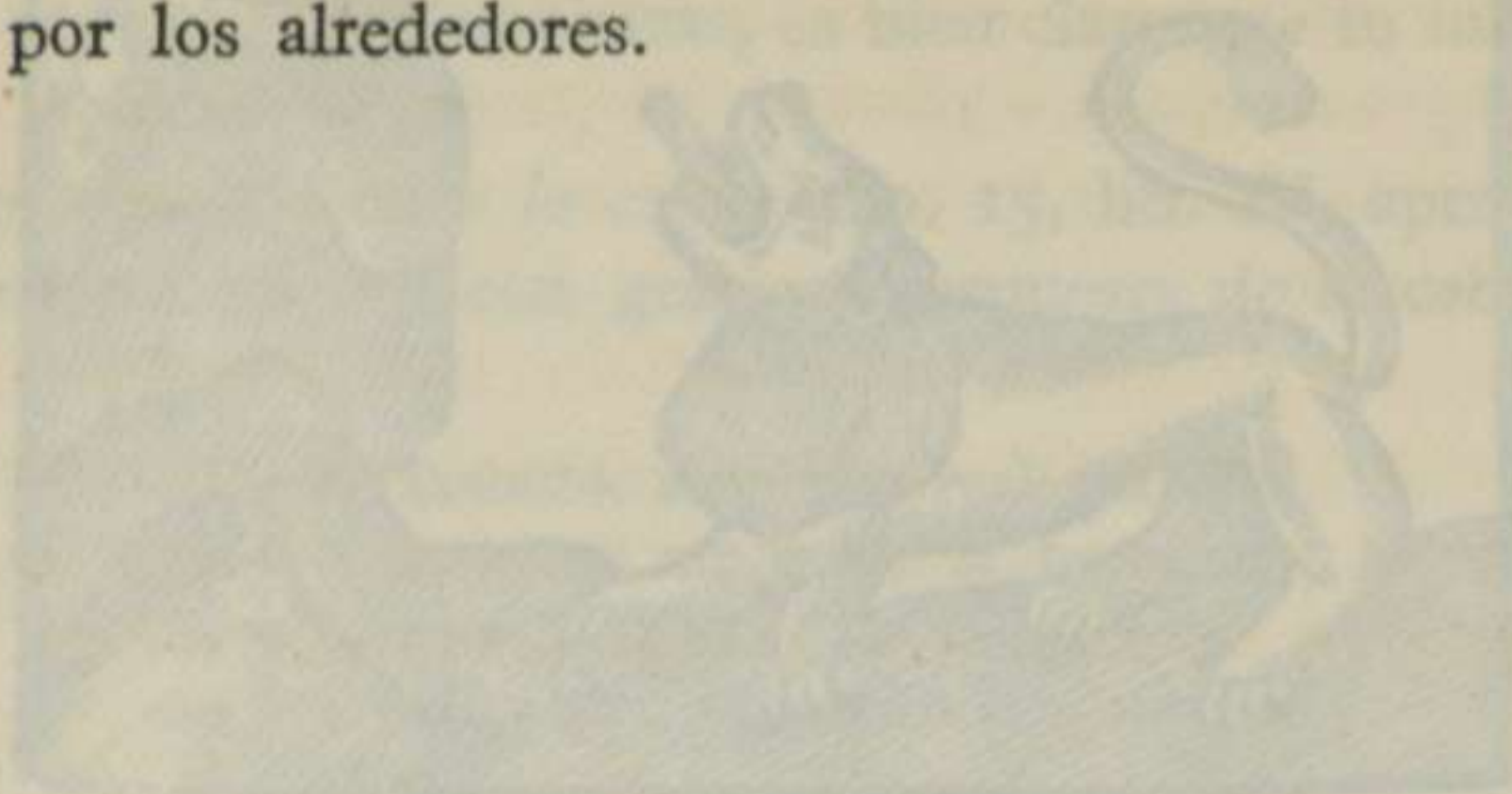
Ibáñez, en *El lobo, el cordero y el paxarillo*, fáb. 44, lib. II, nos cuenta la noble confianza de un cordero que pasta juntamente con un lobo, seguro de la rígida justicia que prometió realizar el león contra todo aquel que no respetara sus órdenes.

Un pajarito que contempla la escena, pretende advertir al confiado cordero del peligro que supone permanecer con tal compañía, pero el cordero le recuerda la orden del león.

«Quanto envidio tu suerte,
replicó el paxarillo; la licencia
autoriza en los ayres la violencia,
y todo es opresión, rapiña y muerte.»

Y por último, Samaniego, en *El cordero y el lobo*, fáb. 18, lib. II, nos muestra la pueril insolencia de un cordero.

Un corderillo, bien protegido en su redil, provoca e insulta a un lobo que merodea por los alrededores.





LA CABRA

Los fabulistas no han encontrado en la oveja grandes motivos para atribuirle un carácter activo, porque en realidad no los tiene. En cambio, en la cabra, que positivamente tiene más personalidad, han podido aprovechar rasgos de inteligencia y de vanidad, que ciertamente concuerdan con las observaciones que puede captar el espíritu menos curioso de la psiquis de nuestros animales.

Esopo, en *Del lobo y del cabrito*, *De Aviano*, fáb. 24, destaca el buen sentido de este rumiante.

Un cabrito al verse perseguido por un lobo, logra refugiarse en un rebaño de corderos, que se hallaba bien protegido.

El lobo, al darse cuenta que perdía su presa, le dirige dramáticas observaciones relacionadas al lugar donde buscó su amparo. Le pinta la tragedia a que está expuesto, ya que aquellos compañeros de ocasión ven todos los días correr la sangre en sacrificios a los dioses.

El cabrito dignamente le contesta que prefiere ser sacrificado a los dioses que ser comido por un lobo hambriento.

Esopo, en *Del león y de la cabra*, *De Aviano*, fáb. 18, nos cuenta lo que sigue:

Un león encuentra una cabra pastando entre unos riscos inasequibles para él, y pretende con argumentos hipócritas convencerla para que abandone sitios tan inhospitalarios y pobres de alimentos.

La invita a que baje a los prados, donde encontrará llanuras verdes, buenas y abundantes hierbas y toda clase de alegrías.

La prudente respuesta de la cabra es ésta: «No te canses en sermonearme, pues, aunque tus palabras son ciertas, es bien claro que tu intención es malvada.»

Samaniego, en *El león y la cabra*, fáb. 15, lib. IV, aprovecha el mismo motivo, que lo termina con esta graciosa respuesta de la cabra:

«¿Desde cuándo, señor, la real persona
cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
no son para bien, apostaré los cuernos.»

Esopo, en *Del lobo y del cabrón*, fáb. 9, lib. II, pinta la prudencia de este cabrito ante las asechanzas del lobo.

El mismo argumento es versificado por La Fontaine en su fábula *Le loup, la chébre et la chevreau*, fáb. 15, lib. IV, y por Ibáñez, en *El lobo y el cabrito*, fáb. 40. Como la descripción de La Fontaine es la más interesante, a ella me atengo para mi resumen.

La cabra sale a pastar y deja a su cabrito encerrado, no sin antes hacer unas prudentes advertencias con relación a las asechanzas del lobo.

Éste, que escuchó el sermoncito, en cuanto la cabra se aleja, imita su voz para requerirle que abra su refugio.

El cabrito le pide como contraseña que le muestre la pata blanca de su madre.

Y como esto es imposible, pues el cabrito sabe que el lobo las tiene negras, fracasa el malvado intento de su enemigo.

Ollero, en *La cabra, el burro y el buey*, fáb. 59, lib. III, nos pinta el deseo incorregible de la cabra en busca de su libertad.

Los tres animales vivían en la misma estancia con sólida protección, pero la cabra soñaba y pedía la dejaran salir al campo. Sus compañeros de morada en vano intentan disuadirla de su empeño, hasta que cansados de oír sus solicitudes, el buey de un cabezazo rompe la puerta, y la cabra, alegre, se va para el monte.

Mas, cuando se creía feliz, es devorada por un lobo.

Samaniego, en *Las cabras y los chivos*, fáb. 16, lib. II, nos informa de un rasgo de vanidad.

Los chivos se sienten molestados en su presunción y altanería, al darse cuenta que también las cabras tienen su barba, lo que creían el espejo de sus ínfulas.

Esta intranquilidad del rebaño es apaciguada por Júpiter, advirtiéndolo a los chivos que no deben envidiar las barbas de las cabras, ya que para nada les sirven sin la fuerza y el valor que ellos poseen.

El mismo Samaniego, en su fábula *El chivo afeitado*, fáb. 12, lib. VII, aprovecha las barbas para describirnos un matiz de vanidad coqueta.

Un chivo contéplase en el espejo del agua de un remanso, y lamenta que su gracia juvenil y su arrogancia se vean afeadas por sus barbas, y decide cortárselas.

Con lo cual consigue la burla y la rechifla de sus compañeros.

Esopo, en *Del lobo y del cabrón*, *Extravagantes*, fáb. 6, retrata así la fatua presunción del chivo:

Un lobo persigue a un chivo, y éste se encarama a unas rocas inaccesibles. Cansado el lobo de su guardia inútil, abandona la presa.

Al poco tiempo se encuentra a las orillas de un río, donde el chivo, mirándose en el agua, se envanece de sí mismo, y se dice que teniendo tantas perfecciones, no tiene necesidad de temerle al lobo.

Éste, que estaba al acecho, se acerca. Entonces el chivo comprende su insensata presunción, y pide clemencia al lobo. Pero de nada le vale y es devorado.

Príncipe, en *El macho cabrío y las cabras*, fáb. 68, nos representa la ciega sumisión del rebaño a la iniciativa del macho.

Un chivo presuntuoso lleva a su rebaño por una sierra, y de improviso descende, seguido, naturalmente, de su corte, hasta un río, donde mueren ahogados.

Valdín, en su fábula *La cabra y el lobo*, describe la pueril altanería de la cabra.

Situada entre unas rocas, inaccesibles para el lobo, se dedica a insultarle y provocarle.

El lobo le perdona las impertinencias, y le recomienda que cuando se tropiecen en otros lugares se muestre más prudente y educada.

Y por último, la fábula, tan conocida, de *La zorra y el chivo dentro de un pozo*.

Se encuentra en Esopo, *De la rabosa y el cabrón*, *Nuevas de Remicio*, fáb. 3.

La Fontaine, *Le Renard et le bouc*, fáb. 5, lib. III y Samaniego, *La zorra y el chivo*, fáb. 12, lib. V.

Una zorra y un chivo iban de camino y la sed abrasaba sus gáznates.

Se encuentran ante un pozo y deciden tirarse dentro para apagar la sed.

Pero llega la hora de salir, y el ingenio de la zorra se burla de la petulancia del chivo.

Le pondera su fuerza y sus cuernos, y le dice que la solución de su problema consiste en que él se ponga de pie, apoyando sus manos en la pared del pozo, y ella se encaramará, y una vez fuera del pozo ayudará al chivo para su evasión.

La zorra consigue su propósito, y luego abandona al chivo.



EL GALLO Y LA GALLINA

La observación de las conductas y actitudes de este animal, pone de manifiesto dos características fundamentales: la gallarda, con derivaciones a la bravura, y el sentimiento de familia, que la psicología experimental ha estudiado ampliamente.

Estos dos caracteres básicos han sido generalmente utilizados por los fabulistas, y esto nos prueba que han observado fielmente la vida natural de sus personajes.

Sin embargo, cuando les ha parecido conveniente para su trama, han atribuido al gallo cualidades extrañas, pueriles, etc., y han usado su conocimiento de madrugador, que ha dado tema a tantos relatos más o menos pintorescos.

Así vemos en Iriarte, *El gallo, el canto y el curruco*, lib. 23, la apología de la vigilancia y la costumbre madrugadora del gallo, en contraste con la vida de peregrinación del cerdo, en este monólogo del gallo:

«Para estar sano, para andar ligero,
 es necesario dormir muy poco.
 El madrugador, en julio o en febrero,
 con estrellas, es mucho prudente,
 porque el sueño compiere los sentidos,
 deja los cuerpos flacos y abatidos.»

La Fontaine, en *La perdiz y el corvo*, lib. X, trata así el instinto madrugador del gallo:



EL GALLO Y LA GALLINA

La observación de las costumbres y actitudes de este animal, pone de manifiesto dos características fundamentales: la gallardía, con derivaciones a la bravura, y el sentimiento de familia, que la psicología experimental ha estudiado ampliamente.

Estos dos caracteres básicos han sido generalmente utilizados por los fabulistas, y esto nos prueba que han observado fielmente la vida natural de sus personajes.

Sin embargo, cuando les ha parecido conveniente para su trama, han atribuído al gallo candidez, astucia, prudencia, altanería, etc., y han loado su costumbre de madrugador, que ha dado tema a tantos relatos más o menos pintorescos.

Así, vemos en Iriarte, *El gallo, el cerdo y el cordero*, fáb. 53, la apología de la vigilancia y la costumbre madrugadora del gallo, en contraste con la vida de haragán del cerdo, en este monólogo del gallo:

«Para estar sano, para andar ligero,
es menester dormir muy parcamente.
El madrugar, en julio o en febrero,
con estrellas, es método prudente,
porque el sueño entorpece los sentidos
deja los cuerpos flacos y abatidos.»

La Fontaine, en *La perdrix et les coqs*, fáb. 7, lib. X, retrata así el instinto pendenciero del gallo:

«Parmi de certains coqs, incivils, peu galants,
toujours en noise et turbulents,
une perdrix étaiis nourrie.
Son sexe et l'hospitalité,
de la part des ces coqs, peuple a l'amour porté
lui faisaient esperer beaucoup d'honnêteté,
ils feraient les honneurs de la menagerie.
Ce peuple, cependant, fort souvent en furie,
pour la dame étrangere ayant peu de respect
lui donnait fort souvent d'horribles coups de bec.
D'abord, elle en fût affligée:
Mais, sitôt qu'elle eût vu cette troupe enragée
s'entre-battre elle même et se percer les flancs
elle se consola. Ce sont leurs moers, dit elle;
Ne les accusons point, plaignons plutôt ces gens».

El mismo La Fontaine, en *Les deux coqs*, fáb. 13, lib. VII, nos pinta el carácter combativo y sexual de estos machos.

Dos gallos vivían tranquilos y en dulce paz, hasta que llegó a su domicilio una gallina.

La lucha se desencadenó con toda fiereza, hasta quedar un vencido y un vencedor.

El vencido se fué a esconder su derrota en un oscuro rincón, en tanto que el vencedor voló sobre un árbol a cantar orgullosamente su triunfo... y un milano hizo presa de él.

Riera y Bertrán, en *Lo gall y el gallet*, fáb. 7, describe el espíritu altanero y pendenciero del gallo así:

Un gallo que acaba de alcanzar la suprema jerarquía por muerte del jefe, publica una proclama de buen gobierno en la cual dice entre otras cosas:

«Modereu les passions
i sigueu bons minyons».

Un joven pollo le recuerda su manera de comportarse cuando todavía no era el amo y señor:

«Perturbant tu el primer
la pau del galliner,
era la más funesta
ta vida deshonesta.
Contra l'autoritat
cridaves irritat
diguent que sols enfada
oprimeix i degrada».

«Y ahora que tú mandas, encuentras que no es prudente ni razonable aquello que pregonabas ayer...»

Florián, en *Le coq fanfarron*, representa así el carácter pendenciero y tartarinesco del gallo:

Un gallo valentón, un poco necio y sin grandes fuerzas, provoca a otro más joven, fuerte y decidido, y naturalmente, recibe una severa lección.

Mas no escarmienta y todavía presume.

Un gallo ya viejo intenta inculcarle un poco de prudencia y buen sentido, y el bravucón se insolenta.

Nueva querrela y queda casi sin plumas.

Pero firme en su postura, no se queja, y todavía tiene el temple de exclamar, refiriéndose a su último adversario:

«He aquí un viejo castizo, que debió ser de mucho cuidado en su juventud.»

Jaume Collell, en *Lo gall*, fáb. 5, retrata así la prestancia del gallo:

«Mireus-el qu'estufat. Com s'hi rumbeja
dintre 'l gälliner l'engreit gall!
Amb quina autoritat ell se paseja
corral amunt, corral avall!»

J. P. B., en su fábula *Le paon et le coq*, justifica así la altanería del gallo: Dice la gallina al pavo:

—Fíjate con qué orgullo y fiereza camina el gallo.

—No obstante, los hombres no dicen: orgulloso como el gallo, sino orgulloso como un pavo real.

—Es que el hombre comprende la actitud bien fundamentada. Si el gallo es orgulloso, lo es de su vigilancia y de su vigor. En tanto que tú, ¿de qué lo eres?... ¡Del color de tus plumas!

Fernández Baeza, en su fábula *El pollo y las gallinas*, mientras retrata el espíritu de caudillo del gallo ironiza un poco sobre su pretendida cualidad de patriarca.

Un pollo con pretensiones de gallo, arenga a las gallinas que hará su felicidad y dedicará todo el día a buscar comida y estará atento a su vigilancia.

«La sombra del milano apenas vea,
corriendo a protegeros denodado,
rudo combate sostendré esforzado
aunque infeliz sucumba en la pelea.»

Las gallinas ya están dispuestas a darle el voto, cuando una vieja gallina experimentada les dice que siempre que un pollo se proclama gallo «proclama lindísimas ofertas», pero ella no hace ningún caso de los nuevos programas:

«Los gallos que hasta ahora he conocido,
cuantos más beneficios prometían,
en llegando a mandar, menos hacían.
No deis estas lecciones al olvido.»

En cambio, Govantes, en *El perro y el gallo*, fáb. 81, se expresa así:

Un gallo cuidadoso se paseaba
cercado de sus gordas concubinas
(ya se ve que eran éstas sus gallinas),
dejándolas comer lo que él buscaba.

Él, galante, obsequioso,
se conocía estaba muy gustoso
en ver cómo a porfía
su ganadillo todo lo comía.

Un perro le miraba, y admirado
de ver que no probaba ni bocado,
le dice: «Yo contemplo, que es el viento
tan sólo, Papamoscas, tu alimento.»

El tieso gallo, viéndose insultado,
contestó de contado:
«Señor glotón, mi gusto es solamente
que aquellos que me están encomendados
gocen de mis favores dulcemente.
Con esto me mantengo, camarada;
y a usted, que lo haga o no, le importa nada.»

Joliveau de Segrais, en *La gallina y el filósofo*, también pone de manifiesto el exaltado celo maternal de la gallina, atenta siempre a proteger a sus polluelos.

La clueca se apresta a esconder a sus hijos cuando el filósofo no advierte peligro alguno.

Pero el ojo, más fino de la gallina, había divisado en el horizonte el punto negro de un milano.

Esopo, en *De la raposa, del gallo y de los perros*, fáb. 8, lib. III, narra así la astuta prudencia del gallo:

Una zorra sorprende a unas gallinas y a un gallo, y el pequeño rebaño se refugia en las ramas de un árbol para librarse de su enemigo.

La zorra, con su astucia habitual, las saluda con mucha amabilidad y les dice que viene a comunicarles que se ha firmado una paz entre todos los animales, y que por lo mismo no deben tener miedo alguno y las invita a bajar del árbol para celebrar tan grato acontecimiento.

El gallo le agradece tan buenas noticias, pero mientras hablaba hacía como si mirase intrigado a lo lejos, y estiraba mucho el cuello, hasta que preocupada la zorra le pregunta: «¿Qué miras con tanto interés?»

El gallo, muy serio, le responde que ve dos perros que vienen corriendo y con la boca abierta, seguramente a comunicarnos la feliz nueva de la paz.

La zorra, al oír esto, se despide rápidamente.

«¿Por qué te vas, si se ha decretado la paz?», le dice el gallo.

«Es que temo que acaso los perros no estén todavía enterados». Y se va sin más argumentos.

Esta misma fábula se encuentra en la colección de La Fontaine, fáb. 15, libro II, *Le coq et le Renard*, como asimismo en Samaniego, *El gallo y el zorro* fábula 14, lib. IV.

Esopo, en *La raposa y el gallo*, fáb. 3, *Extravagantes*, nos cuenta lo que sigue:

La zorra, con su habitual astucia, elogia el canto de un gallo, explotando su vanidad, y le dice que acaso tiene mejor voz que su padre, a quien en tiempos conoció.

El gallo, tocado en su vanidad, cierra los ojos y se pone a cantar... y la zorra aprovecha la ocasión para alcanzarle.

Mientras se lo lleva, unos vecinos que la ven con la presa entre los dientes, la persiguen y la acusan de ladrona.

Entonces el gallo juega también a la astucia, y le dice a la zorra: «¿Oyes cómo te acusan éstos mentirosos? Diles que yo soy de tu propiedad, y que no soy de ellos.»

La zorra cae en la trampa, suelta al gallo y se dispone a defenderse. El gallo vuela a un árbol y desde allí se ríe y acusa a su enemigo.

Crespo, en *El pollo y el raposo*, fáb. 72, utiliza el mismo motivo.

Ibáñez, en *El perro y el gallo*, fáb. 24, atribuye al gallo astucia y prudencia en esta narración:

Un perro y un gallo van de camino tranquilamente, y al llegar la noche deciden descansar en un viejo y carcomido árbol. El perro se queda en una hoquedad del tronco y el gallo vuela a una rama.

La zorra, que oye cantar al gallo, se va presto hacia su codiciada presa, y con razonamientos hipócritas intenta hacer bajar al gallo.

Éste, con fino humorismo, le dice que para hacerlo necesita del permiso del portero que duerme en el tronco, y que con mucho gusto le complacerá si consigue su asentimiento.

La zorra, incauta, se va para despertar al portero, y se encuentra con un mastín que le hace conocer la fuerza de sus dientes.

Ibáñez, en *El gallo, el león y el raposo*, fáb. 20, lib. III, retrata así la vanidad del gallo:

Un gallo, presuntuoso porque ha visto huir a un león mientras cantaba, se ensoberbece y cree que ya todos los animales se asustarán con su canto.

Pero una zorra ladina hace como si siguiera el compás, y al terminar se da un gran festín de pollo.

Ollero, en *El gallo, la gallina y la perdiz*, fáb. 20, lib. II, refiere el carácter comodón y poco amigo de utilizar las alas, de una gallina que había sido incubada y amorosamente criada por una perdiz.

Ésta se esforzaba en adiestrarla en el vuelo, y la gallina se empeñaba en hacer el mínimo esfuerzo. Opinaba que no tenía necesidad de tanto trabajo para buscarse su alimento, ya que siempre lo encontraba a su disposición en el gallinero.

Florián, en *Le jeune poule et le vieux renard*, nos cuenta así la inocencia y falta de astucia de la gallina.

Una polla inexperta es encontrada, al atardecer, un poco lejos del gallinero por una zorra vieja y ladina.

La zorra se acerca melosa, y fingiendo buenos sentimientos se ofrece a acompañarla hasta su domicilio, ya que la noche y la soledad del campo invitan a prestarle su solícita compañía.

La polla, incauta, parece satisfecha de tan fino cumplido y al llegar a sus dominios se introduce la zorra en el gallinero, produciéndose una épica carnicería.



EL ELEFANTE, EL MULO Y EL CAMELLO

Hemos agotado ya los animales escogidos por los fabulistas clásicos, o por lo menos aquellos que han sido utilizados con cierta profusión.

Con respecto al elefante, sólo a partir de La Fontaine se encuentran fábulas en su honor o en su descrédito. Bien es verdad que la mayoría que hemos podido recoger atribuyen a este animal un carácter pacífico, inteligente y sensible al dolor del prójimo.

Desde luego, la psicología que generalmente le atribuye el fabulista concuerda con las observaciones que han publicado los hombres de ciencia dedicados a estos estudios de psicología animal.

Govantes, que es el fabulista que más ampliamente ha utilizado este personaje, en *La academia de los animales*, fáb. 63, nos cuenta lo que sigue:

En la sabia academia de animales
se propuso un problema difícil,
que hizo sudar el kilo a los más sabios.
Cuál era el animal más virtuoso
fué el problema, y cuál era el más maligno.

Para encontrar el primero, no hubo grandes discusiones. El acuerdo unánime recayó en el elefante, pero se aplazó concederle el premio hasta decidir quién sería el segundo.

La zorra, que temía ser *agraciada*, se levanta y sostiene que es el hombre el ser más malo.

La academia estaba ya medio convencida, cuando el elefante impone silencio, y

«Oíd, dice, un momento; vais errados.
No es, repito, no, el elefante
el animal mejor, ni el peor el hombre.
El hombre es el mejor y peor a un tiempo;
es el mejor cuando oye, sigue y ama
a la razón, más si a ella no da oído,
es un ser execrable, envilecido.»

La academia aprueba estas palabras, y sin discutir más proclama vencedor al elefante.

Govantes, en *El león y el elefante ayo*, fáb. 62, compone una magnífica glosa, que parece inspirada en el Telémaco.

Deseando el león dar a su hijo una esmerada educación, para que pueda ser en el día de mañana un perfecto soberano, le pone bajo la custodia del elefante.

Y éste, convertido en mentor del cachorro, visita detalladamente todo el imperio, dándole en cada circunstancia la oportuna lección, hasta convertirlo en un futuro gobernante justo, inteligente y comprensivo.

Y es fama que el joven
de sus buenos vasallos
fué después las delicias,
cuando el tiempo volando
lo elevó sobre el trono
de sus antepasados.

Govantes, en *El elefante gobernador del reino*, fáb. 60, narra lo siguiente:
El león, soberano de los reinos, muere dejando los hijos todavía de menor edad. Es preciso nombrar un regente, si no se quiere sumir el imperio en la anarquía.

Se reúnen los súbditos en asamblea, y ya estaban casi a punto de elegir al leopardo por su fuerza y valentía, cuando un perro perdiguero de fina nariz propone al elefante, porque

reúne el elefante valentía,
fuerza, docilidad, sabiduría
y prudencia, que es el alma del acierto.

Rumores de aprobación y apología del elefante hechos por el topo, hacen triunfar esta candidatura.

Durante una larga temporada existió paz y justicia entre los animales. Govantes, en *El león y el elefante consejero*, fáb. 51, describe el sentimiento de justicia de este animal.

Su majestad el león estaba indignado, con sobrada razón, de los desmanes de un tigre que no hacía caso de sus órdenes y se había insolentado de una manera alarmante. No se podía con él.

Con estas preocupaciones, pide consejo al elefante, y éste, demostrando como siempre su buen juicio, le dice:

«Lo sé, señor, contesta el elefante,
mas conozco también con mucha pena
que si los vicios pasan adelante
ya nadie los refrena,
pues se vuelven costumbres, que no es dado
poder arrancar ya de tal malvado.
Así, señor, aunque el remedio es fuerte,
en mi opinión no hay otro que la muerte.»

Continuamos con Govantes, en *El león y el elefante*, fáb. 45.

Preguntaba el león al elefante
de qué manera haría floreciente
y de todo abundante
su imperio decadente.
Y aquél le contestó: «Tanta indigencia
cesará cuando cese la opulencia.
No permitas que nadie viva ocioso;
Premia al más laborioso,
y tornarse verás a la pobreza
en general riqueza.»

Todavía Govantes, en *La serpiente y el elefante*, fáb. 34, nos da más ejemplos de la discreción de este proboscideo.

Los animales se reúnen en asamblea con el fin de tomar determinaciones ante la implacable persecución de que son víctimas.

Toma la palabra la serpiente, y con oratoria envenenada preconiza la unión de los animales para enfrentarse con el hombre y exterminarlo. Todos aplauden frenéticamente, menos el elefante, que con calma les dice:

«Señores, nada al hombre
importan nuestras fuerzas;
en esto no nos vence,
él mismo lo confiesa;
pero tiene otras armas.»

Sí, tiene la cabeza
llena de entendimiento,
de discurso, de ciencia,
que es lo que le hace dueño
de la naturaleza.

Pidamos a los dioses
que nos den las potencias
del alma, como al hombre.

Vanas de otra manera
son contra él nuestras armas
y vanas nuestras fuerzas.»

Así habló con serenidad y modestia el *sesudo* elefante.

Govantes, en *El león con su corte y el elefante*, fáb. 8, todavía se refiere a la austeridad y buenos sentimientos de este animal.

Su majestad el león organiza una gran fiesta, con su correspondiente cacería. Y allá, en la selva, encuentra a un tranquilo elefante. El león y su corte se le acercan, y el león le pregunta qué hace allí tan retirado y solitario.

«Yo, señor, le contesta
el Sócrates del campo,
me considero inútil
entre los cortesanos;
ellos para sus planes
no hallan algún reparo,
y a su placer inmolan
los buenos y los malos:
Mis costumbres son otras,
Yo jamás hago daño
a los tristes vivientes
antes por el contrario,
me dan pena los males
de que están rodeados.»

Ollero, en *El elefante y el venado*, fáb. 16, lib. III, pinta así la grave inteligencia del animalito:

Un ciervo ligero e indiscreto, pregunta a un elefante cómo es posible que no intente libertarse de su esclavitud junto al hombre, disponiendo de tanta fuerza y de no menos inteligencia.

Entre otras cosas atinadas y de buen juicio, le responde el elefante:

«Es la voz del deber, que nos obliga
a hacer aquello que es preciso y justo,
y en consecuencia a padecer con gusto
trabajo, privaciones y fatiga.»

Crespo, en *Júpiter, el ruiseñor y el elefante*, fáb. 2, describe de esta manera los sentimientos caritativos del elefante:

No lejos se veía
mostrar su gratitud el elefante
postrado en actitud muy insinuante.
A breve rato escúchase el lamento
de otro animal enfermo, vacilante,
sobre el césped tendido,
sin otro valor que su gemido.
En tanto, pues, que la avecilla canta
y de hoja en hoja vuela,
el piadoso elefante se levanta,
acércase al enfermo, le consuela,
le hace un lecho de flores, y al momento
se va, vuelve y le da grato alimento.

Y por último, La Fontaine, glosando un tema de Esopo en *L' elephant et le singe de Júpiter*, fáb. 21, lib. XII, rompe la unanimidad de los elegidos con atribuir al elefante una cierta vanidad.

Por razones de autoridad y de jurisdicción, estaban en pleito un rinoceronte y un elefante. Iban a dirimir sus querellas en duelo feroz, cuando se presenta el mono de Júpiter con su caduceo.

El elefante, pensando que era un emisario que el dios enviaba para presenciar la lucha, le pregunta por el interés que pudo despertar en el Olimpo su pleito.

Y cuál no sería su desencanto, al notificarle el mono que allá no tenían conocimiento de sus querellas, y que los dioses tanto se interesaban por el elefante como por las simples hormigas.

LA MULA

Estos híbridos frugales, resistentes y nobles, gozan de gran estima entre los hombres de ciencia que se han dedicado a las observaciones de psicología.

El mulo es considerado de inteligencia más serena que el caballo. Sus nervios son menos salvajes, son más fácilmente dominables por el buen criterio.

Se supone que los factores emotivos actúan en este animal con menos intensidad que en el caballo, y por esta razón mantienen más corrientemente su ecuanimidad.

Los fabulistas no andan muy lejos de este criterio.

Esopo, en *Del mulo, de la raposa y el lobo*, *Extravagantes*, fáb. 1, les supone aguda inteligencia, en una narración muy parecida a la que utilizó para el caballo.

Una mula que pastaba tranquilamente es importunada por una zorra, teniendo lugar este interesante diálogo:

—¿Quién eres tú?

—Soy bestia.

—No te pregunto esto, sino que quién fué tu padre.

—El caballo fué mi abuelo.

—No es esto exactamente lo que pregunto; pero dime cómo te llamas.

—Ciertamente no sé mi nombre, pues mi padre murió cuando yo era pequeña, creo que dejó escrito mi nombre en mi pata. Si quieres puedes leerlo.

La zorra, astuta y suspicaz, no se atrevió a continuar adelante sus averiguaciones, y fué en busca del lobo, para que probara fortuna, tentándole con la deliciosa carne en perspectiva.

El lobo, más incauto, repite el diálogo, y cuando intenta leer en el pie de la mula, recibe una coz que le deja medio muerto.

Esopo, en *De la mosca y el mulo*, fáb. 16, lib. II, describe así otro rasgo inteligente de este animal:

Una mosca que viajaba entre las maderas de un carro, quería excitar a la mula, amenazándola con sus picaduras, a lo que respondió la concienzuda bestia:

«No alardees de tu insignificancia, ni te preocupes por mí, que yo no hago caso de ti, sino del carretero que tiene la fusta en sus manos y dispone de los frenos.»

José Estremera, en *El mulo descontento*, hace razonar así a un mulo:

Así un mulo a un labrador
le dijo una vez: —«Amigo,
te portas tan mal conmigo
que no puede ser peor.

Ando siempre por ahí
con el carro o la tartana,
y cuando te viene en gana
sueles cabalgar en mí.

Yo, cabizbajo y mohino,
llevo a la era la mies
y yo la trillo después,
y yo la llevo al molino.

Y siendo yo el que lo gano,
pues soy el que más trabaja,
a mí me dejas la paja
y tú te comes el grano.»

La Fontaine, en *Le mulet se vantant de sa genealogie*, fáb. 7, lib. VI, juega elegantemente con la condición de híbrido de este animal.

«Le mulet d'un prélat se pignoit de noblesse,
et ne parlait incessamment
que de sa mère la jument,
dont il contoit mainte prouesse.
Elle avait fait ceci, puis avait été la.
Son fils prétendoit pour cela,
qu'on le dut mettre dans l'Histoire.
Il eût cru s'abaisser servant un médecin.
Etant devenu vieux, on le mit au moulin;
son père l'âne alors lui revint en memoire.»

Ibáñez, en *El mulo linajudo*, fáb. 22, traduce esta misma fábula.

EL CAMELLO

Ángel Hortal, que ha publicado un excelente trabajo sobre este animal, le define como de temperamento irritable, de natural terco y receloso. De él nada se puede obtener por medios violentos, resultando a veces peligroso su manejo.

Durante el celo su agresividad se exalta, llegando a matar a los imprudentes que se le acercan.

He aquí cómo le pintan los fabulistas:

Ibáñez, en *El camello*, fáb. 47, contrasta la fealdad y extraña apariencia que le asemeja a una fiera, con su mansedumbre.

Los hombres al verle por primera vez se asustaron, pero luego de acostumbrarse a mirarlo, se acercan a él, le hallan manso, bueno y pacífico, y «le condenan a carga perdurable.»

Ollero, en *El faisán y el camello*, fáb. 55, lib. I, dice:

Un faisán amarillo
dijo a un camello:
«En verdad que tú tienes
poco de bello.»
Y aquél, humilde,
«faltas del cielo, dijo,
no tienen tilde.»

Florián, en *Le rhinocéros et le dromedaire*, retrata así su mansedumbre:

Un rinoceronte se quejaba de ser perseguido por el hombre y no comprendía por qué no era tratado como el dromedario.

Je sais bien que sur vôtre dos
vous portez ses enfants, sa femme, ses fardeaux;
Que vous êtes léger, doux, sobre, infatigable.

—Sin embargo, yo también puedo serle útil, y a pesar de ello se me persigue.

—¿Quieres saber el secreto?—le dijo el dromedario—. Helo aquí: Nosotros sabemos doblar las rodillas.

Príncipe, en *El camello y el dromedario*, fáb. 114, ya nos pinta el carácter pendenciero de estos animales.

Es la querrela entre los dos por el orgullo de su joroba.

Se paseaba un camello con gran prosopopeya, cuando en el cenit de su vanidad, exclama:

«¡Ay! ¡mi gozo en un pozo!
Y era que un dromedario maldecido,
que en vez de una corcova, dos tenía,
hacia aquel sitio venía
donde él la suya paseaba erguido;
y es claro, en conciencia
no le era fácil desde aquel momento
su jiba levantar con lucimiento,
ni entrar con su rival en competencia.
El dromedario, conociendo aquello
levantó doble que él su lomo y cuello,
con tal aire, con tal altivo tono,
que no pudiendo reprimir su encono,
¡Oiga!, exclama el camello:
Podrá ser como indica su arrogancia,
que tenga enhorabuena
espalda de mejor protuberancia;
mas, ni espanto me da, ni me da pena,
pues tengo aliento para armar un cisco
cuando el empeño obliga,
o si no, que lo diga
esta cox que le doy y este mordisco.

Y arman una pelea feroz de la cual les separa el león, atraído por el barullo que levantaban.

Esopo, en *Del camello y del dios Júpiter*, fáb. 7, *De Aviano*, describe la es-

tulticia del camello que, insatisfecho de su fea estampa y de sus posibilidades de defensa y de agresión, solicita de Júpiter una modificación de la Naturaleza.

Éste se molesta de la petición y le responde que cada uno es hecho según sus necesidades y conveniencias, y que es una irreverencia demandar rectificaciones.

En castigo a su estúpida insolencia le corta todavía más sus exiguas orejas.

—Sin embargo, yo también puedo ser útil, y a pesar de ello se me
petisque.
—¡Quieras saber el secreto?—le dijo el dios.
Otros sabemos doblar las rodillas.
Principio, en el camello y el dios.
pendencioso de estas animales.
Es la que ella tiene los dos por el orgullo de su joroba.
Se pasaba un camello con gran prosopopeya, cuando en el cenit de su
vanidad, exclamó:

EL CAMELLO

¡Ay! mi gozo en un peso
Y era que un dios me había
que en vez de una oreja, dos tenía,
hacia aquel otro viento
doble el la que pasaba estúpido;
y es claro, en conciencia
no la que le da aquel momento
su joroba levanta con lucimiento,
ni entrar con su rival en competencia.
El dios me dio, como a los demás,
levanto doble que el de la joroba y el de la oreja,
con tal que, con tal alivio tomo,
que no pudiera resistir su peso.
¡Ojalá, exclamó el camello,
Poder ser como indio en su orgullo,
que tenga embudo
espaldas de mejor proporción
mas, ni espanto me da, ni me da pena,
pues tengo aliento para entrar en disco
cuando el campo ablanda
o si no, que la diga
esta cox que le doy y este morisco.

Y amara una peca feroz de la cual los sepa el León, ausido por el barullo
que levantan.
Éste, en el camello y del dios Júpiter, fáb. y de la oreja, describe la es-



EL TORO Y EL CERDO

En nuestro país, de una manera especial, la bravura del toro ha sido objeto de múltiples discusiones, panegíricos y comentarios un tanto escépticos. El padre Laburu y Sanz Egaña preferentemente, han salido al palenque de nuestra ágora con puntos de vista casi antagónicos. Mas, toda la literatura sobre la cuestión no esclarece en lo más mínimo la auténtica psicología de este rumiante, cuya altivez y bravura sólo sirven para un espectáculo policromado y de tradición española.

El toro agresivo y realmente peligroso, es sólo una excepción en la especie bobina, y esto explica que los fabulistas únicamente se ocupan de esta característica considerándola como una anomalía de la grey pacífica y perfectamente domesticada.

Tan sólo los fabulistas españoles, y es natural, toman el toro en su aspecto combativo.

Veamos las pocas fábulas que a esta especie se refieren.

Govantes, en *El toro y el lobo*, fáb. 38, narra así la prestancia del toro.

Un lobo, fuerte, valiente y experimentado, acomete a un toro dotado de astucia y de prudencia.

El toro cautamente se refugia en el ángulo de unas tapias y allí espera la acometida de su enemigo.

Éste agota todas sus artes de guerrero experimentado y todas las estratagemas del combatiente que conoce la táctica a la perfección, pero,

«el toro siempre sólo le presenta
sin moverse un ápice a otro lado,
su aguda y reluciente cornamenta,
el asalto esperando sosegado,
sabiendo que el valor, si no es prudente,
no es valor, es arrojo de un demente.
De este modo indirecto fué vencido
el lobo. Y tocando a retirada,
al toro dejó el campo combatido;
quien volviéndose alegre a la vacada,
a todos hizo ver con la victoria
que la prudencia es madre de la gloria.

Príncipe, en *El caracol, el toro y el ciervo*, nos describe la reacción altanera de un toro.

Un caracol pretendía equipararse al toro y al ciervo, por el solo hecho de que todos tenían un carácter común: las astas.

El toro protesta airado y exaltando su soberbia, a las ilusiones del caracol.

En tanto el ciervo, más comedido, les pone en paz con la inteligente reflexión de que las cosas externas no igualan ni son fuerza de razón para el más fuerte. Lo que cuenta es el mérito de cada uno.

Esopo, en *Del labrador y del toro*, fáb. 20, *De Aviano*, cuenta lo siguiente:

Un labrador tenía un toro bravo y salvaje, y del cual no conseguía provecho alguno.

Ante el fracaso de su doma y cansado de su rebeldía, decide enviarle al matadero.

Ollero, en *El labrador y el novillo*, fáb. 48, lib. III, utiliza el mismo tema, complicando un poco más las anécdotas, y destinando al salvaje a morir en el espectáculo de nuestros circos.

Ollero, en *El toro y el cabestro*, fáb. 26, lib. III, retrata la incauta buena fe del toro, que presumiendo de valentía, se deja convencer por los mansos que servilmente le llevan al corral para luego ser expedido a las plazas, donde será sacrificado.

Ibáñez, en *El león y la vaca*, fáb. 9, lib. III, también se refiere a la ingenua buena fe de este animal.

Una vaca se presenta al león para formular sus quejas contra el lobo que devoró su ternero mientras ella dormía.

En vez de hallar en el rey de la selva el árbitro de la justicia, le atiende con este cinismo.

—¿Pero tú dormías? ¿Y no te despertaste?

¡Valiente defensa encuentra en el rey!

Ollero, en *La carreta y el buey*, fáb. 49, lib. III, representa un diálogo entre la carreta y el buey que la arrastra:

«¿Por qué un rodar tan continuo
y con tan poco descanso?
Ved señor buey que no paro.
Pero el buey grave al oírlo,
calla, le dijo indignado.
Perezosa, remolona,
si tú ves lo que me afano
y como el yugo me rindo,
puja que puja y pujando
de tu peso todo el día,
y no obstante me callo,
es porque de esta manera
mis deberes satisfago.»

EL CERDO

No tengo noticias de que se hayan realizado muchos estudios con relación a la psiquis de este magnífico animal, especialista en la síntesis del jamón.

En todo caso una tradición popular le ha atribuído la suciedad permanente, y por esta razón que peca de injusta, todos los calificativos que aplicamos al cerdo son sinónimos de falta de aseo material o espiritual: puerco, cochino, marrano, son epítetos de bien poca elegancia.

A pesar de este concepto peyorativo, el cerdo es animal que fácilmente acepta las atenciones y se amansa con notoria sencillez.

Es animal que siente el afecto de camarada y rechaza con inusitada violencia a los extraños, desplegando en ciertas circunstancias una verdadera ferocidad.

Los fabulistas, como vamos a ver, le han atribuído suspicacia, prudencia, indolencia... y, sobre todo, suciedad.

Esopo, en *De la puerca y del lobo*, fáb. 4, lib. II, narra lo siguiente:

Una cerda está buscando un lugar adecuado para parir y se encuentra con un lobo que se ofrece a hacerla compañía.

La cerda, con muy buenos modales, renuncia a la atención, y le ruega en nombre del pudor y de la vergüenza que se vaya lo más lejos posible.

Con esta actitud cree salvar a sus pequeños de la voracidad del lobo.

Ibáñez, en *El lobo y la marrana*, fáb. 53, toma este motivo, pero es más expeditivo en la respuesta de la cerda ante la oferta del lobo:

«Señor lobo, si usted servirme quiere
quíteseme al momento de delante,
y apárteseme de mí muy largo trecho.
Porque cuanto más lejos estuviere
han de hacer sus servicios más provecho.»

La Fontaine, en *Le cochon, la chèvre et le mouton*, fáb. 12, lib. VIII, escribe un diálogo sutil entre un cerdo y el carretero que le lleva al mercado.

La cabra y el carnero iban de camino silenciosos y aparentemente tranquilos, en tanto que el cerdo vociferaba con desesperación.

El carretero le reprende y le dice que tome ejemplo de sus compañeros.

El cerdo le objeta así: —Es que son unos infelices. Imaginan que los llevan de paseo. Es posible que sólo les libren de la lana y de la leche, cosa que pongo en duda. Pero de mí, como sé que sólo soy aprovechable por mi carne, estoy seguro que me llevan a matar.

Este mismo asunto se encuentra en Lokman, fáb. 19.

Esta misma fábula ha sido puesta en castellano por Samaniego, en *El cerdo, el carnero y la cabra*, fáb. 9, lib. VI.

J. M. Bruyset, en *Le cochon*, razona así:

Cuando los hombres determinaron aprovechar los animales para su beneficio, la mayor parte se conformaron de buen grado.

Pero del cerdo no conseguían nada. Era un holgazán que no hacía más que comer y dormir.

¡Ah, sí!, ¿tú no quieres más que comer? Pues a engordar. Y le dieron comida a su satisfacción.

Él se creía el más feliz de los animales, hasta que le llegó la hora de pagar su indolencia con su propia vida.

Ollero, en *El cochino y los bueyes*, fáb. 26, lib. II, describe así la egoísta pereza del cerdo.

Unos bueyes y un cerdo que vivían juntos, sintieron la necesidad de apagar su sed y determinaron que lo prudente sería que uno de ellos fuese a buscar agua.

Después de muchas discusiones se convino que éste fuera el cerdo, el cual a regañadientes se fué hacia un arroyo, donde después de saciarse de agua, se quedó dormido allí mismo, sin preocuparse de sus compañeros.

Ollero, en *El cerdo y el jabalí*, fáb. 15, lib. III, describe así la indolencia de un cerdo cebado que vive satisfecho en su corral.

Un buen día va a visitarle un jabalí, y le insta, al verle tan confiado, a que huya con él hacia el campo, haciéndole ver los peligros de su existencia diciéndole:

—¿Tú no ves que está el cuchillo muy próximo a herir tu cuello?

Ya lo ve así también el cerdo mimado, pero la pereza y la fatiga que supone la evasión, le hacen dejar para el día siguiente la escapada.

Y este mañana se hace crónico... hasta que llega su hora fatal.

Govantes, en *El cerdo y el jabalí*, fáb. 39, utiliza el mismo motivo, pero a la inversa.

Un cerdo bien cebado, reluciente y satisfecho, aspira a que un jabalí abandone los riesgos de su vida aventurera, pintándole las delicias de su existencia plácida y cómoda.

«Todo lo creo yo, le dice muy atento
el montañés, mas ¡ay! no bien andado
un año, ¿qué sucede? Un fin sangriento
tu misma ama te tiene preparado.
Los cariños que te hace, no, no es cuento,
a sí misma se los hace; tu engordado
el cuchillo terrible, carnicero,
te dirige a que engrases su puchero.»

Esopo, en *Del berraco, cordero y del lobo*, fáb. 2, *De Extravagantes*, relata las hazañas de un cerdo fanfarrón.

Un berraco que vivía en manada, indignado e hinchado de soberbia porque no era el principal que mandase a todos, andaba alrededor de la campiña haciendo bravezas, gruñendo, basqueando y aguzando los colmillos, pensando que espantaba a los otros.

Como viese que no se espantaban y no hacían caso de él, resolvió partir y buscar aventuras donde le obedecieran.

Encontró un rebaño de corderos, que de pronto espantó con sus gruñidos. Éste es mi sitio, se dijo. Y se quedó allí de déspota.

Hasta que un buen día llegó un lobo. Las ovejas se pusieron a salvo, gracias a la ligereza de sus piernas, y el cerdo vanidoso y soberbio fué la víctima de los instintos del lobo.

Príncipe, en *El mono y el cerdo*, fáb. 72, describe así la grosería del cerdo:

«Jugando con un cerdo cierto mono
pidióle un beso con festivo tono,
y el marrano, travieso,
le dejó sin nariz al darle el beso.»

Príncipe, en *El lavatorio del cerdo*, fáb. 2, escribe lo siguiente:

«En agua de colonia
bañaba a su marrano doña Antonia
con empeño ya tal, que daba en terco,
pero a pesar de afán tan obstinado,
no consiguió jamás verle aseado,
y el marrano en cuestión fué siempre puerco».

Ollero, en *El cerdo y el armiño*, fáb. 47, lib. II, insiste también en la suciedad de este animal.

«Un cerdo se acostumbró
a sacudir con malicia
sobre otros su inmundicia
y al blanco armiño ensució.
Éste al punto se lavó,
y así diciéndole cuerdo:
—¿Qué ganas tú, ni qué pierdo,
gran sucio, con obra tal?
¿Si quedo armiño al final,
no quedas tú siempre cerdo?»



EL PAVO REAL, EL PAVO, EL PATO Y EL CONEJO

Nos queda para inventariar, un grupo de animales domésticos, con caracteres poco definidos y menos interesantes desde el punto de vista psicológico.

Excepto el pavo real, del que se encuentra una prolífica colección de fábulas, de los demás poco ha sido nuestro acopio.

El pavo real ha sido profusamente utilizado como personaje fabulístico, por su pretendida vanidad, vicio que los moralistas siempre han tenido empeño en ridiculizar.

Como se verá, toda la literatura que hemos encontrado gira en torno de este supuesto.

El Barón de Andilla, en *El pavo real y el gallo*, fáb. 12, escribe lo siguiente:

«Al desplegar, de plumas de colores,
su cola un pavo real, que ni de flores,
decía a las gallinas,
que en el corral tenía por vecinas:
—¿Hay quien al ver mi garbo no suspire?
¿Uno que no me envidie y no me admire?
—Tu gracia, dijo un gallo, amigo, es mucha
pero en abriendo el pico, ¿quién te escucha?»

Ollero, en *El pavo real*, fáb. 73, lib. I, a base del mismo tema se expresa así:

«El pavo real, que es bello,
de cuerpo y colores divinos,
si nos deja oír sus trinos,
no puede hacerlo más mal.
Admira el mundo su cola,
mas nada existe perfecto.
Todo tiene algún defecto
como este pavo real.»

Esopo, en *De la grulla y del pavón*, fáb. 12 de las *De Aviano*, describe la vanidad del pavo real, que presume la gran belleza de su plumaje ante una grulla.

Ésta reconoce su hermosura, pero le hace observar que sus plumas más vulgares y menos brillantes le permiten volar con mayor ligereza.

Ibáñez, en *El pavón*, fáb. 18, lib. IV, retrata así la vanidad del pavo real.

El pavo real va a quejarse a Juno de que nadie aprecia con justicia su hermosura y, por lo tanto, no la quiere y desea le sea privada.

Juno le responde que no es por su belleza en sí que le desprecian, sino por la excesiva ostentación que hace de la misma.

Esopo, en *De Juno, del pavón y del ruiseñor*, fáb. 4, lib. IV, nos describe lo siguiente:

El vanidoso pavo real, se quejaba a Juno de que tenía una voz antipática comparada a la del ruiseñor.

Juno le da una lección de conformidad, diciéndole que no todas las virtudes pueden acumularse en un ser único: Que él es el más hermoso y que el ruiseñor es pequeño y feo, pero canta deliciosamente.

Riera y Bertrán, en *Planys del pavo real*, utiliza el mismo motivo, escribiendo estos bellos versos en la demanda del vanidoso:

«missenyora:

¿Perqué no em varen dar la veu galana
del rossinyol, qu'el mon s'en enamora?
El meu cantar es lleig i fins fa riure.

Sense un cantar bell, apena el viure.»

Ibáñez, en *El pavón y la urraca*, fáb. 44, lib. I, describe así los méritos de la exclusiva vanidad:

El pueblo de las aves, desea coronar un rey y el pavo real pretende ser el elegido, puesto que es el más hermoso.

«Pero la urraca objeta:
¿Y si después el águila viniere,
tendrá fuerza o destreza
de poderse oponer a su fiereza,
y de ella defender tanto vasallo?
Si lo puede hacer al punto callo.»

Y la asamblea revocó su pretensión.

Eveli Doria, en *El pavo y la guineu*, nos cuenta el trágico fin de un pavo por culpa de su vanidad.

Un pavo real hallábase entre las ramas de una encina y una zorra, a fuerza de argumentos hipócritas, consigue de que extienda la maravilla de su cola.

Ésta toca en las ramas, hace perder el equilibrio del ave, y, por fin, cae al suelo.

Y la zorra se da un magnífico festín.

Ibáñez, en *El pavón y el gallo*, fáb. 17, lib. III, describe otro aspecto de la estulta vanidad, en este relato:

Un pavo real comentaba con desdén la altiva actitud de un gallo que cantaba después de haber vencido a su rival en la lucha instintiva del macho.

Siente un poco de envidia ante la arrogancia del gallo y dice no comprender cómo el hombre demuestra tantas preferencias por él. Una gallina que le escucha, le replica así:

«El hombre a la verdad no desatina,
el gallo tiene orgullo, mas repara
que esto es por su valor, es otra cosa;
pero la propiedad de aquella gente,
que al modo del pavón tan solamente
de sus plumas se precia,
es ciertamente vanidad muy necia.»

Lessing, en *El ruiseñor y el pavo real*, fáb. 9, retrata la sensata comprensión de estas aves.

Un ruiseñor, aficionado a la sociedad, halló entre los músicos del bosque, sus compañeros, émulos en abundancia, pero amigo ninguno.

Quizás le halle, dijo, entre aves de otra familia; y abatió el vuelo a buscar francamente a un pavo real.

—Hermoso pavo, yo te admiro.

—También yo a ti, dulce ruiseñor.

—Pues seamos amigos, añadió éste; nosotros no hemos de tenernos envidia; tú eres tan agradable a los ojos como yo al oído.

Ruiseñor y pavo real quedaron amigos.

EL PAVO

Ibáñez, en *El pavo y la cotorra*, fáb. 22, lib. II, describe la insolencia del pavo que se ufana de lo bien que le tratan, remarcando el contraste con los tiempos que le tenían más afinado que un sable.

«¿Por tu bien te parece
que tanto te regalan?
Dentro de pocos días
verás lo que te pasa.
Desde ahora te tienen
destinado a la panza.»

EL PATO

Príncipe, en *El ciervo y el pato*, fáb. 83, narra lo siguiente:

Un toro insultaba a un pato, que paciente no decía esta boca es mía.

Un ciervo que contemplaba el espectáculo, se indignó y a su tiempo lanzó improperios contra el toro. Éste se enfurece y quiso atacarlo. El ciervo, ágil, se alejó de su alcance.

Y el pato comentó:

«con tu planta activa
yo hiciera lo que hiciste,
pero en mi inercia triste
¿qué es lo que puedo hacer?
Tragar saliva.»

Fedro, en *El pato y la serpiente*, fáb. 13, lib. IV, pinta así la presunción del pato.

«A orillas de un estanque
diciendo estaba un pato:
¿A qué animal dió el cielo
los dones que me ha dado?
Soy del agua, tierra y aire:
Cuándo de andar me canso,
si se me antoja vuelo,
si se me antoja nado.»

Lessing, en *El ganso*, fáb. 14, describe así la ridícula vanidad de este animal:

«Afrentaban la nieve recién caída las plumas de un ganso, el cual, orgulloso con aquel brillante don de la naturaleza, creyó haber nacido más para cisne que para lo que era. Apartábase de sus compañeros, y nadaba solo y con majestad, rodeando el estanque. Ya estiraba el cuello, cuya pícara corteidad quería remediar a cualquier costa. Ya se afanaba en darle la gallarda curva que presta al cisne más digna figura de ave de Apolo. Pero en vano: El cuello seguía tieso que tieso, y todos los esfuerzos del ave tonta no pudieron hacerle cisne, sino ganso ridículo.

EL CONEJO

C. L. Mollevant, en *El león y el conejo*, describe así la prudencia y desconfianza del lepórico:

«El león, rey poderoso,
en su lecho inapetente,
a su almuerzo inútilmente,
invitó a un conejo hermoso.
¡Necio!, exclamó aquél airado,
¿por qué excusas este honor?
—Dispéñeme, gran señor;
temo yo ser el almorzado.»

Crespo, en *El conejo arquitecto*, fáb. 67, narra la prudencia de unos conejos de bosque que no se dejan convencer por la apología que les hace un conejo casero, de las habitaciones que ha visto en la casa donde vivió, propiedad de un maestro de obras.

Los conejos salvajes opinan que son mejores sus madrigueras, ya que en ellas el perro no puede introducirse y perturbar su tranquilidad.

La Fontaine, en *Les lapins*, fáb. 14, lib. X, y Samaniego, en *El cazador y el conejo*, fáb. 8, lib. III, describen la exigua prudencia de los conejos de bosque que no saben escarmentar, después de ver los peligros que para ellos representan los cazadores.

Oyen ruidos sospechosos, huyen, se esconden, pero vuelven a salir inconscientes del daño que les espera.

¡El hambre no admite plazos!



COLOFÓN HEROICO

Que nadie se asuste por este título rimbombante.

La valentía sólo reside en el autor. Después de leer millares de fábulas sentí el contagio de versificar una fábula que hace mucho tiempo vagaba desorientada por mi imaginación.

Es además un tributo de justicia hacia un animalito simpático y paciente que pulula por millares en los laboratorios de investigaciones biológicas. El ratón blanco.

Como he visto morir infinidad de ellos por mi culpa, me hería constantemente el imperativo de dedicarles unos versos en su loor.

Por otra parte, bien caben en la clasificación que hemos aceptado de animales domésticos. No les falta el más pequeño atributo.

Por todas estas razones, he tenido la osadía de estampar mis pobres versos, que dejo a la gentil amabilidad del lector aplicarles la sanción.

EL RATOLI BLANC I EL RATOLI CENDROS

Fou l'atzar o la flaira de minestra?
Ben bé no s'ha pogut pas escatir.
Pero si, va saltar per la finestra
un ratoli de color de cendra fi.
La cambra res tenia de rebost,
era blanca, molt neta i endreçada;

ní en pintura hi havia un pa a la post,
y es que la rateta atrafagada,
va ficarse al recer on meditava
un home una mica estafalari,
on reclós, en silenci meditava
com si es trovés a dins de un santuari.
El ratoli, orientat per la flaire,
va trovar dins de una gàvia molt polida,
un ratoli blanc, net i de bon aire,
entremig d'una menjá esquisida.
El foraster, amb aire de mofeta,
li preguntà que hi feia tant content
a dins d'aquella casa tan estreta,
puig qu'el veia tan gras i tant lluent.
—Poca cosa si ho mires amb paciència.
Menjar sense neguits, ni gats qu'esprien,
donar la meva vida per la ciència
i sapiguer que aquí tots t'aprecien.
—Si lo que dius no és una rifada,
me sembla que t'ho mires malament,
crec que val més del gat una brivada
que viurer presoner eternament.
—Potser si, pel qu'és nat en selvatgía.
peró jo soc d'un altre condició,
i aixó que a tu et sembla folla heretgía,
per mi té una mena d'emoció.
Diuen soc bó per fins humanitaris.
Jo m'hi avinc amb un xic de misticisme,
renunció furgar per molts armaris
feliç, amb el meu romanticisme.
I el ratolí rodmón, s'escapa,
conciròs del que acaba de sentir,
amb l'engúnia del gat, per si l'atrapa
amb gènit malestruc de bon festí.

NOTAS

Incluyo en estas notas la versión castellana de aquellos fragmentos que en esta obrita van en su idioma original.

Seguramente la mayoría de los lectores no necesitan esta ayuda, tratándose de lenguas, todas ellas de origen románico.

Pero con ello creo completar los elementos de interpretación.

Página 18.

No os parezca mal que en estas fábulas mezcle yo también las ideas de cierta filosofía sutil, emprendedora y osada, que alardea de nueva. ¿Habéis oído hablar de ella? Dicen estos filósofos que los animales no son más que máquinas; que todo lo hacen por resorte, sin propio arbitrio; que no hay en ellos sentimiento ni espíritu, sino materia solamente, como en el reloj que camina a pasos iguales, ciego e inconsciente. Abrid un reloj, escudriñad sus entrañas; ruedas y más ruedas hacen en él el papel de la inteligencia. La primera mueve a la segunda, la segunda a la tercera y al final suena la hora. Al decir de estos sabios sucede lo mismo en el ser irracional.

El objeto le impresiona en cierto lugar, este lugar impresionado comunica la nueva a otro órgano vecino, y de un órgano a otro la recibe la sensibilidad. Verifícase la impresión; pero ¿cómo se verifica? Según ellos por necesidad, sin pasión, sin que la voluntad intervenga. Un animal se siente agitado por movimientos que el vulgo llama tristeza, júbilo, amor, placer, dolor o algún otro de estos estados de ánimo. Pero no hay nada de esto. ¿Qué hay, pues? El mecanismo de un reloj. ¿Y en nosotros, los seres racionales? Eso es otra cosa. Vais a ver la descripción que da Descartes.

Descartes, ese mortal que hubiéramos proclamado dios de los gentiles, y que ocupa un intermedio entre el hombre y el espíritu, como lo ocupan entre el hombre y la ostra tantos individuos que todos conocemos, y que no son más que bestias de carga. Descartes, repito, razona de este modo: Superior a todos los animales, hechura del Creador, tengo el don de pensar, y sé qué pienso. Pues bien, ya comprenderéis, Iris, que si los animales piensan, no reflexionan sobre el objeto de su pensamiento, ni sobre su pensamiento mismo. Descartes va más lejos, niega rotundamente que piensen de ninguna manera.

No estáis obligados a creerlo por su palabra, ni yo tampoco. Sin embargo, cuando en la selva el estruendo de los cuernos de caza y los gritos de los cazadores no dejan descansar a la fugitiva presa; cuando en vano se ha esforzado en borrar y confundir la pista, el viejo ciervo cargado de años, obliga a uno más joven a presentar nuevo cebo a los perros. ¡Qué de razonamientos para conservar su vida! ¡Idas y venidas, rodeos y engaños, cambios de presa y otras cien estratagemas, dignas de los caudillos más

expertos y también de mejor suerte! Después de muerto le hacen tajadas: ésas son sus honras fúnebres.

Quando la perdiz ve en peligro sus polluelos, a quienes sus plumas nuevecitas no pueden aún dar escape por el aire, finge que está herida, y arrastrando el ala, atrae tras sí al cazador y al perro, salvando de ese modo a su prole; y después, cuando el cazador cree que el perro va a pillarla, echa a volar; y ríe del hombre que, sorprendido, la sigue en vano con los ojos.»

(Versión de TEODORO LLORENTE.)

Página 32.

Recuerdo vagamente, que pasando junto a un prado de unos frailes, el hambre, la ocasión, la hierba tierna, y acaso un demonio que me empujó, corté de este prado tanto así como el grosor de mi lengua.

Página 36.

No tomes en cuenta si mucho lo usan, sino en la razón de por qué lo emplean.

Página 41.

Un perro, a quien su dueño vendió, rompe su cadena y vuelve a la casa que le vió nacer. Juzgad de lo que pasó, cuando, en precio a su afecto, fué llevado nuevamente a su procedencia, con la amenaza del castigo. Un gato viejo, compañero suyo, viendo su extremada sorpresa, cuando pasó junto a él, le dijo: —¡Imaginabas pobre infeliz, que es por nosotros que se nos quiere!

Página 44.

De entre todos, el mejor es mi viejo perro leal: el más simple e irresponsable el cerdo (con perdón sea dicho). Trata el viejo perro de lealtad, alaba el trabajo activo, quiere honorable libertad, reclama los más oportunos decretos de constante afecto, pide para las leyes respeto... y solamente unos pocos aplauden.

Página 45.

Mientras andaba, vió el cuello del perro un poco depilado, y le dijo: ¿qué es esto? Nada. ¿Cómo nada? Poca cosa. Pero algo será. Debe ser causado por el collar con que me atan, esto que veis. Atado, dijo el lobo, entonces ¿no corréis por donde os place? No siempre. Pero esto no importa.

Maestro lobo se escapa y todavía huye.

Página 59.

El caballo, contento de su suerte, así habló. Puesto que soy alto, valiente y fuerte, mi trabajo fácilmente lo puedo soportar. El hombre es mi señor, y me place. ¿Qué más podría desear? Yo, abandonado, moriría, y ahora vivo siendo esclavo.

Página 74.

Una blanca paloma, de ojos dulces, y aire tierno, cuyo solo aspecto hace pasar por el corazón la calma que siempre precede a la felicidad.

Página 78.

Un viejo pájaro vagabundo, inundado de pereza, subió sobre una joven oveja y empezó a picotearla perfidiosamente, arrancando de su dorso mechones de lana.

La oveja le dijo, sintiéndose ofendida: Si hicieras eso al perro, es seguro, botarate, que huirías aprisa de su acometida, pero de mí, te irás si te place.

Eso mismo, dijo el ave estúpida. Yo subo a los montes, doy la vuelta y así todo lo veo. Como tengo experiencia de paz a los malos y poderosos, pero en cambio me complazco en apurar la paciencia de los limpios de corazón y los bondadosos.

Página 89.

Entre unos gallos inciviles, turbulentos y alborotados, vivía una perdiz. Su sexo y los deberes de la hospitalidad, hacíanle esperar un buen trato por parte de aquellos galanes, a quienes tocaba hacer los honores del gallinero. Pero las aves pendencieras, poco respetuosas con la dama forastera, le daban a menudo horribles picotazos. Afligióse mucho al principio; pero cuando vió que aquellos furibundos se peleaban entre sí, descarnándose los costados, hubo de consolarse: «Ésas son sus costumbres, decía; no les acusemos; compadezcámosles más bien.»

(Versión de TEODORO LLORENTE.)

Página 89.

Moderad las pasiones, y sed buenos chicos.

Perturbando tú el primero la paz del gallinero, era tu vida deshonesta, de lo más funesto.

Contra la autoridad te alzabas irritado, diciendo que sólo molesta, oprime y degrada.

Página 90.

Mirad el vanidoso. ¡Cómo presume dentro del gallinero, el engreído gallo! Con qué autoridad se pasea, corral arriba, corral abajo.

Página 100.

La mula de un prelado presumía de nobleza, y a todas horas hablaba de su madre la yegua, de la cual contaba sus proezas. Ella había dicho esto, ella había sido aquello. Como hija suya creíase digna de pasar a la historia.

Hubiera creído humillarse sirviendo a un médico.

Pero se hizo vieja y la llevaron a un molino

Entonces recordó que era hija de un asno.

Página 101.

Yo sé muy bien que sobre vuestro dorso lleváis sus hijos, su mujer y su carga; que sois ligero, dulce, sobrio, infatigable.

Página 110.

Mi señora:

¿Por qué no me disteis la voz galana del ruiñeñor, que al mundo enamora?

Mi cantar es feo y hasta mueve a la risa.

Sin un bello cantar, es muy triste el vivir.

Página 114.

EL RATÓN SALVAJE Y EL RATÓN CIVILIZADO

Si fué el olor a comida succulenta

o fué una jugada del azar,

bien podéis excusar al que lo cuenta,

porque nada ha podido averiguar.

Un buen día saltó por la ventana
un silvestre ratón, ceniza oscuro,
puede ser que en la busca de su dama,
puede ser que pensando en el pan duro.
En nada semejaba una despensa
aquel cuarto tan limpio y ordenado;
piensa el ratón, si el ratón piensa
encontrar un manjar abandonado.
Aquél era de la ciencia el santuario
en donde meditaba silencioso
un hombre un poco estrafalario
de mirar dulce y aire bondadoso.
El ratoncito, por la nariz guiado
descubrió, en jaula muy pulida,
un ratón blanco, limpio, acicalado,
que allí se daba regalada vida.
Atónito quedó el ratón silvestre
contemplando al ratón civilizado.
No pudo menos de preguntar a éste
a qué debía su aspecto de cebado
y aquel pelo blanquito y reluciente.
Respondióle el ratón, muy educado,
que allí vivía sin pedir clemencia
a las garras del gato despiadado,
que en su misión era muy estimado
y todo lo debía a la paciencia
de soportar al hombre allí sentado
cediéndole su vida por la ciencia.
Si lo que dices no es pura chanza,
con certeza lo juzgas malamente;
es preferible del gato la asechanza
a vivir prisionero eternamente.
Así lo considera tu pobre salvajismo,
pero tú y yo tenemos distinta condición,
yo me avengo a vivir en este misticismo,
en el que experimento no poco de emoción;
feliz, con mi sutil romanticismo,
disfruto en ser un mártir de la investigación.
Esperó el ratón blanco qué respuesta daría
el ratón ceniciento a tal alocución.
«¡Que los dioses perdonen tanta cursilería!
y volviendo el rabito, dejó la habitación.»

(Versión de F. GUIJO.)

BIBLIOGRAFÍA

De las múltiples ediciones que existen de los fabulistas más populares, sólo citamos aquellas que han sido utilizadas con más frecuencia en este trabajo, sea por contener el texto más auténtico, sea por contener estudios sobre las fábulas o comentarios para su mejor interpretación.

- Andújar Espino, *Esopo. Fábulas escogidas*. Inst. Antonio de Nebrija. Madrid, 1942.
- Arenal de Carrasco, Concepción, *Fábulas en verso*. Imp. de Tomás Fontanet. Madrid, 1851.
- B *** de C., *Fábulas políticas*. Imp. de la calle de la Greda. Madrid, 1820.
- Blomberg, Héctor Pedro, *Fábulas de la pampa y de la selva*. Ediciones Penser. Buenos Aires, 1946.
- Bretegnier, L., *L'activité psychique chez les animaux Instinct et intelligence*. Vigot Frères. París, 1930.
- Collel, Jaume, *Faules y simils*. Gustavo Gili. Barcelona, 1904.
- Cortejón, Clemente (traductor), *Fábulas de Esopo, Fedro, Samaniego e Iriarte*. Imp. Elzviriana y L. Cami. Barcelona, 1930.
- Castro y Valero, *Derecho Veterinario*. Madrid, 1906.
- Crespo, Rafael José, *Fábulas morales y literarias*. Imp. Luis Cueto. Zaragoza, 1820.
- Chompre, C., *Le Dictionnaire abrégé de la Fable*. Imp. Jean Desaint. París, 1740.
- Doria y Bonaplata, *Moneda curta. Faules*. Imp. L'Avenç. Barcelona, 1908.
- Doria y Bonaplata, *Música vella*. Tip. L'Avenç. Barcelona, 1896.
- Esopo. *Fabulae*. Trad. de Pedro Simone. Imp. Joseph Tomás Lucas. Valencia, 1760.
- Esopo. *Fábulas*. Traducción y ensayo de Eduardo de Mier. Imp. José Astart y Cía. Madrid, 1871.
- Esopo. *Fábulas*. Tip. de Archivos. Madrid, 1929.
- Florian. *Fábulas*. Trad. de G. Zabala. Luciano Vallin. Madrid, 1809.
- Florian. *Fábulas*. Trad. de G. Zabala. Imp. Tomás Jordán. Madrid, 1831.
- Florian. *Fables*. Aub. Ang. Renonard. París, 1812.
- Florian. *Oeuvres. Les Fables*. Collection des grands classiques français et étrangers. París, s. a.
- Gordón Ordás, *Apuntes para una Psico-fisiología de los animales domésticos*. Imp. La Democracia. León, 1916.
- Grau, Agustí. *Faules*. Librería Catalonia. Barcelona, s. a.
- Hartzenbusch, Juan Eugenio, *Cuentos y Fábulas*. Imp. Rivadeneyra. Madrid, 1861.
- Hartzenbusch, Juan Eugenio, *Fábulas en verso castellano*. Imp. José Rodríguez. Madrid, 1887.
- Hortal Jiménez, Ángel, *El camello en las Islas Canarias*. Ciencia Veterinaria, 1946.
- Iriarte, Tomás de, *Fábulas literarias*. Imp. Eulalia Piferrer. Barcelona, 1782.

- Íriarte, Tomás de, *Fábulas literarias*. Librería de los bibliófilos españoles. Madrid, 1925.
- Isop, *Faules*. Imp. Fidel Giró. Barcelona, 1908.
- Isópiques, *Faules*. Imp. Fidel Giró. Barcelona, 1908.
- Jacinto Sala, Felip, *Segón Llibret de Fules*. L'Ilustració Catalana. Barcelona, 1892.
- Katz, David, *Animales y hombres*. Espasa-Calpe. Madrid, 1942.
- La Fontaine, *Fábulas morales escogidas, en verso castellano*. Trad. Bernardo M.^a de Calzada. Imp. Real. Madrid, 1787.
- La Fontaine et tous les fabulistes*. Imp. de Stoupe. París, 1803.
- La Fontaine, *Fables*. Librairie des bibliophiles. París, 1885.
- La Fontaine, *Fables*. Librairie classique Arnald Colin. París, 1886.
- La Fontaine, *Fábulas*. Trad. Lorenzo Elizaga. Lib. Vda. Ch. Bouret. París, 1917.
- La Fontaine, *Fábulas*. Tr. Teodoro Llorente. Muntaner y Simón. Barcelona, 1940.
- Lamarck, Juan, *Filosofía zoológica*. F. Sampere y Cía. Valencia, s. a.
- Lasso de la Vega. Traductor. *Fabulistas extranjeros*. Biblioteca Universal. T. LXXV. Madrid, 1881.
- Lokman, *Fables*. Traducción francesa y texto árabe. Lib. Hachette. París, 1864.
- Masriera, Arturo, *Tretze son tretze. Fábulas reaccionaries*. Barcelona, 1904.
- Nicolay, *L'âme et l'instinct. L'homme, l'animal*. Perrin et Cie. París, 1922.
- Phaedro, *Fábulas*. Imp. Francisco Xavier García. Madrid, 1774.
- Phaedro, *Fábulas*. Imp. Vda. Piferrer. Barcelona, 1888.
- Riera y Bertrán, Joaquín, *Faules velles*. Soc. Catalana d'Edicions, Barcelona, 1918.
- Rivers, W. H. R., *L'instinct et l'inconscient*. Felix Alcan. París, 1926.
- Samaniego, Félix María. *Fábulas*. En la Imp. Real. Madrid, 1789.
- Samaniego, Félix María, *Fábulas en verso castellano*. Imp. Tomás Jordán, Madrid, 1832.
- Sanz, Egaña, *Los animales domésticos*. Ciencia Veterinaria, 1944.
- Toussenel, A., *L'esprit des bêtes*. J. Hetzel et Cie. París, s. a.
- Turró, R., *Origens del coneixement. La Fam.* Societat Catalana d'edicions. Barcelona, s. a.
- Turró, R., *Criteriología de Jaume Balmes*. Arxivs del Institut de Ciències. Num. II.
- Vilalta i Roca, Joan. *Faules de l'antigor*. Imp. Camps-Calmet. Tárrega, 1935.

ÍNDICE

Prólogo.....	5
Justificación.....	9
Las fábulas y los fabulistas.....	11
¿Instinto? ¿Inteligencia?	16
La selección de fábulas	28
El asno	32
El perro	40
El caballo	56
El gato.....	63
El palomo	73
La oveja	77
La cabra	84
El gallo y la gallina.....	88
El elefante, el mulo y el camello	94
El toro y el cerdo.....	103
El pavo real, el pavo, el pato y el conejo	109
Colofón heroico	114
Notas	116

INDICE

Prólogo	7
Justificación	11
Las fábulas y los fabulistas	11
Un método clasificatorio	16
La selección de fábulas	22
El asno	24
El perro	29
El caballo	33
El gato	39
El jabalí	43
La zorra	47
La liebre	51
El gallo y la gallina	53
El caballo, el mulo y el asno	54
El oro y el cerdo	57
El pavo real, el pavo, el porco y el cuervo	59
Coloquio brevíssimo	73
El rey	115

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES ARTES GRÁFICAS
«GRIJELMO», S. A., DE BILBAO,
EL DÍA 11 DE JUNIO DE 1951

BIBLIOTECA
FACULTAT
DE VETERINÀRIA

UNIVERSITAT AUTÒNOMA
DE BARCELONA
BIBLIOTECA

REG. 5.714

SIG. CHP/276

REF. 125

